

Francisco Umbral

Obra poética (1981-2001)

Edición de Miguel García-Posada



Lectulandia

De todos los géneros literarios practicados por Francisco Umbral, el de la lírica es el menos conocido por el lector. Miguel García-Posada reúne aquí la poesía del reputado escritor, integrada por *Crímenes y baladas*, poemario que publicó en vida, junto con 126 poemas que aparecieron *post mortem* entre sus papeles y que componen la totalidad de su corpus poético.

Los poemas, en su mayoría fechados pero dispuestos según un orden temático, se centran en la sensualidad y el amor, en noticias de la actualidad, en artistas como Picasso o Fernán-Gómez, en personajes televisivos como Ally McBeal o Inma del Moral, etc. Unos y otros muestran, a través de una gran variedad formal de metros y rimas, la diversidad de intereses del autor, así como el exigente uso del lenguaje que caracteriza a su escritura.

Unánimemente aplaudido por público y crítica, galardonado con premios como el Príncipe de Asturias de las Letras o el Cervantes, Francisco Umbral fue un creador libre que acuñó un estilo propio e indiscutible. Esta antología representa la oportunidad de conocer la faceta menos explorada de su obra y descubre a un Umbral tan incisivo y brillante como en su mejor narrativa.

Lectulandia

Francisco Umbral

Obra poética (1981-2001)

ePub r1.0

Titivillus 04.02.16

Título original: *Obra poética (1981-2001)*

Francisco Umbral, 2009

Edición: Miguel García-Posada

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Introducción

EL FENÓMENO POÉTICO EN FRANCISCO UMBRAL

por Miguel García-Posada

La gravitación de lo poético es una evidencia tangible con sólo merodear por el universo de Francisco Umbral, sea cual sea el género o la modalidad que el lector frecuente, verso o prosa, novelas o memorias, crónica o diario, columna o ensayo, cualquier clase de escritura, al cabo, y Umbral las cultivó todas a excepción de la dramática. He puesto el verso en igualdad con la prosa; es un error considerar que el verso detenta el monopolio de lo poético. En el *Quijote* hay más poesía que en la inmensa mayoría de los libros de versos.

Pero tenemos el deber de ser precisos y aclarar antes de seguir hablando qué entendemos por «poético». El Diccionario de la Academia lo define en su segunda acepción como lo «que manifiesta o expresa en alto grado las cualidades propias de la poesía, en especial de la lírica». El María Moliner pretende ser más ajustado al definir lo poético como «lo dotado de poesía» o propio de la poesía, concepto éste que define, sin duda con buenas intenciones, en su segunda acepción como «Género literario exquisito por la materia, que es el aspecto bello o emotivo de las cosas, basada en imágenes extraídas de sutiles relaciones descubiertas por la imaginación, y por el lenguaje, a la vez sugestivo y musical, generalmente sometido a la disciplina del verso».

Con todo, y pese a sus propósitos, la definición no rebasa las buenas intenciones. El discurso de Bertolt Brecht, por citar un ejemplo eminente de la poesía comprometida de entreguerras, ¿es siempre exquisito? Valgan estos versos: «El individuo tiene dos ojos. / El partido tiene un millar. / El partido ve siete estados. / El individuo ve una ciudad. / El individuo tiene su hora. / Pero el partido tiene numerosas horas. / El individuo puede ser ahogado. / Pero el partido no puede ser ahogado.»

¿Y qué decir de la literatura satírica, carnavalesca, con su complacencia en los materiales excrementicios y feístas; pensemos en Quevedo? Los contraejemplos son abundantísimos: poesía de Nicanor Parra (los antipoemas), poesía de la invectiva de Neruda o de Rafael Alberti, cuyos *Sermones* y *moradas* refutan toda exquisitez; baste de momento el formidable verso de la «Elegía cívica»: «Vuelvo a cagarme en todos vuestros muertos en este mismo instante ahora que las armaduras se desploman en la casa del rey, en que los hombres más ilustres se miran a las ingles sin encontrar en ellas la solución a las desesperadas órdenes de la sangre.»

María Moliner y quienes como ella incurren en la superstición de las definiciones universales de la poesía, pues de una superstición y no de otra cosa se trata, naufragan en el escollo que ya denunciaron los formalistas rusos en los primeros años del siglo

pasado: la creencia en la supuesta esencia de la poesía, que desconoce su condición cambiante (la historia de la poesía es en cierto modo la historia de sus cambiantes poéticas, por época y por autor) y pasa por alto lo auténticamente pertinente: la poeticidad, es decir, aquello que determina la condición poética del discurso, como la literariedad determina la condición literaria del discurso; lo que el Jakobson maduro denominaría la poesía de la gramática y su producto, la gramática de la poesía, cuya concreción más inclusiva la constituye el famoso principio de recurrencia, formulado por el maestro en el hoy célebre Encuentro de Bloomington, Indiana (1958).

Que éste constituya una simplificación de un fenómeno más complejo, puesto que la repetición no es sino la condición fundante de la estructura (sin vigas no hay edificio, sin columnas no hay peristilo, sin repeticiones no hay tampoco poema) sólo atenta contra la insuficiencia de la explicación de qué sea lo poético, pero no pone en tela de juicio el hecho de que lo poético no consiste en evanescencias de difícil control. La poeticidad reside, al cabo, en un conjunto de procedimientos que vertebran la sustancia estética, procedimientos insertos en el contexto de una tradición: un contexto, pues, dinámico.

La especificidad novedosa de la obra se percibe sobre este trasfondo, lo que los formalistas rusos llamaban la *Differenzqualität*. Este trasfondo histórico es esencial: la poeticidad de un texto se percibe siempre teniendo este fondo como paisaje de ineludible consideración. La poeticidad es, pues, sincrónica y diacrónica. Lo primero porque sin la intervalencia de sus constituyentes no existiría; lo segundo porque la percepción es siempre histórica, seamos o no conscientes. La novedad de Antonio Machado se siente en confrontación con la restante lírica finisecular; la novedad de Umbral es verificable en su relación hostil a las tradiciones realistas y su apuesta por la escritura centrípeta, novedosa.

En su artículo sobre la supuesta esencia de la poesía, que agitaban los teóricos del idealismo, miembro y ya líder del Círculo de Praga, formulaba Jakobson una definición harto sagaz de la poeticidad. Ésta se manifestaba en el hecho de que «la palabra es sentida como palabra y no como objeto ni como explosión emocional. Esto es, las palabras y su sintaxis, su significación y su forma externa e interna, no son pues indicios indiferentes de la realidad sino que poseen su propio peso y su propio valor».

Una advertencia: poeticidad y literariedad son categorías contiguas, pero que no deben confundirse. Son contiguas porque designan ambas la conversión de lo extraestético en artístico: poeticidad se aplica a la poesía, y el uso crítico ha determinado su operatividad en el ámbito de la poesía, aunque no sea término de uso universal y a menudo literariedad lo sustituya; literariedad suele reservarse para la literatura; mantener esta distinción, que es antigua, tiene más inconvenientes que ventajas.

Primera condición de la poeticidad: la escritura perpetua. Usó Umbral el concepto a propósito de González-Ruano; él se dedicó a la literatura con pasión absoluta, rehén

gozoso de esa escritura. La escritura como forma de afirmación, como forma de vida. Vivir y escribir son la misma cosa. Como el Ave Fénix en la llama, el individuo muere y resucita en el acto constante de la escritura.

Madrialeño de 1932, crecido en Valladolid y otra vez madrialeño. Ninguno de estos puntales biográficos es baladí para comprender su obra, aunque seamos muy escépticos sobre el uso de lo biográfico en Umbral, a menudo formidable inventor de su biografía, en línea por cierto con la más radical modernidad. En su libro de 1968 sobre Lorca, Umbral dejó claras sus reservas sobre el método biografista.

Cosa distinta es que vivir y escribir sean la misma cosa. La fecundidad de Umbral no es consecuencia de ninguna especie de grafomanía. Incluso la dedicación al columnismo: el artículo diario es fruto de esa hoguera de la escritura, más allá de otros intereses, pues la escritura lo es todo; el mundo está para ser escrito y escribirlo es la manera de vivirlo verdaderamente. La literatura fue, como leemos en *Mortal y rosa*,

mi manera de no estar en el mundo, mi repugnancia hacia la sociedad de los adultos, hacia sus trámites, sus compraventas y sus transferencias. Ahora compruebo complacidamente que no he vivido.

Al margen del trágico contexto inmediato en que la frase se profiere, nada la desmiente en el resto de la obra de Umbral. La literatura es así un universo propio, donde el ruido y la furia de los hombres se transforman en alarde verbal, en imagen, en acuñación nueva, en estilo perdurable. Es un modo efectivo, y para el escritor no hay otro, de prolongar la infancia, el tempo sin tiempo, el ámbito de lo único sagrado que guarda el mundo.

Vivir en la poeticidad y vivir en la escritura son funciones o actividades complementarias. De esta inmersión radical en la escritura deriva la ubicua, todopoderosa actividad literaria de Umbral, que tocó casi todos los géneros y modalidades, cruzando los diferentes dominios de la lírica y la narrativa, cultivando también los géneros fronterizos (el diario, la entrevista) o extraliterarios (el reportaje) o no literarios de entrada (la reseña), haciendo ensayismo e historia de la literatura, transitando brumosos dominios filológicos (así el diccionario cheli). Y, por supuesto, cultivando el columnismo, en el que fue el maestro absoluto que llevó a sus últimas consecuencias las innovaciones de los grandes articulistas del siglo.

Y todo ello sin renunciar al principio esencial de la prevalencia de los valores estéticos sobre cualesquiera otros. Volvemos al principio: escritura perpetua, vivir en la poeticidad, estar instalado en ella de modo cotidiano, sólo eso garantiza la perennidad de la escritura, que es inseparable de la vida. Se explican así estas hermosas palabras del mismo libro, ya citado:

He prolongado mi infancia a lo largo de toda la vida, he salvado mi sueño y por eso mi vida no se ha perdido ni se ha frustrado. Nada puede pasarme porque no estoy en el mundo. [...] Moriré sin haber pasado por el mundo.

Ningún esteticismo en esta afirmación; la obra de Umbral está llena de historia, de pulsión, de aliento de la realidad. Cronista y memorialista de la España de su tiempo y de otros tiempos, novelista que ha recogido la tradición galdosiana de los *Episodios Nacionales*, narrador de la problemática sociedad urbana de finales del siglo pasado, pocos de sus coetáneos se han nutrido tanto como él de las sustancias y materias del vivir circundante. Pero ese vivir no es nada, nada vale, nada significa sin el prisma de la literatura, como vuelve a decir nuestro texto:

He vivido el mundo intensamente, pero literariamente. Escribir es sólo la exteriorización, de una actitud y de una óptica. El escritor va por dentro.

La literatura, en fin, dispensa la única inmortalidad posible. No se trata aquí de la vieja idea de la fama, no de la salvación por el canto o la palabra, de tanto arraigo en la Antigüedad clásica. Es que el escritor trabaja con el idioma y éste es el resultado de una acumulación de siglos. Como señala nuestro texto:

Toda la torrencera de una lengua ha pasado a través de mí, con sus clásicos, sus primitivos, sus anónimos y sus poetas. Trabajar en literatura es trabajar en un molino inmortal. Tomar contacto con el filo deslumbrante de lo eterno. [...] La eternidad del idioma es funcional, es continuidad. Está siempre haciéndose y deshaciéndose. Hay tantos mares como idiomas. Trabajo en el idioma y el idioma trabaja en mí. No es una ilusión de eternidad, sino, más sencillamente, un compromiso con la continuidad.

Raras veces se nos concede el privilegio de asistir a esta suerte de vertiginoso viaje por la forma interior de la lengua. Umbral, si se lee bien el texto, no se detiene a considerar una relación de subordinación, de sumisión ante un magisterio, por muy intenso que sea éste, sino que se instala en esa forma interior y desde ella, como una especie de feto viajando por el líquido amniótico materno, nos comunica su aventura. La hermosa imagen del idioma como mar da muy bien esa idea de la lengua en acción, fecundada pero a la vez fecundante y que, por tanto, conlleva la concepción de la creación como *enérgeia*, no como mero *ergon* producto.

Hay que considerar, además, que ese enganche con la tradición no se producía de manera arbitraria. Umbral se adhería a la tradición más barroca, más formalista, de nuestra literatura; más Quevedo que Cervantes, más Miró que Baroja, más Darío que Clarín, más Valle que Azorín. Su obra crítica, cuando es razonable, pero también cuando no lo es, ha de entenderse en estas coordenadas. Y no siempre se ha hecho así, sino que se ha procedido a una suerte de nada donoso escrutinio, de talante inquisitivo. El rechazo de Galdós, del que disentimos en absoluto, distó de ser una actitud casual, no más que el rechazo de Francisco Ayala. En sus últimos meses suavizó el escritor su hostilidad antigaldosiana, y quizá hubiera proseguido en esta línea, pero con límites: había una barrera que el autor no podía franquear, el antiformalismo de don Benito, como el de Balzac.

Escritor incesante: era un genial manirroto de su talento, que se permitía hacer un

libro y mandarlo después al desván del olvido, como ocurrió con la recientemente editada *Carta a mi mujer*, escrita y olvidada entre 1985 y 1986, que su mujer, María España, rescató de la ruina, como ha ocurrido con las carpetas de cientos de poemas que su esposa ha encontrado después de su muerte.

De ahí la concepción poética que nutría toda su escritura. Si la literatura es, como quiere Steiner, lenguaje liberado de la suprema responsabilidad de información, puede afirmarse que toda la obra de Umbral ha sido una constante aspiración a este objetivo, aun la más dependiente de las circunstancias, como la memorial o la periodística. El columnista Umbral rozaba el milagro al poner en pie de igualdad la información y la poeticidad, pero siendo señalada la excepcionalidad del periodismo lo que conviene es subrayar cómo la obra umbraliana, absolutamente toda, nace de esa subordinación de los elementos y materiales, todos, sea cual fuere su origen, a la primacía de lo estético, vale tanto decir como de lo poético. Él se identificaba con el dicho mallarmeano de que la poesía no se hace con ideas sino con palabras.

Por eso, porque él también quería darles un sentido más puro a las palabras de la tribu, cumpliendo así la gran función de la poesía genuina, utilizó la declaración de Mallarmé al frente de uno de sus libros de crítica literaria (*Las palabras de la tribu*), sin importarle que unos años antes que él lo hubiera empleado, en obra muy divulgada, el poeta José Ángel Valente. Y él fue siempre un gran lector de poesía; con los años esta dimensión se acrecentó.

Sus declaraciones sobre el particular son abrumadoras, pero no hay que salir de sus libros para comprobarlo. *Mortal y rosa* deriva de unos versos de Pedro Salinas; *El Giocondo* está tomado de un soneto de Lorca a su amigo José de Ciria; *Un carnívoro cuchillo* procede de un verso de Miguel Hernández; *Capital del dolor* traduce a Éluard; *Spleen de París* viene de Baudelaire; *Los metales nocturnos* posee resonancias nerudianas (pensamos siempre en el «Tango del viudo»); *A la sombra de las muchachas rojas* deriva de Proust; *Leyenda del César Visionario* se acoge a dos versos del falangista Federico de Urrutia. Y cómo negar, encontremos o no filiaciones textuales, el sabor poético de *La bestia rosa*, *Si hubiéramos sabido que el amor era eso*, *Y Tierno Galván subió a los cielos*, *Las ninfas*, *Los ángeles custodios*, los cuentos como *El lento crecer de la cutícula* o *Mujer en cuarto creciente*. Su dedicación a la crítica de poesía fue muy intensa. Escribió muchas reseñas, ponderadas y agudas, se ocupó con atención y conocimiento de poetas y poemas, y dedicó un libro capital a un poeta mayor, *Lorca, poeta maldito*.

Podemos y debemos afirmarlo: la poesía fue la gran pasión literaria de Francisco Umbral: Darío, Juan Ramón y los líricos del 27, con Neruda incluido, lo formaron y modelaron como poeta. Leyó mucha poesía, sólo publicó alguna, pero para ninguno de quienes lo frecuentábamos ha sido una sorpresa la aparición *post mortem* de varias carpetas conteniendo alrededor de 300 poemas; lo anticipaba un libro escasamente atendido por los especialistas: *Crímenes y baladas* (Cuenca, Olcades, colección César, 1981, 143 páginas), al cuidado de Florencio Martínez Ruiz.

Son treinta y cinco poemas. Veintiséis son poemas en prosa; los nueve restantes están metrificados. La temática es diversa: el hijo, sobre todo en las páginas iniciales; el amor, con una considerable carga erótica cifrada en la figura de Leticia/Lutecia, personaje que llega a ser obsesivo, aunque el autor lo despida en cierto momento señalando su condición imaginaria, lo que resta entidad a un personaje de inicial irrupción todopoderosa.

Cinco de los poemas (pp. 35, 37, 39, 41 y 43 de la edición de Olcades) habían aparecido ya en *Mortal y rosa*, y confirman la condición lírica del libro; «Crímenes» guarda relación, según explica el mismo Umbral, con las páginas negras de la obra y con la violencia del amor, el falo convertido en puñal o cuchillo, y «Baladas» remite a la notoria orquestación de la mayoría de los poemas, escritos en suntuosos alejandrinos de condición muy musical e innegable sabor modernista. «No hay más amor que el sexo con sus crímenes», escribiría años más tarde (p. 200).

Los poemas más pautados rítmicamente son los más hermosos. Sean «Indeleble» o «[Calle de tantos astros]», pero señalemos también entre las «prosas» «[Mi hijo en el mercado...]» y «[Ahora tengo al niño entre los niños enfermos...]», procedentes de *Mortal y rosa*. Pero aparecen poesías cuyos dejes surrealistas poseen un importante encanto. Por ejemplo, «Aún traigo en la cabeza los astros que he mirado» (ver p. 48). El estricto poema en prosa umbraliano suele poseer una fuerza y cohesión ejemplares (p. Ej., «El mono y el loro»).

La presencia de Leticia/Lutecia no suscita las mejores páginas del libro. Junto a ramalazos emotivos, vemos cómo Umbral se desliza gratuitamente por las pendientes de la obscenidad y el mal gusto, sin la gracia de textos ulteriores. Aun con su insuficiencia, el libro posee una acusada personalidad que lo destaca sobre el paisaje literario del momento. Y no falta la mitología umbraliana, literaria en grado sumo, como atestigua «Baudelaire en la cafetería». La huella baudelairiana explica también un texto como «El diseño del gato», y están, como siempre, las figuras deslumbrantes del estilo umbraliano, p. Ej.: «Cuando noviembre, quizá diciembre, yerra por nuestra vida como un ángel custodio de marengo y tos...» Las páginas más novelescas del cierre, si desequilibran el conjunto, fuerzan a abrir el universo poético a otras dimensiones muy umbralianas (ver las páginas sobre la tía Josefina y el cielo de las novelas de Valladolid).

Más de trescientos poemas distribuidos en varias carpetas aparecieron después de la muerte del autor; se trata en su mayoría de mecanoscritos, a veces de pulsación vacilante, que el escritor corrige exhaustivamente, de modo que el texto resultante tiene plena legitimidad, cosa que también ocurre con algunos pocos autógrafos que la imposible letra del escritor vuelve ilegibles. A veces aparece la letra grande y picuda de María España.

Los poemas, casi todos datados entre 2000 y 2001, presentan una característica común: la fecha antecede al título y casi siempre es muy precisa: indica día, mes y año, características que deben relacionarse con los asuntos de los poemas, que están

basados casi siempre en la actualidad; la de Umbral abarca la perspectiva del lector de periódicos, profesional de la lectura, que anota a veces esa profesionalidad con la tradicional fórmula «De los periódicos».

Cabe suponer que existieron más poemas, y que éstos salvados del naufragio sólo constituyen una mínima parte; en todo caso, son los que tenemos y revelan a un profesional que reserva un tiempo del día a la elaboración de sus poemas de manera sistemática. La materia poemática la daba la actualidad, pero la daba antes la afanada tarea del columnista, poeta y escritor que salvaba determinados asuntos del olvido.

Surgió así una suerte de diario poético, al modo unamuniano. Un diario cuya estructura, por decirlo así, residía en su continua renovación. Era un libro abierto, sin fecha de caducidad. Umbral no pensó seguramente en su publicación, entre otras razones porque el móvil que lo había llevado a su escritura tenía que ver sobre todo con motivaciones personales: la de probarse a sí mismo en el ejercicio de una disciplina tan antigua como grata, la de disponer de otro medio de auscultación literaria y vital. La voracidad del lector se traslada a las actuaciones autoriales, y de este modo el lector es conducido a un vastísimo universo, que comprende las fuerzas de la naturaleza, la meteorología, los sentimientos... Todo un conjunto que admite diversas clasificaciones. Valga la nuestra. Además de las ya consignadas comparecen los alcoholes, los cuerpos, lo cristiano, el paso del tiempo, las palabras, los escritores, los pintores y escultores, los cineastas, en fin, un abundantísimo y brillante paisaje femenino, tras del cual aún queda lugar para los políticos.

Domina el verso impar, el metro alejandrino, con o sin asonancia, pero alguna vez se emplean metros menores y se utiliza como estrofa el romance. También, aunque de modo aislado, recurre el autor al poema en prosa. Antes de dar nuestra opinión sobre el conjunto conviene considerar lo que éste tiene, que es mucho, de diario, y eso obliga a no emitir juicios aislados pues al final lo que importa es este gran bloque de los 126 poemas seleccionados por nosotros, cuyo nivel medio es dignísimo y arrojan una imagen turbadora: la del poeta erigido en vigilante privilegiado de las sístoles y diástoles del universo, de sus paisajes humanos, de sus hitos históricos, del verdadero papel de las palabras, de la función de los idiomas, de sus creadores y artistas y poetas y damas elegantes o sucesoras de las ninfas antiguas.

El pie obligado de la noticia tiene también sus contrapartidas: las de cierta rigidez expresiva a que obliga la materia impuesta, acrecentado todo ello por la coacción del tiempo, vedadas o casi vedadas las posibles rectificaciones ulteriores. Muchos de los poemas eran resueltos en veinticuatro horas. Dentro de ese digno nivel medio hay cumbres evidentes; así —señalemos sólo algunas— «La lluvia», «El fuego (Bandera del verano)», «La totovía», «Un magnolio», «El dolor», «La tristeza», «La casa derribada», «Las palabras [son de agua]», «Poeta, ala de oxígeno», «Ruano», «Para una reyna triste», «Los que viven por sus manos». En estos momentos cenitales fulguran las mejores cualidades del autor: la metáfora nueva y deslumbrante, el epíteto novedoso, la desestima de la polvareda de los usos lingüísticos fosilizados...

El poema «La tristeza», uno de los más logrados del conjunto, puede ser tomado como paradigma de la poética de Umbral. Está fechado el 22 de noviembre de 2000 y por su contenido cabe asociarlo con otros dos poemas (de entre los seleccionados): «El cansancio» y «La soledad», datados respectivamente el 20 de marzo de 2000 y el 23 de abril de 2001, pero es superior a ellos por su más intensa cohesión estilística. Todo el poema puede ser considerado como el desarrollo y la expansión sintáctica del enunciado inicial, objeto además de una bella aliteración vocálica («i-o») y consonántica (*b*):

La tristeza ha *venido* como un *buque vacío*,

La aliteración se prolonga en otras repeticiones vocálicas y consonánticas en los versos siguientes (*e-a*, *p-p*, *b-b*, *p-p*), además de en la rima que enlaza los versos tercero y cuarto:

la tristeza ha encallado *en mi pecho de piedra*.
Me trae en *sus bodegas* toda una *vida vieja*,

La palabra nuclear dentro de una cadena sintáctica y sonora, «tristeza», se expande poderosa, con variaciones exactas, convertido el sujeto en «puerto», imagen que anunciaba ya la del «buque vacío», con «faros apagados», de donde se pasa a la imagen cenital del poema, deslumbrante por la novedad de las trasposiciones y su coherencia dentro del discurso:

Soy un acantilado
de muertos sucesivos,

donde a la desesperación del primer verso se suma la angustia de la condición de «acantilado». Ser acantilado es estar ya muerto para la vida; su única misión es la de actuar como «cementerio» de muertos. En fin, el buque de la tristeza se convierte en el «buque de la pena», un buque deshabitado («sin gente»), al que sólo queda morir:

¿Cuánto durará un hombre que tiene ya en el pecho
ese peso dormido de los buques sin gente,
de los mares sin luna, de los mortuorios días?

La interrogación retórica (tiene respuesta: ese hombre durará poco) se ve enaltecida por una imagen grandiosa, que Umbral desliza como al paso:

Mares sin luna

Imagen de un universo descoyuntado, vacío y atroz a poco que se piense en la

condición magmática de esas inmensas extensiones de agua. Las sabias reiteraciones y el contrabalanceo de los versos cortos (heptasílabos) y largos (alejandrinos) perfilan una obra maestra a través de la cual la voz del autor alcanza una pureza insólita, sólo comparable a la de sus grandes diarios.

El poema es muy representativo del modo de hacer umbraliano. Es un poema confesional, *ma non troppo*: Umbral se guarece enseguida en las imágenes («el espanto puede dar lirios», diría en *Mortal y rosa*), elude la confesión directa para alumbrar una voz universal: la de un hombre solo, despojado de cualquier adherencia biográfica o circunstancial.

Él no se consideraba poeta profesional, aunque se estimaba y valoraba como prosista, no tenía en gran aprecio su obra poética; pero no fue «poeta de domingo». La prosa, como repitió insistentemente (ver «La máquina de escribir»), fue la gran arma que le dio la vida para hacerle frente; la poesía no le había servido para eso, ni se perfilaba tampoco como un hada bienhechora. Pero fue decisiva en la constitución de su estilo.

Dicho sea brevemente: sin lo poético, su prosa —su estilo, en definitiva— habría sido muy otro; es lo poético lo que le da el toque especial, la nota distintiva que la identifica como prosa autorial. Esta poetización explica la frecuentación de la novela lírica que tiene a *Mortal y rosa* como insuperado paradigma de una decena larga de títulos, desde *Las ninfas* hasta *Las señoritas de Aviñón*.

Pero hay otro lirismo, duro, lacónico y brutal, aunque igualmente poético, un lirismo agrio, despectivo y seco, que se enseñoorea de las novelas negras de Umbral, negras a causa de ese lirismo, que abarca desde *El Giocondo* hasta *Los metales nocturnos*. Novelas del mal gratuito, de la sexualidad superflua, de las negaciones, de la nada. No existen muchos equivalentes en las letras españolas de esos años, exceptuados algunos títulos tardíos de Cela y el Aldecoa de *Parte de una historia*. A quien más recuerda este Umbral es al Jean Genet más sombrío, el de *Querelle de Brest*, el de *Notre Dame des Fleurs*, aunque importa señalar un distintivo matiz esencial entre ambos escritores: Genet predica la moral del mal, Umbral no predica nada; Umbral es el verdadero «inmoralista», por emplear el término gidiano.

Tampoco la novela negra agota el pluralismo novelesco de Umbral. Consideremos las novelas históricas, desde *Los helechos arborescentes* hasta *Capital del dolor*, palpitantes de vida y dolor y a veces de mal gratuito, como el asesinato del tierno protagonista, Francesillo. Y ello sin salir del ámbito de lo poético.

Dentro de *Mortal y rosa* cuatro son los poemas que se presentan como tales (pp. 5, 86, 91 y 157), aunque no son escasos los textos de carácter poemático esparcidos por el libro. Y abundan los textos de *Mortal y rosa* que aparecen trasplantados en *Crímenes y baladas*, junto a textos poemáticos (pp. 35-36, 37-38, 39-40, 43-44, 45-46, 51-52, 53). Son un número no desdeñable, que corrobora la unión profunda que existe entre ambas obras, además de confirmar la condición sustantiva de lo poético en la obra umbraliana. A la luz de estas intersecciones parece normal que el escritor

compusiera en verso —prosificado— algunas de sus columnas.

La poeticidad es consecuencia, lo sabemos, de la acción de múltiples factores convergentes, quiere ello decir que sería trivial identificarla con la utilización de un solo procedimiento expresivo. La metáfora no es la esencia de la poesía, en contra de lo que pensaba el gran crítico ruso Potebnia. Aun así no cabe disminuir la significación que tiene su empleo en Umbral. *Mortal y rosa* compendia con maestría la función de la metáfora:

[...] en el remolino del horror, cuando sólo eres piedra de dolor y miedo, mineral de espanto, nace, como una flor en la roca, la imaginación, la metáfora metaforizando sobre la enfermedad, la visión distanciada de uno mismo. Y la distancia es estética. La estética es distancia. ¿El espanto puede dar lirios? Ya lo creo.

Metáfora y distancia; Umbral se aplica la máxima becqueriana: «Cuando siento, no escribo». Sólo desde esta perspectiva cabe entender la óptica de la memoria simultánea —óptica y técnica— desde la que Umbral afirmó reiteradamente haber escrito el libro; o el dicho equivalente de Mozart de que cuando componía lo hacía en un lugar al que no llegaban las pasiones y furias que agitan a los hombres.

Como se ve, todo refluye al mismo punto: la imposición de lo estético sobre cualquier otro componente existencial, profesional, extratextual, etc., y el consiguiente imperio de la función poética, visible en la marcada formalización del estilo. Por esta vía Umbral producirá textos que son auténticas inundaciones metafóricas.

La relación entre lo lírico y lo poético se escora resueltamente del lado de lo poético, que es mucho más inclusivo. Lo lírico es una aplicación de lo poético, que se ha impuesto de modo casi imperialista en la dicción literaria. Lo lírico se diferencia también de lo épico, que fluye a través de la tercera persona. Lo lírico y lo épico pueden coexistir en el mismo texto. Así, la primera parte del *Llanto* («A las cinco de la tarde... un niño trajo la blanca sábana...») es estrictamente épica; la segunda («La sangre derramada») es lírica. Desde Baudelaire sabemos que el verso no tiene el monopolio de la lírica. Por eso Umbral fluctúa al clasificar *Mortal y rosa* sucesivamente como «novela», «diario», «el poema en prosa de mi vida».

El verso de Umbral deriva de Juan Ramón y de los poetas del 27 y Neruda; la prosa viene de la revolución proustiana. La poetización de ésta fue la gran hazaña de Proust, y derivaba de la intersección entre Chateaubriand, Ruskin y Baudelaire. Esa prosa que avanza y se detiene cuando quiere, para luego ponerse de nuevo en marcha, que transgrede la relación de sentido de la frase con su expansión desmesurada, es la fuente esencial de Umbral, por más que no la atienda en aspectos concretos como la expansión del párrafo. Lo fundamental es la poetización de la prosa, y Umbral la acepta suscribiendo sin vacilar el famoso aserto del maestro de que «sólo la metáfora puede dar una suerte de eternidad al estilo».

De otro esencial factor proustiano se apoderó Umbral: la importancia temática de

la memoria. Elemento estructurante del discurso proustiano, Umbral lo hizo suyo: no sólo nutrió con él sus obras de ficción sino que lo explotó más allá de ellas con descaro sin igual deviniendo memorialista de lo real, pero también memorialista imaginario, y conjugando ambas dimensiones en síntesis inimitable, que nos lo vuelve más vivo que los memorialistas «testimoniales».

Marcel Proust fue la máxima admiración novelesca de Umbral; son inequívocas y abundantes sus declaraciones sobre el particular. En este ámbito proustiano produjo textos memorables, que comenzaron con su primera novela, *Balada de gamberros*, donde rememoraba las batallas juveniles en el Pisuerga; obsérvese el lírico «baladas» encabezando el título. Toda la saga de madres, tías, mujeres y demás parientes femeninos —los hombres aparecen poco— procede del manantial de la *À la recherche...*, cifrado en la primera novela de la madre enferma, *Los males sagrados*.

La concepción de lo poético en Umbral recibe también otras adhesiones: así de Ramón y su culto a la greguería, así de Ruano, en su doble condición de estilista y columnista; recordemos como ejemplo cimero de prosa poética su gran artículo «La novia de Velarde». Pero estas ascendencias son, si se nos admite el término, secundarias. La poética de Umbral se origina en Quevedo, se cruza con Bécquer, se nutre de Darío, Juan Ramón y Valle, y después se sumerge en Neruda y los poetas del 27.

Lo poético en Umbral es una categoría vertebradora, dorsal, *dominante* de su sistema expresivo, por emplear el término grato a los formalistas rusos. Aunque razones más prácticas que otra cosa determinaron su apartamiento del género poético *strictu senso*, al que volvió de todos modos al fin de su carrera, Umbral, ya por desgracia fallecido, se presenta ante la memoria literaria como un poeta por encima de cualquier otra consideración. Los poemas aparecidos después de su fallecimiento son el mejor homenaje a una vocación insobornable y enriquecen nuestra imagen del escritor gloriosamente palpitante, transfigurado en literatura, identificado con ella, haciendo realidad el dicho borgiano sobre Quevedo de que el gran clásico era menos un hombre que una compleja y dilatada literatura. Umbral, casi dos años después de su desaparición física, se nos evidencia como una explosión de literatura, una turbadora incursión, que se diría colectiva, en la literatura. Umbral es una polifonía; el tiempo lo pondrá cada vez más de relieve. La poesía de Umbral es una voz generosa, que se suma a la feliz pluralidad con que su autor la concibió. Voz de canto herido por el dolor y la belleza del mundo. La voz que acompaña los últimos pasos terrestres de José Hierro, la voz que se quiebra ante la pesadumbre de la tristeza o se extasía ante el resplandor del fuego. «La gracia se derramó en tus labios», cantó el profeta de Israel. Y nosotros tenemos y tuvimos el honor y la fortuna de poder oírla.

ALGUNAS REFERENCIAS

Román Jakobson, *Questions de Poétique*, Seuil, París, 1973.

George Steiner, *Extraterritorial*, Barral Editores, Barcelona, 1973.

Francisco Umbral, *Mortal y rosa*, ed. Miguel García-Posada, Cátedra, Madrid, 1995.

—, *La escritura perpetua*, Mapfre, Madrid, 1989.

—, *Las palabras de la tribu*, Planeta, Barcelona, 1994.

OBRA POÉTICA (1981-2001)

I
CRÍMENES Y BALADAS
1981

Voy a poner primero, donde empieza este libro,
un cuchillo de tiempo que he visto en la cocina,
voy a poner delante, porque el lector lo use,
un bruñido abrecartas, pulcro de asesinatos.
Quiero abreviar las cosas o dar facilidades,
que las páginas negras, duras por todas partes,
pueda el lector abrirlas como matando un primo.
Voy a poner delante, donde este libro acaba,
un puñal que sujete su dispersión de puta:
crímenes y baladas, cosas que me pasaban
cuando el color del pene era de oro molido.

Hay que echar a puñados, como se coge fruta,
páginas y palabras en las manos de nadie.
Hay que ordenar la tinta como un mar que se peina,
y que el hilo del tiempo, de donde cuelga ropa,
ponga a secar la prosa, las bragas de una chica.
Luego el lector, despacio, con aterido acento,
dice en voz alta cosas, frases que le han quedado,
vive ya del veneno gris de los malos libros,
pero se ha acostumbrado, ha de seguir leyendo:
toma el puñal o copa, abrecartas o libro,
bebe por cualquier parte, huye declamatorio,
vuelve a la librería, recobra su dinero
y en un rapto que repta se suicida cantando.
Ya está todo cumplido, la muerte ordena el mundo,
mi libro iba por libre y hoy se viste de entierro:
hemos matado a un dulce y terco seminarista.
Antologías letales o dagas de cocina,
lentos alejandrinos, prosas como emboscadas,
trampas para muchachas, el corazón o el sexo.

Hay que reunir esfuerzos, libros, antologías,
y hacer con ello fuego, luces de fin de mes
a ver si alguien nos mira, si una preadolescente
comprende que su vulva, rosa de Alejandría,
es el lugar de un crimen, cópula o pie de imprenta.

EL ABANDONO AZUL DE LA COCINA

Tu cuerpo es un hermoso fragmento
de no se qué grandeza rota.
El cesto de frutas de tu vida
se renueva por sí solo todos los días.
En tu boca destrozada habla la tristeza del martes
y en tus dedos minuciosos arden páginas de luz.
Le abultas al mundo como una planta excesiva
y dejas magnitudes de olor por donde nadie pasa.
Has oxidado el aire con tu cansancio,
has enterrado todos los clarinetes,
tienes senos destruidos como la antigüedad
y muslos de cosecha que le pesan al día.
Busco en tu alma un tabaco de infancia,
busco en tu sexo un mar desalentado,
y comprendo que los muertos, realquilando tu casa,
hacen un poco más alegre
el destrozo del amor y el abandono azul de la cocina.

CADÁVER DEL DOMINGO

Pega, muchacha, pega, con tu melena látigo,
azota la tristeza sobre mis atrios fríos,
despójame de historia, repite el vuelo lento
de tu melena negra, pájaro tan tupido,
que como un ala sola, muy cargada de sexo,
pasa sobre los cuerpos, cadáver del domingo.
Qué incendio entre vecinos, qué barrizales negros;
improvisamos noche sobre los extramuros
y sonaba tu cuerpo, ah los pechos cervales,
como el gemido rojo de los asesinatos.

Pega, muchacha extraña, cuerpo de otros países,
hiende mi vieja historia, hiere donde más duele,
y que la casa sola, habitaciones negras,
hunda en el suelo antiguo cimientos de hombre vivo.
Prendiste alegre fuego a los manojos negros
de la tristeza lenta de todos los domingos
y un sonido de copas se apagaba allá lejos
mientras el dulce crimen se consumaba solo.

Duele, muchacha, duele, pega inmisericorde,
azota hasta la muerte con tu blancor helado,
batalla con tu cuerpo sobre las biografías
que yacen sin zapatos bajo tu voz de ave.
(Perdóname el amor, perdóname los besos,
pero recuerda el odio que nos hizo más bellos;
recuerda las ciudades que arden como incunables
en torno a nuestro lecho, en el que ya no estamos.)
Hiere, muchacha, hiere, cuerpo lejano y mío,
canta con sexo y noche, pega donde más duele:
destrózate despacio, con rito y jerarquía,
sobre los hombros duros de una ciudad sin nadie.

Cadáver del domingo, cuerpo que violentamos,
noche de los despojos hasta la madrugada,
el hilo de oro puro que se quebró despacio
y el ritual sacrílego de tus sabidurías.

Cómo has quemado el mundo, cómo has prendido fuego
a las palabras puras y sus inmediaciones,
cómo te has hecho boca, cómo te has hecho manos
para cobrar cabellos y pétalos y sangre,
hasta dejar en seco, tan alto combustible,
los venenosos pozos de mi autobiografía.

HOMBRE SOLO

Hombre solo en los oros rojos de las edades,
hombre solo me siento cuando nada se incendia.
Hombre contra mí mismo, en sí mismo reunido,
abandonado y solo de tantas claridades.

Era un agua que se iba, una mujer pasaba,
algo que ya en la ausencia toma palabra y forma,
era la claridad pronunciando su nombre.

Solo de tantas luces, de tanta luz dejado,
hombre solo me siento cuando el hoy se retira.

La mujer acompaña como acompaña el agua
que en la sombra no suena.

Es un algo de plata que en lo oscuro palpita, es un oro sexuado que en lo claro se
oculta.

La mujer ilumina y su tienda es el día. Hombre solo me siento, entre el cielo y el
cielo.

La mujer ilumina como un día más alto,
la mujer acompaña como un tiempo más largo,
la mujer nos traspasa como cálida espada.

Hombre solo en el oro rojo de las edades,
solo en el laberinto duro del pensamiento.

Hombre solo y cumplido cuando un dios se retira.

HERRAMIENTA DEL MAR

La muchacha en su playa, en su luz matutina, la muchacha en azules que algún mar acarrea. La muchacha desnuda, herramienta del mar. Esos brazos que dejan un olvido de ríos en las márgenes puras de la vida y el aire, esos senos tendidos, altibajos del tiempo, con la gracia dormida de su ciega blancura, ese pelo de noche, de parada tormenta, o ese vientre dorado como un fruto extendido. Hay un sexo despierto y una sal prematura, hay dos piernas dobladas alabeando la espera y una fresca esperanza, pálida expectativa, en que la mujer vive fácil como la espuma.

La muchacha desnuda, herramienta del mar, puerta por donde pasan tiempos y pasan sueños, frágil la partitura que los colores tocan, bella como otra ola la muchacha del mar. En un clima de hombre, todo denso, inminente, los azules del tiempo configuran un cuerpo, pero la gracia previa, el dormir de esta niña, es un milagro quieto que el pasado contempla.

Siempre ese mito leve, esa chica primera, siempre ese vago sueño con que el hombre despierta, siempre lo disponible, lúcido y femenino, cuando todavía el mundo tiembla de expectativas. La muchacha desnuda, herramienta del mar, y su sexo nocturno como enigma en la luz.

VENCIDOS

Vencidos los amantes, vencidos de victorias, crimen a cuatro manos que nadie ha perpetrado.

Velocidad del cuerpo, velocidad del sueño, lumbres que se traspasan, horizontes que saltan. Rápidas las delicias, plenitud de la prisa. Vencidos los amantes, vencidos, caminantes; direcciones contrarias, alejarse, encontrarse: iban uno hacia el otro, daban miedo al silencio, iban hacia el encuentro: se han perdido en el cielo.

Qué perdida victoria, qué luciente fracaso, cómo claman los cuerpos en la luz de lo neutro. Qué ballesta la carne para herir en la carne, qué fogata, la sangre, para arder en la sangre. Hay un ansia de crimen, hay un sueño de lumbres, hay un agua profunda donde el todo se baña. Vencidos, los amantes, son un río que pasa, son un lago que queda, una pura ensenada. Vencidos, los amantes, son un mar que regresa:

Qué fracaso de pelo, qué suspiros del agua, qué trenzado, las manos, de la sombra y la plata. Cómo muere el futuro en la carne callada, cómo escapa la música. Qué silencio de espada.

LO CIEGO

Hay un momento ciego, en el amor, lo ciego tiene todas las luces tristes bajo la carne, lo ciego de la carne canta si los amantes hunden hasta sus plantas el amor en la tierra. Pies que suenan a tiempo, máquinas del silencio, pasos que da en el aire, dulce pezuña humana, la palpitante sombra de los cuerpos.

Rostros desaparecen; los amantes sin rostro son sólo cuerpo ciego, humanidad violenta. Mítica de lo ciego, mística de los cuerpos. Una mujer, un hombre, nada, nada se sabe. Una batalla ciega suena donde el silencio. Pasos van por el aire, pies ya para qué os quiero. Hay un momento ciego en el amor, un tiempo, cañaveral de piernas, en que el amor ondea, montes estremecidos, y por la sala quedan huellas de pie rosado, los fugitivos pasos en que el amor pateo. Hay unos pies de amante, una mujer jadeo, hay una escala de oro por donde nadie sube, pero están ya muy altos, altos los dos amantes, en la carrera ciega, tropeles hacia el cielo.

Viven los pies, expresan, laten los pies, caminan: corazones de dedos —vivísimos manojos—, pisan la uva del aire, pasan, pasan gimiendo.

HERRAMIENTA DEL CIELO

Doblada por la mano suave del firmamento, la cabeza del hombre se piensa una rodilla, doblada por la ausencia rosa de compañía, la cabeza del hombre pesa como el silencio.

Herramienta del cielo, cuerpo de oro investido, el muchacho reposa entre las estaciones. Y hay un ocre levísimo, un oxidado acento que en su epidermis luce, lento como la tarde. Herramienta del cielo, lugar de los encuentros, en el cuerpo del hombre va espesando el esfuerzo. La mujer es ausencia, una armónica nada, la mujer es el aire, es lo que ha de venir, y en el pecho incompleto del muchacho que sueña se dibujan las tardes de la vida a dos voces. Nada como ese cuerpo, nada como esa nada, nada como el reposo tenso del presentido. Herramienta del cielo, la callada epidermis, dorada para nadie, llenando sola el mundo. Cobres, mitologías, pasan por otros aires.

La mujer es ausencia, un desvariado sueño, el dibujo que buscan acertar las auroras, lánguida autonomía que los ríos ensayan. La soledad del hombre, herramienta del cielo, se cincela a sí misma cálida y desde dentro. Un desnudo sin réplica, pátina ya sin dioses, pedestal de sí mismo, ligeramente pesa. Doblada por la mano suave del firmamento, la cabeza del hombre sueña lo venidero.

INDELEBLE

Hay sexos que perfuman como un bosque incesante, hay mares que transitan rojos por la vagina, hay sabores que dejan con palabra indeleble la presencia de un cielo más profundo y más negro.

Hacia tiempos dormidos, hacia sales o soles, hacia flores profundas el amor se encamina. Nadie ha dicho que el cuerpo, su sistema de sombras, tenga otras dimensiones que las acostumbradas, pero un juego de bocas, un encuentro indeleble, puede dar al recuerdo más agudas florestas. Los amantes, despacio, con cautela de ciegos, han cruzado sus cuerpos de destinos contrarios, y ahora las herramientas de la carne y la dicha tienen brillo de espada o calor submarino. Pero cuándo el encuentro, la total compañía, pero cuándo el espejo duplicado del cuerpo. Sólo cantan ahora las cautelas del sexo, sólo acuden las grutas inmediatas y rosa.

Se persigue el encuentro, se duplican las voces, se reposa en lo mismo con olvido y perfume. Nunca el sexo absoluto, el borrado guarismo, nunca un cuerpo enterrado en la luz de otro cuerpo. De momento, la dicha, la caliente batalla, se acelera en los cuerpos, se demora en las formas. Hay un falso sosiego, una paz, una espera.

Los amantes se aprestan a morir recitando.

ATENIDOS

Atenidos a sí, los amantes meditan; atenidos a sí, los amantes ya callan. Callan de otro silencio que más alto sonaba: ahora están en lo hondo con su paz y su nada.

La muchacha sentada en sí misma y desnuda, la muchacha en los brazos que sujetan y abrasan. Atenidos al tiempo, descendidos al día, los amantes reposan y su dicha les mira. Atenidos al tiempo, descendidos al día, apeados, tan grises, de la mitología. Eran soles, los sexos, eran sexo los cielos. Si la muerte es pregunta, es el sexo respuesta. Y ahora callan callados, en este otro silencio, los amantes dormidos, mutilados de sí.

Se han quedado en sí mismos, atenidos al número, son ya dos los amantes, dos figuras cansadas. Ya no el uno glorioso, abolida la cifra, ya no las multitudes clamantes del orgasmo. No son uno ni muchos, ya son dos los amantes. Sólo dos los amantes, qué contable la cifra. Ha pasado ese viento rojo de las respuestas. Sólo quedan preguntas, sólo quedan silencios. Sólo quedan dos cuerpos como bronce tatuados.

Atenidos a sí, los amantes se abrazan. Eslabones de tiempo les anudan al día. La ternura es un agua que restaña los crímenes.

PRELUDIO PARA UN CUERPO

Caen las insistencias,
se reiteran las tenacidades
sobre ese hombro parado que la luz pone en larga adoración.
Hay el deslizado consuelo de la carne
que obliga a remontar un hombro desnudo
(pero se aviene luego en rodeos desde cuyo final divisar una esbeltez,
como el blanco camino devanado por donde ascendiéramos).
Ensayo el mundo su actitud de brazo para lo distante o de surcada antepierna.
Su lentitud de carne adonde caen,
redondos y maduros,
los cansancios sin cuerpo,
prefigurando el día como una estatua declinante.
La carne es un transcurso donde se mojan sueños,
ansias, olvidos prolongados hacia el pecho,
y todo se diluye, se nos borra;
el rosa de la piel asume encuentros.
Páginas, doloridos metales, consecuencias.
De cien arrastres tibios, de sendas turbiedades, de mezcladas fatigas residuales
hace la carne su color dorado.
Reposamos en ella, templándola de sumisas certidumbres,
olvidamos en ella,
abrazando su luna complaciente y corpórea:
la carne es un transcurso regresado que no refleja historia,
ni tiempo,
ni ciudades.
Se fatiga en sí misma, se libera armoniosamente
rimando con las formas del sosiego,
destrenzando perezas,
anudándose firme con la vida:
nada se le parece. Qué egregia solitaria. Ni la luz,
ni las hojas,
ni los astros.
No hay alucinaciones en su día.
Permanece distinta, deslizante,
dándole a su erguimiento redondez de reposo, reposando
su gracia erguidamente.
Qué horizonte inmediato, qué femenina realidad

donde los ojos tocan carnaciones,
donde los dedos miran su repasado tacto.

Aliviado y sin palabras, como un cachorro oscuro,
el mundo se ha dormido con la carne.

Son roces obedientes, frecuencias de los cuerpos,
la sangre habitual bañando inmediaciones,
una costumbre de calor y tiempo, con su repetición acariciada, con su extenso
contacto y su borde de besos

donde se extinguen sueños, luchas, franjas. Estamos en la carne
recibiendo su abrazo, desprendidos de un frío, de un calor.

La carne nos acoge. Refugio, asilo lento, paradero
del tiempo.

Es un soleado mar que logra estar a flote.

Es una

inmensa estatua que quedó del naufragio.

UN MAR ASUSTA MENOS SI APRENDEMOS SU NOMBRE

Y puede venir un golpe de soledad,
como salir de pronto a las traseras del mundo. Es
en un día oscuro, complicado,
dificultosamente cotidiano,
que, al fin, resulta llevar dentro de sí otro día más claro,
más ligero.

En cierto minuto se produce el rompimiento,
el soltar amarras,
cortar cables,
el levar anclas una libertad, una facilidad.
Y ya estoy solo.
(Tan indiferente que parezco alegre.)

Nadie podrá nunca acompañarme por los ecos últimos de mi soledad.

La soledad,
como las movedizas ciudades de la costa,
tiene sus muelles por donde acercarse al mar, y un largo vacío como escamas.

Se ven paisajes, mundos, desde la soledad;
pero duele no saber de dónde son, cómo se llaman.

(Un mar asusta menos si aprendemos su nombre.)

La soledad me acerca un catalejo, me alarga la mirada,
es como una videncia ya angustiosa, perpetua,
que me hace presentes

los bosques y las tardes donde nunca estaré,

el dolor de no estar en aquel campo atardecido donde sé que alguien deja que le
crezca la sombra,

donde alguien va a morir por un momento cuando más bella era su larga sombra
en tierra.

El dolor de saber dónde no estamos.

Será un mundo inhabitado

por donde pasan barcos camino de algún mar.

Sé que al anochecer muere un velero cada día,
una ilusión marina que echa a volar en mí
como la gaviota de cada crepúsculo.

Pero soy tierra adentro, algún día lo sabré,

y voy de plaza en plaza hasta donde mi soledad haya de prolongarse.
En soledad sé cosas, sé más cosas; la soledad me da
conocimiento,
pero me quita vida,
espumas,
mundo.

Hasta que me sorprendo con sólo una moneda o un metal o una rueda,
cualquier sencillo objeto invariable y opaco,
repetido en mis manos, pesándome en los dedos, empañado de tacto.
Le vengo dando vueltas desde mi soledad
y me es ya extraño como algo recogido en otra estrella.

De una ciudad sin parentescos, desabrigado y lento, estremecido, voy regresando
a todo.

Aún traigo en la cabeza los astros que he mirado.

Pero se va invadiendo de mundo nuestro mundo.

Qué lentamente —y un calor despierta— se me puebla la vida,
se me habita una vaga humanidad,

les vuelve la mirada a las distancias.

Cuándo he dejado de estar solo.

Aún traigo en la cabeza los astros que he mirado.

La casa, mi casa, el vacío encallado, el barco bacaladero en que nos hemos quedado para siempre. Porque vives otras casas, las amueblas, las habitas, y algo te dice que no son tu casa. Entrás y sales en ellas. Pero un día encuentras la casa, tu casa, la que te esperaba, esa que teje en seguida en torno de ti su silencio, sus sombras, su polvo, su tiempo, y de la que ya no vas a salir nunca, a la que volverás siempre. La casa que empieza a cerrarse como una tumba en torno de ti. Cómo se adensa la casa, navío encallado, carabela varada, buque fantasma en los mares del Norte, orientada siempre hacia el Norte, efectivamente, con frío y sombra. La casa, las paredes, los cuadros, mis retratos, los libros, el rumor de la nevera, hielo sagrado del hogar, motor de la vida, hélice polar del barco helado, telas de la costumbre, vidrios del día, cerámica del pasado, maderas de la constancia. Viaja la casa, no se está quieta, en realidad, un día da su proa a soles vivos y otro día a mares del cielo, oscuros y perdidos. Adónde va la casa, adónde nos lleva, tan lenta, desplazándose cuando dormimos, entregada a qué corrientes submarinas, la casa. Nos vive ella a nosotros, se nutre de nuestra presencia, engrosa sus paredes, modela sus lechos, nos habla con su boca de fuego, en la chimenea, nos cuenta el tiempo en relojes, es la bodega altísima de un barco que va por el cielo y somos la tripulación oscura, los fogoneros de ese submarino astral, pero eso sólo de vez en cuando, porque diariamente crece, se cierra, va pareciéndose a nosotros mismos, flor de cemento y música en que vivimos, librando muerte, y ese cabeceo de planta o de barco que tiene a veces.

¿Adónde va la casa?

Vuelvo de los viajes, hijo, vuelvo del mundo, todo hierro y vino, y te encuentro aquí, en la entraña tierna, en el interior fresco de la fruta que es tu vida. Porque, cuando lejos, te siento siempre, detrás de todo lo que siento, te vivo, detrás de todo lo que vivo, y basta que me aleje en un país extraño para que te conviertas en el centro débil y cálido del mundo que gira. Ciudades, trenes, aceros, días, mujeres, ropajes, frutas, máquinas vivas, todo gira en torno a ti, que eres el interior dulce y pajaril de la vida. Viajar es andarse por las ramas, exiliarse del centro, rotar en torno de un interior que nos reclama. Cuando vuelvo a ti, a tus ojos que luchan contra la noche, a tu voz que se abre naturalmente, como un loto en la superficie del agua de la vida, siento que he recobrado el centro tibio del planeta. Qué frío afuera, hijo, qué desolación de ciudades de piedra, cielos caídos, tiempos deshechos, gentes vegetales y días de mineral y ruido.

Qué bien aquí. El mundo, ahora lo sé, tiene un adentro de lana y conversación, de risa y juego, en el que tú habitas, muy recóndito. Basta con que me aleje un poco para que te conviertas en el centro del cielo y de la tierra. Y escucho tu voz, la incoherencia volátil de lo que dices, con mucho más sentido y música que todos los sistemas leídos y debatidos. No importa que imites al mundo en tus juegos. Es el juego y el milagro lo que te hace surtidor secreto. Todo cae inmensamente mientras tú subes muy poco a poco. El mundo es un derrumbe poderoso y triste, inverso a cada uno de los latidos de tu estatura hacia la luz.

Mi hijo en el mercado, entre el fragor de la fruta, quemado por todas las hogueras de lo fresco, iluminado por todos los olores del campo. La fruta —ay— le contagia por un momento su salud, y el niño ríe, mira, toca, corre, sintiendo y sin saber un mundo natural, el bosque podado en que se encuentra, esa consecuencia de bosque que es un cesto de fruta, una frutería. Mi hijo en el mercado, entre el crimen matinal de las carnes, el naufragio azteca de los pescados y, sobre todo, entre los fuegos quietos de la fruta, que le abrasa de verdes, de rojos, de malvas, de amarillos. Él, fruta que habla, calabaza que vive, está ahora entre los dos fuegos, entre los mil fuegos fríos de la fruta, y grita, chilla, ríe, vive, lleno de pronto de parientes naturales, primo de los melocotones, hermano de los tomates, con momentos de hortaliza y momentos de exquisita fruta tropical. Es como si le hubiéramos traído de visita a una casa de mucha familia, a un hogar con muchos niños. Como cuando se reencuentra con la hueste ruidosa de los primos. Qué fragor de colores en el mercado de fruta. El niño corre entre las frutas, entre los niños, entre los primos, entre los albaricoques.

Hijo, salto que da el día
hacia otro día.
Pimpirincoja,
zapateta,
pingaleta en el aire
hacia otro aire.
Por ti van las semanas
a pata coja,
sin pisar raya.
El que pisa raya pisa medalla.
Cuando no sabe el mundo
qué paso dar,
y todo está en suspenso,
como trabado,
saltas tú a pies juntillas,
salvas la zanja,
y vuelve el día a correr,
claro en tu agua.

Ahora tengo al niño entre los niños enfermos, en el pabellón de las sombras por donde un pequeño saltamontes humano, niño roto e inquieto, o una niña destrozada por un automóvil, con su sueño de manzana pisada, bullen y mueren. Tengo al hijo pendiente de esa salud que gotea, de esa gota de suero, de luz, de vida. En torno de su silencio, el dolor del pueblo, madres jóvenes y oscuras como entes calcinados, hombres como pájaros hambrientos, de graznido triste, el fondo del mundo, el hondón de la existencia, la verdad pueril y desoladora de la vida.

Niños que sufren, niños que mueren, madres con los ojos pardos como lobas del pueblo, algo que gotea vida o muerte. Y nada más. Zumbaba el dolor en patios interiores, pasan mujeres con palanganas en la mano, orinan los niños su tristeza y huele el mundo a herida infectada. He ido, con él en los brazos, llevados de la velocidad, hasta estrellarnos contra el fondo del silencio. Era como la visualización de nuestro destino. Ahora lo tengo aquí, enfermo siempre, mirado por la muerte, y su gloria es el dolor de otros niños, el débil varillaje humano pinchando las esquinas de un lienzo pobre.

La mano pura que sabe crear colores de la nada, el loto infantil y breve que pinta el día con luces nuevas, cae ahora herido, con una aguja en su vena más fina, en una inmensa clínica de hierro donde los platos humeantes de muerte van solos, en multitud, por ascensores lentos, y la sangre que ya no es de nadie, anónima y sagrada, sueña formas de serpiente debajo de las lágrimas crueles. Me quedan los colores que ha creado el niño, oros enigmáticos de un Universo que se ignora a sí mismo.

Y entre todo el desorden miro las fotos del hijo, esa foto de una mañana en la sierra, el niño con un tazón en la mano, aquel desayuno, aquel día entre los días. Me mira por encima de la taza, por debajo del flequillo, con unos ojos grandes y lentos donde se cuaja la vida. El niño desnudo en veranos blancos, con espuma en el alma, estrellado contra los vidrios de la felicidad. El niño serio, quieto, en una gran foto, desvalido y grave, o esa otra imagen suya, en la terraza, a contraluz, con la risa divina, un tenedor en la mano, algo que le brilla, el apretado resumen de vida y gozo que es, que era todo él. Momentos del niño, instantes de su vida, ráfagas de hijo, fotos con animales, los grandes picos, las pesadas pezuñas, los hocicos amigos, el niño en el lodo gozoso de la vida, el niño disfrazado de otra cosa, colores y luces, una cabeza muy tierna, quizás un año de vida, cierta majestad que a veces tienen los niños a esa edad, el niño triste, el niño alegre. Entre todas las risas infantiles, la suya tiene para mí un doble fondo de tristeza, un quiebro de debilidad, algo que me la hace estremecedora y querida. El niño serio, en algunas fotos, de qué fondo le viene esa seriedad a un niño, la cabeza erguida, los ojos mortecinos, una energía incipiente en sus mejillas banales. El hijo en una ventana, con luz de mañana o de tarde, instantáneas de una vida erizada de instantes.

En la quietud de las fotos se ve mejor la movilidad de su vida. En el reposo de la cartulina fulgura la prisa que es la infancia. Al hilo de las fotos, este ser que ha nacido y ha cambiado ante mis ojos, sucesión de niños que son el niño, la infancia es una multitud, una aglomeración, una angostura. Cada cinco o seis meses el niño es otro. El niño es sucesivo. Creía amar a un solo niño y he amado a muchos, a uno distinto cada día.

Tu muerte, hijo, no ha ensombrecido el mundo. Ha sido un apagarse de luz en la luz.
Y nosotros aquí, ensordecidos de tragedia, heridos de blancura, mortalmente vivos,
diciéndote.

Ella ha madrugado, inquieta, movida por un secreto, por una alegría pequeña —qué triste picardía la suya— y se ha movido por la casa con más vivacidad, como cuando tú vivías, y ha traído de la calle dos rosas rojas, dos flores forradas de verde, que eran la clave de su secreto, el centro de su pequeña y tierna conspiración, porque algo había que hacer, hijo, y las dos rosas estuvieron ahí, lumbre de una alegría remota en lo gris del hogar.

Diría yo, sí, que fue ella a lo más remoto de nuestra dicha, al fondo de los días, al bajorrelieve de la memoria, allí donde aún ríes entre conchas doradas, para cortar esas dos flores —que en realidad son del mercado— y hacer que por última vez prenda en esta casa la luz de un tiempo en que éramos alegres. A la tarde, escucha, fuimos apresurados, silenciosos, sonámbulos, en el fondo de un coche, hacia el hueco doloroso, lejano, y el otoño estaba rojo, dorado, lento, espeso, como si tú existieras, y cruzamos tantas arboledas, hijo, tanto espesor de muertos, tanta luz acumulada en los márgenes de la tarde, para sumirnos en el túnel azul e inexistente en que no nos esperas, y llevábamos las dos rosas, como un reclamo para tu sangre, una llamada de lo rojo a lo rojo, de la vida a la vida, de la vida —ay— a la muerte.

Ayer, hijo, ya sabes, era el día de nuestro encuentro, y en la puerta del cementerio compré unos claveles blancos que me olieron a ti, al fondo blanco y húmedo de la vida, bajo el calor envilecido de la tarde madrileña.

Allí estuve, allí estuvimos, hijo, charlando de ti, contigo, llorando, mirándote en las fotos, dejando que nos mirases, dejándome yo ver de ti, hijo, como sé que me ves y miras desde tu nada que en mí vive y habita como un todo. Coloqué los claveles a tu altura, hijo, estirándome en un esfuerzo que ya me es conocido, repetido y entrañable, como el último y eterno gesto que hacia ti hago, como la definitiva gimnasia paternal a que me obligas. Se paró el tiempo, hijo, perdió el viento sus relojes, había más sombra en la sombra y más luz en la luz, y estuve sentado en el suelo, durante una hora que ha sido la más pura, neta y limpia de mi vida, existiendo contigo.

El fuego, hijo, el fuego, cómo amo el fuego en que pude rescatarte, al fin, de la muerte que te deshacía. Cómo amo el fuego, con gratitud mortal, porque en él se purificó para siempre tu pureza, ese fuego ensañado en ti, que habría sido intolerable sobre tu vida, pero que fue piadoso sobre tu muerte, incineración del oro en el oro, dejándome la escoria sagrada que amo desesperadamente, y no la carroña que tú nunca habrías podido ser.

En el fuego te salvamos, hijo, al fin y al cabo, para no dar a la tierra sórdida y devorante la ternura de tu luz, sino al mediodía del fuego la luz de tu muerte. Cómplice veloz, camarada siniestro y eficaz, ladrón que te robó a la tierra, gracias al fuego te salvamos en la pureza de los elementos, te esquivamos la transubstanciación indeseable y lóbrega de los gusanos. Cómo hemos conversado, hijo, perdidos del cementerio en el cementerio, tú y yo, poniendo en voz alta nuestra murmurada conversación de todos los días y todas las noches. Yéndome ya, hijo, bebí un agua gorda y cálida, estival, un agua de muertos en un grifo entre tumbas, y otra vez tuve el sabor a ti, como el olor a ti entre los claveles, porque estás (nada de panteísmo aquí, lector intruso) en todo lo blanco, en todo lo fluyente, en todo lo fragante en que no estás. Me fui, hijo, quiero que lo sepas, lleno de ti, y un clavel blanco y pequeño, como uno de tus puños, se ha venido a mi cuarto, cerca de mi cama, en la pared. Cómo lo llenas todo desde la muerte. Cómo puedes, perdido para siempre, salvar un

clavel o cualquier cosa que se te acerque.

Hoy domingo, hijo, en la mañana poblada, me quedo lejos de la gente, lejos de los cuerpos, lejos de los vivos, y hago un alto en mi trabajo estúpido, odio a la humanidad entera y prolongo con lágrimas que son soledad, con soledad que es llanto, esa hora entera, de cinco a seis, que estuvimos en el cementerio, a la sombra leve y fija de ti, tan dulcemente.

Sólo he vivido cinco años de mi vida. Los cinco años que vivió mi hijo. Antes y después, todo ha sido caos y crueldad.

FEBRERO

Muere el aire y alumbra luces del cielo roto,
pasa el mundo y resuenan mares donde no había,
vengo de los sepelios dulces de los amigos,
siento que la mañana llora como un difunto.
Nada de lo que digo queda en el aire escrito,
todo lo borra el agua ciega de la memoria
y un escuadrón de sombras, altas como febrero,
llenar las magnitudes íntimas de mi vida.

Quedo, pues, en silencio, urna de lo distante,
tomo papel y escribo nombres desconocidos,
digo versos ajenos, recapacito y muero
mientras la ciudad negra, llena de forasteros,
canta con odio y miedo crímenes y baladas.

Un sol igual que un arpa de oros sacrificados,
un sol entre la lluvia, como una triste mano.
Todavía la tristeza, fagot de mi pasado,
sonando en la memoria cansada de un cadáver.
Un sol de tarde muerta tañendo silencioso
guitarras de la lluvia, arcángeles de coro,
y todavía mi cuerpo, sonante a cementerios,
partiendo en dos la sangre con pensativa espada,
y todavía mi cuerpo, mano que toca el tiempo,
caligrafía de selvas diciendo mi palabra:
la fiesta de los sexos, la fiesta de la prosa.
Y todavía mi cuerpo contra esta luz que mata.

Calle de tantos astros, rinconada del tiempo, la dimensión del mundo me la daba un vencejo. Oro de las mañanas empobreciendo el cielo, soles de cada tarde en un ladrillo eterno, de los países del alba venían los buhoneros y en sus pregones altos flotaba un hombre muerto. Calle de tanta noche, mitología del miedo, madres de los difuntos en las tapias de enero. Sonaban las iglesias enormes de silencio y pasaba la yegua inmensa de los tiempos. El hombre más remoto era sólo un lechero y el Dios de los espacios era sólo mi abuelo.

Volver de nuevo al niño que fuiste no sé cuándo, subir de nuevo al cielo viejo del campanario: era un desván el cielo en las tardes de Mayo, por donde erraban soles y agonizaban pájaros. No haber vivido nada de lo que me ha pasado, sino, a través del hijo, morir hacia mi barrio. Barrio de luces pobres, velero desguazado, cuando el mapa del aire se me quedaba en blanco. No haber dado el inútil rodeo autobiográfico para volver difunto al tiempo del milagro. Estoy velando un niño que soy yo mismo, estático.

No sé si se llamaba Leticia o se llamaba Lutecia. No lo recuerdo ahora, de modo que decido llamarla Leticia/Lutecia, con esa barra estructural que es como una lanza que clavo en su cuerpo de fruta enferma o caballo transparente.

Leticia/Lutecia venía de padres pedernales y abuelos clamorosos, movidos a impulsos de un viento más que por necesidades de la vida. Leticia/Lutecia venía de colegios luminosos con tizas de colores inéditos muy posteriores a tiza-tiza, color de tiza, que había que roer para que calcificasen las rodillas. En aquellos colegios había niños afiebrados que recitaban correctamente a Einstein y profesoras emancipadas que les explicaban la vida sexual de los hipogrifos. Leticia/Lutecia venía de amantes pampeanos que le habían dado una infancia de oca e iban todas las mañanas a rebuscar su cama, a ver si la oca había puesto un huevo, y de paso toqueteaban a la niña. Leticia/Lutecia venía de domadores de serpientes que le regalaban la camisa de la serpiente —cuando la serpiente cambiaba de camisa— para que se hiciese una falda. Leticia/Lutecia venía de legendarios historiadores con ciento treinta y un años que la subían a su buhardilla y la tenían tres días seguidos clasificando documentos para que todo estuviese en orden a la llegada inminente de la horda, pero Leticia/Lutecia no sabía si era deseable o terrorífica la llegada de la horda, ni qué horda pudiera ser ésa y al tercer día regresaba a las calles y se paseaba de noche, sola, por el Madrid de los Austrias.

LOS CIPRESES

Los cipreses, los altos y jóvenes cipreses de la puerta de casa, nada funerarios, que llevaban diez años ahí, mirándonos cada vez desde más arriba, se han venido abajo. Bueno, se han venido abajo unos cuantos, con la nevada, como derrotados por un ejército de ángeles espartanos, por una legión de vírgenes violentas. Estaban plantados en falso, supongo, como casi todo árbol urbano, tenían ya más cielo que raíz, más estrellas en la imaginación que tierra en el suelo, y la nevada de anoche — no sé si la primera del año o la última del anterior— los ha derribado con la callada violencia de lo blanco. También lo blanco es una violencia y ahora sé que en la nieve viven asesinos gélidos y en la blancura conspiran concejales sangrientos.

Con esos cipreses que no mirábamos, el cielo iba teniendo algo de huerto. Había sobre nuestras cabezas un huerto que todos quisiéramos tener bajo nuestros pies, y sólo ahora que los cipreses están tendidos de través en el pequeño jardín, como mástiles con las banderolas ensangrentadas, como banderas de una revolución derrotada anoche, como hombres, ahora nos miramos unos a otros, en el silencio, y nos preguntamos por el huerto que teníamos y nunca hemos disfrutado.

Estos cipreses se hundían en el cielo, pero no crecían hacia abajo en la tierra, como Gustavo Adolfo Bécquer o cualquier otro romántico, y ahora les ha barrido el viento de las antologías y la nieve de olvido literario. Lo que pasa es que los cipreses han dejado un vacío en el cielo, un patio azul donde no vive nadie, un hueco por el que pasan volando cadáveres de otro barrio y nubes en forma de tractor, que es la forma más frecuente que suelen adoptar las nubes.

CANADÁ

En Canadá, cuando muere alguien en invierno, lo entierran entre la nieve y durante cinco días puede verse en el aire el humo del calor de su cuerpo.

LETICIA Y LA TABLA DE MULTIPLICAR

La vagina de Leticia/Lutecia era una vagina estrecha, intransitada, caliente, con la presencia de frescas humedades cálidas y el temblor de un pájaro sangrante que fuese el hueco de un pájaro. La vagina de Leticia/Lutecia era un mundo.

Primero probé con los dedos, claro, toqué la flauta de su vagina pulsando allí donde podía sonar por dentro la música de la mujer, la melodía rubia de su pelo, y luego probé con la lengua, con la boca, con mi boca, bebiendo un agua que corría entre hierbas y se estancaba en sí misma, pero cruzaban bandadas de patos salvajes por el cielo de aquel agua y un temblor recorría todo el cuerpo de Leticia/Lutecia, que gemía nombres de la geografía y me parece que la tabla de multiplicar.

La vagina de Leticia/Lutecia sabía a madrugada en un puerto con mucho pescado que había hecho nido en los tremendos hierros de los barcos, la vagina de Leticia/Lutecia sabía a playa de medianoche donde el mar ha arrojado sus peces más profundos y miríadas de huevas en perfecta distribución algebraica. La vagina de Leticia/Lutecia sabía a niña de siete años que contiene la orina por no pedir permiso a la maestra para salir a orinar, y acaba orinándose la pequeña braga. A algo así sabía la vagina de Leticia/Lutecia.

LERMONTOV

Mi gato se llama Ramón. Ramón Gómez de la Serna, y le gusta comer nieve. Realmente, este invierno, que ha nevado mucho, Ramón se ha alimentado solamente de nieve.

Mi gato tiene orejas de gato de portera y ojos de gato de zarina. O quizá tenga ojos de zarina directamente. O quizá sea una zarina que se transubstanció en gato, cuando la toma del Palacio de Invierno, para no tener que leerse las obras completas de Lenin ni llevar cazuelas de carne a los presos de Carabanchel. Por eso puede ser que le guste tanto la nieve, y devora nieve como si devorase Rusia, pasado, Historia, Imperio, y sólo cuando después de tanto devorar se relame vilmente, comprendo que sólo es un gato vulgar de modista o de escritor. Que no vive en él ninguna zarina.

Pero cuando se hunde en los divanes o me mira desde alguna altura, frío y claro, con dos ojos como dos piedras del tesoro de los Romanoff, vuelvo a sentir que tengo en casa un ruso o una rusa. Un aristócrata, un ruso blanco, un oficial con su guerrera (tiene muy blanco el pelo del pecho) o una favorita de Pedro el Grande. Aunque es gato, le veo más rusa que ruso.

LETICIA Y EL PORTERO CANCEROSO

Leticia/Lutecia no llevaba nunca sujetador, así que sus senos vivían libres y jóvenes bajo el rebato de corpiños, suéters, camisas de hombre, camisas de serpiente, gasas y crespones. De modo que lo que más recuerdo ahora —ahora que no recuerdo nada— es o son esos dos senos viviendo la temperatura de su adolescencia, libres por Madrid, secretamente desnudos bajo tanta ropa.

Pensar que la niña iba y venía, subía, bajaba, entraba y salía, frecuentaba historiadores centenarios, buhardillas amargas, humoristas de bombín, poetas homosexuales que siempre pintaban a Luis Cernuda entre arrayanes, pensar que la niña almorzaba en restaurantes rojos con dictadores suramericanos, entraba altiva en los grandes hoteles como cruzando por en medio de las altas fuentes, de los violentos chorros, sin mojarse ni perturbarse, cenaba con pintores bellamente fracasados y siempre, siempre, contra el frío de Madrid, contra la enemistad verde de los parques y la sonrisa dura de las entidades bancadas, esos dos pechos desvalidos, firmes, neutros, finos, esas tetas de niña alta, con los pezones muy agudos y la aureola muy pequeña.

Si yo le abría la camisa, las sucesivas camisas, si yo iba deshojando su pecho hasta llegar a sus pechos, aparecían por fin aquellos dos muchachos morenos y blancos, vibrantes y pálidos, aquellas tetas ni pequeñas ni grandes, tan seguras, aquel torso de mujer con una leve mancha sobre la clavícula derecha, y era cuando ella perdía toda la agresividad de sus senos, que habían sido heroicos y desnudos frente a la vida, la familia y los amantes, pero se empequeñecían bajo mi mano como un gato que quisiera ser una paloma que quisiera ser un canario que quisiera ser un ovillo vivo.

EL PERFUME

Hay sexos de mujer que perfuman el glande para una semana. Hay mujeres que tienen en la geografía de la vulva, en los desfiladeros de la vagina, en la cueva de las secreciones, una multitud de jardines submarinos, una pluralidad de peces que primero han sido flores y sueñan con cristalizarse silenciosamente en sal.

Hay sexos que le dejan a uno perfumado de mancebía babilónica y almacén portuario, y del mismo modo que el poeta estuvo años sin lavarse la frente, porque se la había besado otro poeta, uno puede estar días sin lavarse el glande porque no pierde, en el surco balanoprepucial, su aura de mujer y flores, su aureola de mar y puerto, que es como una corona de olor, como una fragancia que duda al momento de adoptar una forma determinada, pero que se asemeja mucho al diseño balístico del glande.

En rigor, habría que ir por la calle con el miembro fuera, descapullado, como una proa, como una pequeña y roja agresión perfumada, repartiendo cintas de olor por el vecindario, como cuando pasa el pescadero. He dicho que uno no debiera lavarse, en esos casos, pero lo cierto es que hay también la mujer indeleble, que perfuma y perfuma, y al cabo de numerosas y minuciosas lavaduras, después de repetidos lavajes, y concienzudos enjuagues, la cosa sigue oliendo igual, con esa fidelidad de los olores, que es la única fidelidad en el amor. No hay manera.

BAUDELAIRE

Catalina de Siena era una estrella verde en mi ausencia, en su ausencia, en la ausencia azul de sus ojos verdes, en la ausencia verde de sus ojos azules. Una mañana me levanto y he perdido el sexo. He perdido el falo y miro entre las sábanas a ver si lo encuentro. Miro debajo de la cama, dentro de las botas, entre las páginas del libro que estaba leyendo anoche.

Nada, no está. He perdido el falo. Se me ha desprendido ayer a última hora, se me ha quedado dentro de la vagina de Catalina de Siena, de Leticia/Lutecia, dentro de la vagina rosa de una negra o de la vagina morada de una mujer blanca. Después de mucho pensarlo, avergonzado y atónito, decido meterme muchos trapos y periódicos debajo del slip, para hacerme un bulto de sexo, un gran bulto que el sexo no me hacía.

Así no se notará nada, pienso mirándome al espejo, ya con el pantalón puesto. Pero así lo que se nota es una cosa rara que antes no se notaba. Saco unos periódicos y meto otros. Perfecciono mi bulto y voy por la calle exhibiendo, insinuando una sexualidad que antes se me suponía. Pero de todos modos me avergüenzo, me noto un agujero perfecto y limpio en el lugar del sexo, un vacío, un redondel, de modo que tomo calles apartadas, me paro en traseras que huelen a coche, a neumático desinflado, a pelota de goma olvidada por un niño que ya es hombre y está dejándose el costillar al servicio de otro hombre. En mi soledad, en mi deambular, en mi profundizar la ciudad y la tarde, Catalina de Siena es una estrella verde y americana que luce sobre el Estado de Washington.

EL AMIGO

Paseo por los montes, sí, con el viejo amigo de las confidencias, con ese hombre rosado e indignado, cansado y bueno, que aparece en mi vida cada dos o tres siglos, no de manera parapsicológica, como Baudelaire, sino traído por la marea alta de la tristeza, que a veces sube a la altura de la aorta. Especialmente en los fines de semana. El viejo amigo, mutilado, renqueante, tiene una llama gris de pelo esforzadamente alegre, y mirando su decadencia, en la tarde fría y sola, veo la mía propia, porque los amigos íntimos son eso, espejos y repeticiones de uno mismo, duplicados en que la vida nos advierte de lo que somos y a lo que vamos, ceniza y noche, Leticia.

Aprieta sus ojos vivos contra la luz penetrante de la tarde cruel, camina con zapatos de barro las alturas a que le obligo, y habla de mujeres, abandonos, de fracasos, de días. Compartimos el pasado como otros comparten el tabaco, nos fumamos la camaradería y veo vivas en él las horas que están muertas en mí, meses muy antiguos en que éramos otros.

Por cómo se erosiona este hombre contra el tiempo, por cómo le desertizan los años, veo mi propia ruina, y a medida que camina por la raya morada se le caen pedazos de ropa, palabras, mechones de pelo, un dedo que siempre le ha faltado, y no se para a recogerlo y me concentro mucho y me esfuerzo en reunirme conmigo mismo para que no me pase lo que a él, pero sólo me aprieto en torno de un vacío, la ausencia de sexo, y hay momentos en que comprendo angustiosamente que él está vivo y yo estoy muerto, y otras veces es al revés, yo el muerto y él el vivo. En todo caso uno de los dos está muerto, y lo que quisiera dilucidar antes de que acabe la tarde es quién de los dos.

INDIVIDUO

Hay días que llevo alguien aferrado a mi garganta. Me levanto con un individuo aferrado a la garganta. ¿Individuo? No sé. Alguien que entra por la noche, por la ventana cerrada, por el techo, o sale de debajo de la cama, donde ha vivido meses comiendo queso y esperando su oportunidad.

No sé, puede que sea aquel novio airado y burlado que me cogió una vez por la garganta para estrangularme, hace muchos años. Puede que sea aquel escritor mediocre que se irritó por un comentario mío y se me arrojó a la garganta, en una botillería. Puede que sea el gato, el ruso, la zarina, Rasputín, el asesino de Trotsky, yo qué sé, un cadáver que se aferra a mi garganta durante el sueño y me tiene sujeto toda la noche, y yo me doy cuenta, pero no quiero despertarme, porque si te despiertas ya te han cazado. Si me despierto ya me han cazado, me digo en sueños.

Me hago el dormido, estando realmente dormido, porque pienso que mi sueño me protege. Si es un asesino que viene de mi vida, mal puede cazarme en mi sueño. No es un mal razonamiento, al fin y al cabo. Del mismo modo, un asesino de mis sueños, alguien que viva en mi sueño, nada puede hacerme cuando estoy despierto. La simetría de estos pensamientos me tranquiliza mucho, pero el personaje, la arpía, el gato montés, quien sea, sigue aferrado a mi garganta, y por las mañanas digo que es afonía, para disimular el estrangulamiento de la voz, pero sé que llevo alguien montado a mi espalda, aferrándose la garganta por detrás, apretando, dándome a comer cristalitos de tapia, números oxidados de reloj de iglesia, clavos de ferreterías que cerraron hace mucho por defunción.

No me lavo ni me peino por no asomarme a los espejos. Sólo me miro de reojo en los escaparates. ¿Hay un bulto a mi espalda? El viento me abullona la ropa, de modo que no lo sé.

LA PICA

Claro que a veces es un cuchillo invernal, una pica de hielo, lo que entra en mi vientre y lo parte y deshace, y debo ir por ahí con la hoja de nieve en la tripa, en el bajo vientre, sujetándomelo con las manos, para que no se caiga, y me duele cuando hablo, cuando paseo, cuando hago el amor, cuando duermo. A pesar de lo cual, a veces tengo una erección.

Ese puñal de enero, esa daga nauseabunda, esa navaja de bajura que se me mete en las entrañas. ¿Adónde está el gitano turbio que me la ha clavado, adonde el navajero veloz, el vil homicida? Y debo caminar con el tipo de los cristalitos aferrado a mi espalda, apretándome la faringe y la laringe, y el tipo de la navaja clavando y clavando, o al menos su navaja, su recuerdo, su presente, su crimen.

La ternura es un agua que restaña los crímenes, pero no tengo agua, que la han helado toda para hacerse un cuchillo de hielo contra mi vientre. Si la muerte es una pregunta, el sexo es la única respuesta, de modo que, pese a los cristalitos que digiero y al cuchillo del vientre, a veces tengo una erección. Me basta con pensar en Catalina de Siena, de ojos azules como un ángel que fuese verde, de ojos verdes como un ángel que fuese azul, de ojos duros con una dureza furiosa. Toda la furia de que es capaz una piedra dura. Toda la acumulación de ángeles violentos que puede residir en un mineral interiormente azul.

EL PISTOLETAZO

Yo soy el que un día se pegara el pistoletazo violento, el trabucazo destrabucado que todo lo trabuca. Yo soy el que ha descartado el silencioso somnífero, la sigilosa pastilla, el que anhela ahora una muerte violenta, un suicidio de golpe, un hermoso naranjazo de fuego en la sien plomiza de pensamiento.

Pero una noche, por esquinas con viento, Leticia/Lutecia hacía renacer mi sexo, que yo veía rojo y blanco, erguido, a la luz de los acetilenos, y entraba en ella una y otra vez, enfermo y ardido, violento y total, confusionando aún más la confusión dulce y perfumada, pérfida y sedosa de su pelo, su ropa, sus encajes y sus sortijas. Llegué a sospechar que ella me había robado y devuelto el sexo, y en todo caso fuimos un amor instantáneo de toda una noche bajo rótulos comerciales, luces de otro siglo y tejados del viejo Madrid.

Abrigaba mi cuerpo con su cuerpo, mi ropa con su ropa, y yo le entraba en lo más infantil de su entraña un falo de fuego y dolor que la llenaba de la gran turbación con que vivía siempre el sexo, turbación como un mar de invierno en el que flotaba una sonrisa pueril y perdida, vista y no vista, tímida y mala.

EL DEDO

(¿Y por qué usted, respetable señor, respetado señor, hurga en mi recto con su dedo enguantado, por qué mueve, remueve, hace luz en la penumbra, me llena por dentro de la penumbra de su dedo penumbroso, me apenumbra, me apesadumbra? ¿Qué busca usted, respetado señor, con mano pulcra y dedo de guante, con tacto y palpo y palpito, en el bulto interior en que consisto, en la noche de sangre de mi cuerpo? ¿Por qué esta hurgamandería?

Por habitaciones a oscuras, por climas amarillos, yo me humillaba contra lentos hules, y el respetable caballero, el plateado señor, el canoso abogado de la vida, de la muerte, me metía por el culo un duro dedo, un sutil dedo, buscaba por mi ano, iluminaba mi recto con el tacto profundo y respetable. Qué hace usted aquí dentro, por qué palpa mi muerte, que aún palpita, por qué palpa mi vida donde aún duerme.

Yo era por dentro un vago mundo, un borrado mapa, un impulso caliente y nada más, pero de pronto un dedo, sólo un dedo, me ha aclarado las vísceras, ha repartido hígados y páncreas, lo ha colocado todo como debe ser, y ha tocado, despacio, sin piedad, en el punto secreto del dolor y del placer, ha metido un dedo en mi alma, que está más abajo de lo que creían los clásicos y más arriba de lo que creen los homosexuales.

Y ya soy sólo dedo, todo dedo, un dedo enorme, macizo de dedo, repleto de dedo, un dedo con ojos, un dedo con dientes, un dedo con brazos y quejidos. Un gran dedo. Me voy llenando de amarillo, de amarillo dedo, aquí en la oscuridad, partido en dos. Alguien grita a lo lejos, algo me sobrevuela como un tordo de espanto, y soy materia sorda, sólo dedo, ese implacable dedo que me apunta por dentro de mí mismo.)

EL CULO DE LOS ÁNGELES

Una cosa que conviene, haciendo el amor, es introducir el dedo anular en el recto de la mujer. Esto contribuye, naturalmente, a estrechar la vagina y magnificar el falo, con lo que ambos contrayentes tienen copulaciones mucho más felices. Aparte el aliciente erótico de la transgresión o penetración imprevista por vía insospechada (no siempre). Puede probarse con el dedo corazón, en vez del anular, pero suele resultar demasiado grueso. El meñique es demasiado fino y el índice da a la maniobra un gesto como indicativo o rigorista que resulta un tanto innecesario o inconveniente. El dedo pulgar se ha probado que es sencillamente desgarrante.

Tampoco es aconsejable la variante de ir deslizando sucesivamente todos los dedos de la mano dentro del recto femenino, porque esto le da a la operación un carácter de concierto de ocarina que diluye lo transgresivo en la vaguedad de lo musical. El dedo anular es el que mejor explora y llena el conducto, y proporciona al hombre la confortabilidad suplementaria de comprobar lo tersas y escuetas que son ellas por dentro, incluso en esa cañería postrimera. Contra la idea cristalina de la mujer-cloaca fermentada, la práctica demuestra cada día que la mujer es limpia, aséptica y a veces como de plástico, con muchas menos excrecencias de humanidad que el hombre.

Esta práctica manual que aquí aconsejo es como meter el dedo en el culo de un ángel.

LA PAPISA DE LOS GATOS

Pero hay temporadas en que un polvillo gris viene a mi vida, cuando todo, los muebles y las palabras, se recubren de un velo en el que escribo con el dedo, de una neblina posada y triste, como un rastro de albañil nublado.

Es cuando los libros, los teléfonos, los vidrios, los retratos, las copas, los encajes, las botas del invierno, todo tiene una palidez añadida y mediocre. No sé dónde sentarme ni qué hacer. Todo marcha, todo pone un tacto mate en mi alma. No se sabe de dónde ha venido este polvo, ni por qué, mas periódicamente recubre mi vida y mis cosas como un silencio visible. Veo mi casa, mi vida, como dentro de cien años, reducido todo a parada arqueología doméstica; veo la seca posteridad de silla y alfombras, el fósil que ya somos yo y mis cosas. Estamos como sumergidos en inactualidad, asisto, no a mi futuro, sino a lo que vendrá después de mi futuro, a un olvido que se esparce como quietud y derribo sobre los colores hoy vivos de mi trabajo. Qué tristeza.

En vista de que todo está inhabitable, y hasta que el tiempo se vaya con su cola de polvo y me deje otra vez el brillo momentáneo de mi vida diaria sobre los objetos, me voy tras de mi gato, que siempre me conduce a alguna parte, y, abriéndole la puerta de la calle, le sigo por climas lluviosos y climas soleados, por todas las atmósferas de la ciudad, que él recorre en zigzag de gato, pero en secreta derechura. Y así es como fuimos a dar un día a ese oriente lejano en que la ciudad termina con el goteo gordo de una fuente vieja, la última fuente de Madrid, una fuente cuyo grifo echa ya el agua fuera del casco urbano.

LETICIA Y LA HORTENSIA

Un día decidí robar una hortensia para Leticia/Lutecia, que tenía toda clase de plantas en su gran copa de cristal. Para ello me infiltré muy de mañana en una gran floristería que era como una selva bien educada, y allí entré en conversación con el florista, un hombre joven, con algo clerical y masturbatorio, limpiamente precalvo, un hombre de ojos vegetales, rostro muy lavado y voz fría y cálida, que es justamente la voz con que hay que hablar a las plantas para que crezcan, repten, engorden y enverdezcan.

En torno de nosotros, mientras hablábamos de la primula homosexual y la hierbaluisa, las plantas de la tienda crecían y se reproducían con un desafío puramente botánico, con una desvergüenza meramente marceña, y todo el fondo verde de la tienda, con los escaparates, las trastiendas y los espejos, era una fornicación movible y variable de las plantas con las plantas, de lo verde con lo verde, un apogeo de falos violetas y corolas amarillas que dejaban caer entre la tierra y las raíces gruesos goterones de luz y actualidad.

Por algún sitio cruzaban peces y yo tenía a mi hombre mareado a fuerza de mezclarle catálogos, confundirle láminas y cambiarle de sitio los tiestos. Había ido desplazando hacia la puerta un tiesto con hermosas hortensias blancas, que el florista me había explicado virarían hacia el azul en cuanto les diese el sol. La obscenidad vegetal se iba haciendo más espesa a medida que avanzaba la mañana, y llegó a nublar el cielo con su pululación, transportándonos a una tarde mediocre, pero intensamente perfumada por regueros de agua y flores artificiales.

EL MONO Y EL LORO

Algunas noches voy a cenar a los grandes palacios de Madrid, y del fondo confuso de las genealogías, de la perspectiva fría de las grandes escalinatas, se destaca hacia mí, caminando como fuera del tiempo, la figura femenina, usada y de oro, ese resultado de voz y siglos que los escudos arrojan, y los cuadros y la Historia.

Algunas noches voy a cenar a los grandes palacios de Madrid y el silencio piafa en los caballos de Tiziano, y el frío es un arpa inmensa que musicaliza las estancias, y del techo descienden batallas y constelaciones, mientras Picasso y Corot, sentados en un rincón, hablan de sus cosas. La gran mesa oblonga es el lado sólido y ondulante adonde nos asomamos, del que emergen los menús como flores del agua, y hay jóvenes rígidos, con un heráldico dolor de cabeza, y efebos con cuello de cisne, muy vestidos para la cena, que dudamos si serán el discóbolo desnudo, de jade y olvido, que acabamos de ver en el rellano de la escalera.

Hay asimismo puntiagudas mujeres que fuman en boquilla de estaño los tabacos más caros del mundo, y de algún lugar llega, envileciendo el rumor elegante de la cena, la reyerta de un mono con un loro, en los trasfondos del palacio, allí donde las mujeres de Rubens ya no abrevan y los héroes de Goya no alcanzan con la red de su sangre.

Arden chimeneas simétricas en la nieve sepulcral de la casa, y en cada chimenea veo un criado, enroscado como un leño, feliz y desgraciado entre las llamas, pero cuando me acerco para darle a probar un poco de agua, es ya sólo el torso negro de un árbol que se entrega al fuego como la negra Duval se entregaba al poeta.

LETICIA Y EL FUEGO

Naturalmente, Leticia/Lutecia era pirómana. De pronto quemaba un incunable, una moldura robada en la capilla gótica y desguazada de sus abuelos, una silla de cocina. Preparaba el fuego minuciosamente, con alcohol, trapos, papeles, como si fuese a curar a alguien de algo, y luego se sentaba a ver el recital de las llamas, la cantata del objeto incendiado, a desentrañar con sus ojos claros y tristes el parentesco, nunca aclarado por nadie, pero siempre intuido en la humanidad, entre el fuego y la música.

Asimismo, Leticia/Lutecia era acuómana o acuófila o algo así —habría que inventar una palabra, pero ahora no tengo tiempo—, de modo que, cuando el espectáculo del fuego estaba asegurado, abría grifos, o picaba minuciosamente una cañería, con su limita de uñas, hasta tener un órgano o un xilofón de chorros zigzagueando despacio, con caligrafía cursiva y concienzuda, el fuego marca a fuego los papeles y las paredes donde deja su confidencia de humo, pero el agua atropella una escritura urgente que en seguida gotea y se cae como si todo lo escrito fuese mentira. Frente a estas dos escrituras contrapuestas y eternas, que vienen explicando el universo desde que existe, se sentaba Leticia/Lutecia con las largas piernas muy abiertas bajo su falda leve, que era una translúcida sucesión de faldas. El secreto del mundo, efectivamente, no lo sabremos nunca porque el fuego dice una cosa y el agua dice otra, y ambas escrituras se contraponen, se desmienten, se anulan una a la otra, y mientras el agua nos dice que el sentido del mundo es transcurrir, el fuego nos explica que el sentido del mundo es consumirse en sí mismo, estáticamente.

CHAPITUDEBARATIYO

Picha: qué palabra he escrito, qué palabra acabo de escribir, palabra que ya casi no se dice, pero que prefiero entre todas porque me devuelve la infancia con sus pichas, mi picha de infancia, aquello que escribíamos por las tapias bombardeadas, pintada única de una generación, supremo grafitti, graffiti, graffitti, con abundancia de efes y tes, como quiero ahora decirlo para hacer española la palabra, y desvariante, Leticia.

Nunca me ha gustado polla, antipática de ellos, ni pene, palabra corta que nos acorta el pene a los hombres, ni miembro, que también acorta la picha, por referencia a los otros miembros, brazos y piernas, mucho más largos. En este libro vengo escribiendo falo, que tiene gracia de falúa, y evidentemente el falo es falúa de vaginas navegables hasta Sevilla, como el Canal Fernandino que hace navegable el Guadalquivir. No quiero príapo, siempre con pedantes sonoridades clásicas, ni nada que se le parezca, no quiero glande ni otras palabras farmacéuticas que se refieren a partes de la picha, y no al todo: quiero picha, palabra de mi infancia, de las traseras de mi infancia, porque ya no se dice y dice más.

Chapitú de baratiyo, primer logotipo de ese alto Nilo que es la niñez. Leído de derecha a izquierda: yotirabadetupicha. Yo tiraba de tu picha. El egiptólogo de barrio quedaba burlado al descifrar el jeroglífico y encontrarse tirando de la picha de goma de un desconocido, habitante incógnito de los solares de la patria mía, y no hallé cosa en que poner los ojos que no fuera recuerdo de la muerte, bomba de Franco, mierda.

BAUDELAIRE EN LA CAFETERÍA

El poeta, o sea Baudelaire, ya lo he anotado alguna vez, me visita de vez en cuando, o se hace el encontradizo, y el último día ha sido en un café encristalado, en una heladería que es como un poliedro de luz tallado en la materia del día.

Baudelaire, esta vez, viene aún con menos pelo que de costumbre (ya en la foto clásica se le ve que va mal lo del pelo), con la barba de tres noches (de noche es cuando crece la barba), con unas gafas que nunca hubieran imaginado en él sus biógrafos y que le agrandan los ojos como a un médico.

Baudelaire viene de suéter sucio, verde, y por debajo le asoma la tira de una camisa deportiva, también verde, y trae un diente de menos y fuma un tabaco de limosna y bebe algo dulce, alcohólico, anisado y atardecido.

Baudelaire trae las uñas sucias, como siempre, y se limpia la palma de las manos en las rodillas del pantalón de pana y me cuenta que ha estado en la Academia Española, visitando a los académicos, por si le pueden dar algo, hacer algo. Me parece que sigue con su manía de ser académico, aquí, en Francia o en Gabón.

—Cocteau decía que el académico es un señor que al morir se convierte en sillón —le comento.

Pone cara de que le amargase el dulce del anisado:

—Sí, pero Cocteau acabó en la Academia, y yo morí sin entrar en ella. Cocteau era un Baudelaire de gran hotel.

Los poetas siempre están hablando mal unos de otros. Baudelaire me cuenta una larga historia de hipotecas, letras bancarias, descuentos, intereses y demoras, a través de la cual veo avanzar, como una mano tendida y amenazadora, con algo empuñado, no sé si un cuchillo o una escudilla, la petición de dinero, la limosna vergonzante, el limosneo de los poetas, eso que antes se llamaba el sablazo.

VACÍO COMO UN HIPERMERCADO

Días sin Leticia/Lutecia. Del mismo modo que hay días en que yo, estrella disuelta de mí mismo, voy dentro de su bolsa copulatriz, al menos durante cuarenta y ocho horas, que es lo que dicen que vive el semen, y me siento cálido y transportado entre la fragosidad de sus membranas, la finura de sus lencerías (si se pone) y la temperatura de museo que tienen sus muslos, del mismo modo —decía— hay días, semanas en que no está, no estaba Leticia/Lutecia, no vivo en ella ni ella vive en mí, y es cuando me convierto en un hipermercado.

Los días sin Leticia/Lutecia, sí, eran días de sentirse uno, por dentro y por fuera, un hipermercado con sus cajas registradoras, su tristeza azul de plástico, sus tiendas de peces enfermos y legumbres hospicianas, sus señoras de la compra con el carrito de la compra lleno de niños que orinan y cocacolas que cantan, sus pósters de rockeros blenorragicos o ciegos y sus hamburguesas iluminadas de tomate falso. Todo eso.

Días gozosos en que me sabía transportado dentro de ella, en el tranvía ovárico y milleriano, y días misteriosos, como los misterios del santo rosario, en que ella estaba vacía de mí y yo lleno de su recuerdo, de modo que me dedicaba a una actividad contable y estéril de hipermercado, con novelas mal traducidas, que nadie compra, y pisapapeles que ignoran las novelas, tan contiguas en la sección de papelería, como un guerrero con casco ignoraría a una princesa soñadora de otro país, de un país enemigo.

DE NIÑAS, GATOS, AUSENCIAS, CIEGOS Y MARXISTAS

Llegado a esta altura de mi relato, más allá del universo de páginas, no puedo ni debo mantener más la farsa, sino aclarar lo que el lector ya sabe: que Leticia/Lutecia no existe, sino que es una ficción novelesca de un escritor que no cree en la novela. Y como no existe, puede quedar perdida y olvidada en cualquiera de las páginas de este volumen, como una flor de otro verano o como una señal de lectura, ya que Leticia/Lutecia, aun no existiendo, fue efectivamente una señal en las páginas de mi vida.

A Leticia/Lutecia la hemos creado a medias entre el lector y yo, y a medias tenemos que olvidarla o sostenerla, mejor sostenella, y no di^o enmendalla porque Leticia/Lutecia era inenmendable en su maldad, rebeldía, caprichosidad e infidelidad. Leticia/Lutecia, como todos los personajes del libro, existe y no existe al mismo tiempo, lo cual le ocurre al propio autor y por supuesto al lector, quien, además, paga por existir y no existir como tal lector, pues tiene que comprar el libro del que va a ser personaje.

Está claro que el único personaje de un libro es el lector. O por lo menos el único personaje real, y él es quien con su lectura va creando todos los otros personajes. Todos los otros seres, sucesos, animales, cosas, teorías, ideas, lámparas y erratas. Leticia/Lutecia no soy yo ni siquiera es Flaubert, qué más quisiera él (Leticia/Lutecia no es una provinciana bovarizada), sino que Leticia/Lutecia es usted, desocupado lector, y de usted depende que muera o siga viviendo o siga muriendo dentro y fuera del libro.

EL CRIMEN

Leticia/Lutecia, naturalmente, era masoquista. Yo tenía que rascarle la cabeza insistentemente, bajo el pelo de nieve dorada, de miel musical, de trigo enfermo, ir transformando las caricias en arañazos. Yo tenía las uñas duras y solía dejármelas un poco largas, de modo que llegué a tocar muy bien el laúd de los arañazos, haciéndole unas heridas largas, dulces, finas, a Leticia/Lutecia, y arañando hasta sacar mis uñas ensangrentadas.

Antonin Artaud tenía un puñalito con el que se rascaba una herida de la cabeza, que era la herida de su locura, avivando aquel remolino rojo de las ideas, y yo me pasaba horas hurgando en los rasguños de Leticia/Lutecia, en las llagas del estigmatizado Artaud, mientras la niña tenía su cara contra mi sexo, hundida, y dejaba los brazos, largos y lánguidos, morir fuera de un camisón de novia loca. Leticia/Lutecia gemía en el castigo, hacía preguntas sin respuesta, como en el amor, se ponía incoherente y se quejaba como una perra joven, dulce y enamorada. Era así.

Otra cosa que tenía yo que hacer, y que aprendí a hacer y que me gustaba hacer, era morderle los manojos de venitas azules de las sienes, empezar con un beso, que era como un recuento con los labios de aquella multiplicidad de afluentes, y morder luego con mordiscos tiernos en la piel suave, que se despega fácilmente del hueso en la sien. También le mordía la piel de la frente, donde nada se despega, y eso era ya como un mordisco del tiempo en el cráneo joven, en la calavera frutal. Podía, sobre todo, morder sus labios, finos, rizados, irónicos, enfermos, hasta juntar mis dientes de arriba y de abajo sobre ti labio, la carne aterciopelada de por fuera, la carne húmeda y vegetal de dentro de la boca.

LA SEMILLA

Como del masoquismo y el sadismo se pasa al crimen, del crimen se pasa al sueño y del sueño se vuelve a la masturbación mediante una aspirina.

La aspirina es la luna llena de los grandes sopores, el agujero redondo por donde se mira el más allá o el más acá, según de qué lado se esté. La aspirina es la paloma redonda y mínima que se posa en la mesilla de noche y que traerá su ramito de perejil en el pico para anunciar que han bajado o han subido las aguas de la resaca. Lo que pasa es que Leticia/Lutecia era alérgica a las aspirinas, y yo también, de modo que pasamos, sin transición, del período o glaciar de las mortificaciones a la era o égida de las masturbaciones.

La masturbación del clítoris es un ejercicio de clavicordio que consiste en pulsar la nota del gemido con un dedo central, mientras los otros cuidan y apartan las melodías del margen. El clítoris es una semilla de mujer, la semilla de la mujer, que ella lleva escondida como las frutas la suya, y a esa semilla se puede acceder mediante la lengua, los pies y los párpados. Hay que saber encontrar la semilla con cualquier cosa y en cualquier parte del trance.

La masturbación del clítoris tiene algo de contacto con el alma de la mujer, una cosa de masaje cerebral, de abuso contra la personalidad, y si se realiza con la lengua, se redime con cierto carácter de homenaje, pero así, a mano desarmada, es como estar atentando contra la mujeridad de la mujer, con su consentimiento y deleite, por supuesto, pero dentro de una mecánica que tiene algo de darle cuerda al reloj femenino, que es reloj de arena por las curvas del cuerpo de ella, y esa arena va descendiendo, durante la masturbación, hasta que al masturbador le quedan los dedos como enarenados y embarrados de todo el reloj del cuerpo femenino que se le ha venido encima.

EL DISEÑO DEL GATO

Para conocer el mundo y sus aconteceres, nada como enviar un animal de vuelta a través de los tiempos. Así, Noé envió la paloma, que le trajo un ramo de laurel y una tierra de promisión. Yo envió mi gato de tarde en tarde, y es como lanzar una flecha hacia un blanco seguro, pero desconocido.

El gato es la única flecha que vuelve. Tiene orejas y velocidad de flecha, pero no se queda preso de hocico en la diana, sino que vuelve con toda la escritura del mundo escrita en su lomo ligero y en sus ojos de zarina.

Envié mi gato a través del infinito, a descifrar del más allá el misterio, y mi gato, que había leído a Ornar Kayam y a Oscar Wilde (aunque no a Lermontov, como creía o aconsejaba el antipsiquiatra), volvió a mí diciendo: yo soy cielo e infierno.

De modo que algunos domingos a media tarde, con una luz tristísima y festiva entrando por los huecos de los garajes, me entrevistaba yo con mi gato, regresado él de las batallas de la tierra, manuscritos de botes y patadas, cifrado de espinas y gritos, taraceado de hambres, codificado de muecas y noches, y conversábamos largamente para mi ensayo «El diseño del gato», mientras me goteaba en el alma —que no es sino un grifo abierto— la tristeza insoportable de que a estas alturas de la vida, tan cerca ya de la muerte, sólo he conseguido cariño, ternura, comunicación, amistad valedera y caricia de un gato, con un gato.

No hay animal, cosa, libro, mujer, viaje que pueda resumir la Historia de la humanidad, con toda su avilantez y variedad, como un gato flechado por el mundo, que un día volverá con un desengaño duro e imposible en sus ojos ya ni azules ni verdes, con una velocidad esquinada y herida en su piel de intimidad y sufrimiento. No hay como el diseño del gato, obra maestra de rombos y triángulos, ni como el diseño del mundo que nos da su regreso.

BRAGAS

Ser o no ser, braga o no braga, aquí quieto, en pie, atónito, mirado por todos los espejos del baño, refractado por los desnudos de Bacon, que son como un chocolate existencial, ilustrado por las viejas fotos que le hacen una cenefa sepia a la reciente vida de Lutecia/Leticia, con una braga de la niña en mis manos, medito, pienso, dudo, reflexiono, dubito, huelo y muero porque no muero.

Bragas, dulce braga femenina, pequeña braga joven, triángulo leve y calado, mariposa de lencería sexual, funda gentil donde ella, ellas, enfundan lo más compacto y resuelto de su cuerpo, de su alma, efluvio, reflujo de la braga, de las bragas de todas, abandonado trapo, honda prenda, adorable tirantez que mide la pelvis con intención de puntillita, que aprieta la línea milagrosa de la cadera poniendo una inflexión en lo perfecto, permitiéndose un acento en la armonía inacentuada del universo.

Bragas. Braga roja de Catalina de Siena, destellando en el siena pálido de su carne fuerte, como un incendio de película americana entre las piernas frescas de la yanqui. Braga agusanada de Lola, como la crisálida perezosa de donde volará, quizás un día, una gran paloma musical que luego ha de morir, loca y enferma, bajo la tapa negra del piano con bordes de oro.

Aquí, consagrado por la luz celestial de los fluorescentes, en el baño de Leticia/Lutecia, a solas con la historia de mis bragas, de sus bragas, respirando el más conmovedor despojo de la miseria femenina, adorando el tenue harapo de su interioridad y de su alma, crispado de espejos, acuchillado de mensajes que los azogues se entrecruzan, craquelado de perfumes, maniatado de lacas, esquivando la risa roja de los collages y el sentido común de la grifería, aquí estoy, mirándome a un espejo, con una braga en las manos, una olvidada braga, y siento, sé, comprendo una vez más —ni siquiera es de ahora el hallazgo— que una mujer crece en mi imaginación a partir de su braga, y lo que tienen que decirme los hombres achocolatados de Bacon es que ellos son de la raza sexual de los calzoncillos, o sea nada que me importe. He perdido mi vida en un prado de bragas.

Cuando noviembre, quizá diciembre, yerra por nuestra vida como un ángel custodio de marengo y de tos, la luz mayor, la luz luminosa, la luz que necesita uno para seguir viendo algo cuando ya no mira nada, resulta que no nos la da el sol ni el flash insistente, repetido, simultáneo, plural, de la actualidad en torno del que soy/no soy, sino que esa luz puede pasar momentánea, en el pelo de una muchacha, o vivir fija en el amarillo de una puerta.

La puerta amarilla. Lo que me gusta, hoy, de mi vida, casi lo único que no me disgusta, es esa puerta amarilla, esa ángel de la guarda como un pato amarillo que guarda en amarillos pobres y reiterados la vida aún breve de una mujer joven, de una chica que vive al mismo tiempo todas las épicas de la juventud: sexo, política, clandestinidad (cuando parece que no hay ya nada clandestino), soledad, independencia, droga, cultura/contracultura, amor y trabajo. Tanta vida en el monacato revuelto de una buhardilla, entre Castilla del Pino y el butano.

En esa puerta amarilla, en el amarillo de esa puerta vive Van Gogh con la oreja chorreante: lo que pasa es que ella, la muchacha, sale cada poco, interrumpiendo su lectura de Althusser, para fregar la sangre, recoger el charco, disimular lo rojo.

En esa puerta hay girasoles y giganteas que duermen el sueño liso de la pobreza, y cuando el sol alto y difícil de los tejados retejados da en ella, es como una mano de titanlux que pasa sobre la madera delgada, a punto de quebrarse, y un optimismo desolado y no visto por nadie llena la escalera.

Pienso en la puerta amarilla.

Por qué pintaron la puerta de amarillo. Por qué vino este amarillo alegre, amarillo/pato, amarillo/corola, amarillo/amarillo, amarillo/Renoir, a posarse en la madera ocre. Cuándo, cómo el vuelo del ángel de los colores hasta el alma vertical de la pobreza.

El amarillo ahora, cuando conozco el interior de la casa y la muchacha, se enriquece de todo lo que sé, es ya un amarillo en el que puedo leer todos los colores

de una vida. Así se incorpora la vida a cualquier cosa, cristaliza en un color o un asa, así destiñe el color del milagro sobre el blanco y negro de lo cotidiano.

Pero antes, la primera vez, cuando yo apenas sabía nada de esto, el amarillo de la puerta, visto aún desde la escalera, me descabalgó del caballo de mis seguridades, como el rayo paulino, y los peldaños vecinales fueron mi camino de Damasco y aquel deslumbramiento era demasiado. Una muchacha anda por la vida, se viste y se desviste de horas viejas, ropas cronológicas, prisa y tristeza, pero su sonrisa niña y canalla es como una loba joven que le cruza el rostro con gracia heráldica y momentánea.

Hay que conocer esa intimidad, esa vida, hay que conocer a esa muchacha, y resulta que lo que separa sus dos vidas, la calle y la cama, el trabajo y el libro, la noche y el día, la nada y la nada, es una mano de amarillo, un débil amarillo bajo el que gime en silencio el cadáver delgado de la madera barata.

Van Gogh, sí, vive en ese amarillo, como San Cristobalón sin una oreja, defendiendo la soledad de la niña, porque de otro modo es que no puede ser. Días amarillos se adunan tenuemente sobre el amarillo de esta puerta.

Y detrás, silenciosa, distraída, quizá desnuda, leyendo bajo el flexo, está ella.

RODOLFO WALSH

Rodolfo, novelista, dramaturgo, compadre,
ensayista, Rodolfo, periodista, guerrero,
naciste allá en Río Negro y el río se ha puesto rojo
desde que tu honda sangre corre fluvial, mortuoria.
El año veintisiete, cuando España era un verso,
tú naciste a la lengua y la demografía,
y treinta años más tarde, «Operación masacre»,
contra Aramburu y Valle, te llamabas Rodolfo.
Di quién mató a Rosendo, Rodolfo, periodista:
ay Rosendo García, metalúrgico trágico,
ay el sindicalismo vestido de heliotropo.
Periodistas del pueblo, populares y duros,
una escuela en el aula varonil de tu pecho,
la amistad con Urondo, muerto como urogallo.
Pero tu hija Victoria, pero tu hija Victoria,
cómo la fallecieron, milites de lo negro,
pero tu hija Victoria, la revolucionaria,
pero tu hija Victoria, montonera, tan muerta.
Veinticinco de marzo, año setenta y siete,
el desaparecido entre la hora y el número,
y los tanques de plomo, como sapos y estruendo,
cañonazos de piedra contra el festón doméstico,
casa de San Vicente, minuciosa de ausencias,
la pedrada de fuego contra el leve visillo.
Pero hay gente, Rodolfo, argentinos de pausa,
exiliados, amigos y revolucionarios,
que con barro de España, dulce tipografía,
te recaudan en libro, te troquelan en tiempo,
para que el galernazo ancho de la esperanza
o el amor de Río Negro, como un agua natal,
te recorra las sienas, te refresque la muerte,
y pronuncie tu nombre puro la libertad.

La tía Josefina, la tía Josefina, el retrato de la tía Josefina, que estaba allí, en la habitación azul, en el espacio azul y ajeno de la casa, aquella estancia que era como una galaxia distante y respetada, la casa misma, pero otra cosa, ya, otro clima, otro mundo, un astro sombrío y frecuentado, respecto del sistema solar que es toda casa de familia, una flor azul, rectangular y húmeda, con espejos que vestían a las mujeres de traje de noche y vestían a los hombres de traje de etiqueta y me vestían a mí, no sé por qué, de luto, más el perfume arrepentido y el sol rancio de la última tarde de la última visita, hacía ya meses.

El retrato de la tía Josefina, enmarcado en un hermoso, incluso poderoso marco negro, con entrefilete de oro, todo consecuencia de un encargo remoto y quizá próspero, como el retrato y el marco del abuelo, fotografías en realidad, dos grandes fotografías ovales que se hacían pareja, con todo el blanco del papel alrededor y luego los marcos rectangulares: dos grandes esquelas en la pared, estableciendo sus correspondencias: la esquila de la vejez —el abuelo— y la esquila de la muerte.

Porque la tía Josefina había muerto hacía muchos años, antes de esto, antes de lo otro, antes de todo, antes de mí, por supuesto, y tenía el pelo cortito de lo que fue su moda, pero demasiado cortito, como si la guadaña tónica del morir le hubiese rebanado un poco el pelo antes de la pasada final por el cuello, así que los ojos, en la foto, ya eran de muerta, hermosos, fijos, tristes, adolescentes y un poco abultados, quizá fuese defecto de la fotografía.

La tía Josefina había vivido la ciudad en su momento justo, cuando un sol monárquico y una gracia militar hacían de la provincia un domingo eterno, parado y ennoviado, la tía Josefina, con escote cuadrado en su vestido de cuadros (siempre según la foto), había sido la virgen de la tribu familiar, la criatura precoz y sacrificial, el enviado por nosotros —por ellos— a representar el clan entre la multitud, a hacer que ondease el apellido, como la cinta de la pamelita, en los conciertos matinales al aire libre, en el parque, en las carreras de caballos, entre parisinas y cuarteras, a primera hora de la tarde, en los estrenos de óperas, operetas, zarzuelas, sainetes, comedias y comedietas del arte o de Madrid, ya por la noche, con sombra servicial de Eladia, la criada, levemente transmutada en señorita de compañía, cuando una nueva generación florecía en los palcos del teatro, como en sus alcorques, y la vuelta a casa, en calesa de duques peligrosos o en automóvil abierto de pandillas volátiles, era un viaje de centauros o flechas de acero y seda que engrandecía la noche pequeña de la ciudad y se acababa en seguida, dejando entre los cuarteles, los conventos y las casas/palacio venidas a menos y silencio, como una luz de faro, un farol de tartana o una luna caída y mundana de la que al día siguiente, tan laboral, no había ni rastro. Mi tía Josefina, la virgen sacrificial de la tribu con comedor estilo español, sufrió y gozó su destino celérico y perfumado, volvió a casa con la tisis de la época, cuando todas las camelias estaban tuberculosas, para acostarse con su fiebre, con sus decimillas de cada tarde, en la alcoba italiana, alta y estrecha como un panteón familiar al que irse acostumbrando para después de muerta.

La tía Josefina había muerto sin que los niños de la casa la conociéramos, quizá antes de que naciésemos, y por eso disfrutaba de un espacio más amplio en mi imaginación, de dos espacios, mejor dicho, como los dos hemisferios escolares: el de la realidad o tradición oral de la familia y el de la posibilidad o invención que yo, todavía mucho más tarde, cuando ya tenía veinte años, le adjudicaba de vez en cuando, sin saberlo, sin pensarlo, cada vez que entraba en aquella estancia de las visitas.

De uno a otro hemisferio, de lo que fue su vida a lo que yo imaginaba y añadía sin detenerme a imaginar nada, sobre tía Josefina, volaba ella, pasaba, iba y venía, con esa calidad y cualidad volátil de los muertos, que les atribuyen las religiones oficiales (el alma vuela al cielo), las religiones no oficiales (de las que son tan tributarias las primeras) y la pura y mera intuición: el hombre vuela, sí, como querían Icaro y Leonardo, pero después de muerto. La tía Josefina era la única persona que había volado en la familia, y esto porque murió muy joven.

Bajo ese retrato de una desconocida, de la que tantas cosas sabía, me sentaba yo algunas mañanas, algunas tardes, muchas noches, viniendo de la cama de la tisis (la tisis me emparentaba con ella más que el parentesco: la muerte más que la vida), a mis veinte años, para escribir un rato y, sobre todo, para verme escribir en el espejo de enfrente, orlado también de luto, como las grandes fotografías que he dicho; porque el luto parecía ser el abolengo de la familia.

En el espejo, me daban miedo mis ojeras.

El trabajo contable era un trabajo entre la niebla, una cosa que me obligaba a madrugar para una larga jornada de papeles que, como gaviotas enfermas de la burocracia, emprendían vuelos cortos de una mesa a otra de la oficina, mientras don José, el interventor, el jefe, nos miraba por encima de las gafas, como un gato de cuento, con su maldad mediocre y su fe pertinaz en el mutismo y la disciplina.

Yo tenía, sí, que madrugar mucho, abandonar la casa con silencios de ladrón, para no despertar a nadie, y cruzar la ciudad a pie, varios años el mismo itinerario, tosiendo mi tos premonitoria durante todo el camino. Las lentas campanadas de las iglesias y los conventos iban aclarando la niebla como manos de bronce que se abrían camino en el camino, y los pregones del lañador entraban en los hogares como el grito lumpen y gitano de un mundo periférico, suburbial, que sólo se atrevía a aquella blanda subversión de la letanía gremial, como un cuchillo de latón mellado en el blando corazón burgués de la intimidad y la mantequilla.

Tiendas cerradas que aún no daban su perfume, lecheros como caballeros medievales, entre la sombra y la niebla, calles minuciosamente contrariadas por la topografía urbana, que se abrían a otras calles rectilíneas, racionales, románticas y vagamente esperanzadoras, con muchas platerías y guadamacilerías. Era el recorrido de cada mañana, tosiendo yo dentro del cuello subido de mi abrigo «de tres fríos», como había dicho el poeta y acababa yo de leer, mi abrigo de tres inviernos, a punto ya de ser dado la vuelta o convertido en cubrecama, dentro de la economía transformatoria del hogar, con la máquina sínger sonando en el cuarto de la costura como el motor de la cotidianidad. Más o menos.

Los contables, los oficinistas, los oficiales, los auxiliares, los apoderados, eran hombres de corbata ex dominical y tabaco escaso.

Estaban allí, en la oficina, como en un hogar mejor, instalados ya en su futuro, un futuro de quinquenios, ascensos y pagas de navidad, entre cristales esmerilados y mármoles sin prestigio, haciendo su trabajo con la aplicación mediocre del que se sabe una cifra más en el Libro Mayor de los grandes números, un decimal necesario para cuadrar el balance de fin de año en la lejana oficina central.

Sólo eso.

Veían películas de sábado, películas de barrio, películas de estreno o reestreno, de las que comentaban, a la hora del bocadillo con sabor a periódico, el escote de las estrellas, la hermosura de los paisajes y los chistes del actor característico. Creían en la contabilidad como Aristóteles en la cifra del Universo.

De vez en cuando, uno caía en cama con la tisis o se moría directamente.

El trabajo contable era un trabajo blando, invernal, estival, penoso, en un clima de mangas de camisa sudadas y cigarros puros de medio precio, todo bendecido por la luz irreal de la claraboya, que no era luz de la mañana ni de la tarde, sino una filtración de otras luces, a través de pájaros muertos, meteoros sin velocidad, pelusa de las alfombras que sacudía el vecindario y papeles que habían volado hasta allí transformándose durante el vuelo en una inexplicable hoja seca de castaño oscuro, que soltaba la primavera del cielo, tan remota, como la bella que deja caer un guante sucio de nieve y barro, al final del día.

El trabajo contable era como un sueño del que se tardaba en despertar después de haber terminado la jornada laboral, una rueda de números y horas cuyo hipnotismo no le soltaba a uno de inmediato, y que a la mayoría de mis compañeros les iba a durar toda la vida.

Esto del trabajo como hipnotismo, esto de la tarea rutinaria y la reducción del

hombre a media docena de tics productivos o improductivos, era como la creación de una segunda personalidad que llegaba a enterrar la primera y original, de modo que aquellos hombres, a medida que iban adaptándose más y más a la oficina, iban desadaptándose de la vida y, cuando a veces encontraba a uno de ellos por la calle, advertía, le saludase o no, su estado hipnótico, su torpeza para la vida, su torpor para consigo mismo, su erratismo, su frío, la necesidad contenida y desconocida por él de volver a la oficina en seguida, al día siguiente, lo antes posible, como a un claustro materno: eran ya convalecientes de la vida que sólo se revitalizaban un poco y se reencontraban consigo mismos en el sanatorio de los números.

Yo iba, a veces, a ver a alguno de los que habían caído en cama con tuberculosis (la enfermedad ni siquiera se precisaba, por obvia), y en sus ojos transparentados por la muerte, en su sonrisa resignada y vulgar, en su demacración de alma, alguno decidía, como un último y bizarro brote de vida, dejarse un gran bigote rubio que le cuidaba una hermana cariñosa o la madre. Comprendía yo que aquel hombre, en la soledad y la horizontalidad, se había descubierto a sí mismo (un desconocido) y dejaba brotar de sí su verdadera vida, en la raya de la muerte, con un gozo sin destino, en lo que la enfermedad tenía de liberatorio, en lo que el morir tenía de despertar del hipnotismo contable.

Era, quizá, el descubrimiento que me esperaba a mí mismo.

Viene de barrios rojos, de lentos costureros, viene de tiempo en tiempo, como un ave con sueño, enredando palabras, novios, demoliciones, y todo suena a beso en su voz tan mojada. Suena a calamidades, trapos, enfermedades, viene de matrimonios, de la moda de otoño (aquellos años de oro en que la amaba un árbol), con su mirada extensa y su alma de tabaco, con su azulado sexo donde habita una niña. Es un volver sin gana de la vida y sus bares, un retorno cansado, como otra vez la lluvia, pero muy bella, enlutada de inviernos con el perfume malva, delgado, de aquel año.

Hoy que la lluvia me abre lúgubre sus salones, cuando el silencio sube negro hasta las palabras, hoy que la muerte toma forma casi apacible, quiero evocar con humo, como se le habla al fuego, esa voz tan dolida, esos perennes ojos. Hoy que la tarde tiene color autobiográfico, me pregunto despacio, como piensa un espejo, por el enigma simple, sólo mirada y sueño, de una mujer tendida, leve entre enormidades. Por qué su cuerpo tenue, pregunta de agua clara, por qué la interrogante desnuda de su vida: mujer, cisne de sangre, caballo desvelado; mujer, reloj caliente, vivido calendario. Por qué el secreto claro, ópalo que nos mira.

El campo, enfermedades, la flor de la tormenta, el viento como un ojo recorre los bosques, la condición caediza de marzo entre montañas y la tristeza breve de un tiesto amenazado. Todo lo que el silencio me trae con su gran mapa, la pequeñez rosada de mi muerte segura, la inmensidad llorosa de mi memoria rota y la petunia sola que agoniza en el cielo. El campo, enfermedades, cuchillos de cocina como de hierro doliente hecho exclamaciones, la interjección en sueños que profiere la nada en las habitaciones que vienen a mi encuentro y la certeza malva de que nadie se acuerda.

Mujer, mira el dibujo menudo de los tiempos; mujer, mira la gracia malva de las ciudades, escucha lo que dicen, callando, los gladiolos y toca con tus manos de lumbre la evidencia. Mujer, repasa lenta la voz de los afluentes, atiende con un gesto al coro de los pinos y dime si los mapas y todo lo que pasa no mienten una historia más bella que el ocaso. Creerás quizá que el tiempo es fiel a sus promesas, creerás que los castaños son grutas encantadas, pero aprende que el mundo, redondo como el cielo, existe por tus ojos, que fundan lo que miran. Mujer, niña difunta, collar de algunas tardes, infunde con tu vida perfume a los domingos, difunde con tu pelo la luz y sus engaños, consigue que la historia del hombre y su novela decoren con su enigma la piel de las semanas. Existe, niña, existe, vive como si todo tuviera la belleza variable de tu cuerpo, consigue que el engaño, la flor de cada cosa, alumbre para siempre tan cierta como tú.

Pájaro, sombra sola, flor de callados cines, boca que cuando besa pone a dormir un lago, barrio por el que pasas, parque de niños ciegos, tiempo del que tu cuerpo llega como una historia. He de escribir despacio, sintiéndome muy solo, el rumor de tu pelo, violín de qué salones, he de evocar con agua, lento como un difunto, todo lo que tus ojos fundan cada mañana, he de decir lo tarde que suena tu tos dulce en las habitaciones duras de mi pasado. Pájaro, sombra lenta, ave de los fracasos, cuerpo, sombra desnuda, voz de arrepentimiento, he de besar con fuego, roto ya y sin zapatos, todo el presente triste y pálido que nos mata.

Hay días en nuestra vida que vienen de la muerte, hay días de nuestra muerte que vivimos en vida: son estos días inciertos, color de cementerio, por cuyo cielo pasan féretros y coronas. He divagado triste, he subido escaleras hasta caer en la cuenta de lo que está pasando: no hay que vivir el viernes, este apagado viernes, porque es un falso viernes hecho de camposantos. Y entonces, retrepado, cómodo como un muerto, me pongo a ver despacio, con mi cara de nicho, las nubes que transcurren por un cielo cadáver.

II
POEMAS
2000-2001

EL MAR

El mar
es la pululación de lo increado.
Después de muchos años, muchas vidas,
vuelvo a pisar el mar de juventud,
ese Mediterráneo blanco y verde
que imagina delfines en la espuma,
que me devuelve al tiempo más violento,
la yanqui,
la holandesa,
la española,
matar a una muchacha con el hacha del mar,
besar un cuerpo frío mientras los barcos se hundan.
La juventud, en fin, que ya murió,
mientras el viejo mar Mediterráneo,
que se quisiera azul y mitológico,
va perdiendo sus dioses uno a uno,
como balseros, como dientes flojos,
y las gaviotas comen, exquisitas,
del cadáver de un mar sólo memoria,
cual turistas inglesas y voraces.
Ah mar de lo increado,
en ti dejé mi juventud ardiente,
y hoy te devuelvo mi cansada historia.
Soy un galeón hispano, tan hundido,
hinchado de monedas y recuerdos.

28-V-2000

LA LLUVIA

La lluvia.

Ha venido la lluvia con cara de serpiente,
ha venido la lluvia con paso de serpiente,
ha venido la lluvia, esa fresca serpiente.
Al fin, mediado marzo, ha venido la lluvia,
y sus pasos de agua enlagunan la tierra
y los trigos, las frutas, las rosas sin poema,
se cambian de vestido, se ponen otro traje,
como las bailarinas que han llegado a otro pueblo.

La lluvia es un paraguas
que perdió las varillas,
la lluvia es un caballo
que se escapa en la noche,
la lluvia va desnuda,
es la loca del pueblo,
y lleva en la cabeza las coronas de agua
que trae la primavera a los dioses en seco.

Cómo se abren los campos,
como se abrió el Mar Rojo,
porque pase la lluvia,
ese Moisés de agua,
y detrás viene el Nilo,
vestido de afluyente,
con la fiesta y la plata
y una vasta cosecha como diosa desnuda,
mitología del pan y la manzana,
beso de agua.

22-III-2000

LA TORMENTA

Y vino la tormenta de septiembre
con los acorazados de la lluvia,
y pasaba la cola del relámpago,
lagartija de luz su recorrido.
Como un mar vertical, como una noche
repentina, estival, como una furia
el agua nos llevaba en su barcaza,
cantaba en los cafés, y hasta en los taxis,
y el tenor de los truenos,
Pavarotti de otoño
improvisaba la ópera del cielo.

Y pasó la tormenta y ya era mundo,
había una noche fresca, hondo balneario,
llenando el hueco fuerte de aquel mar,
y todos convalecientes de tormenta,
trasnochadores de una marejada,
y sin sueño ni ganas de dormir
en las sábanas puestas a secar.

26-IX-2000

LLUVIA DE VERANO

Lluvia a principios de julio,
fleclos de una tormenta que no suena.
La lluvia es un sentimiento,
debiera figurar en los catálogos
de la psicología sentimental.
La lluvia no es un meteoro
ni es un charco
la lluvia es algo que nos pasa
y se parece a la tristeza,
al humo
a la melancolía y a los jardines.
Sólo les llueve a los sentimentales,
a quienes llevan paraguas
por convocar la lluvia.
La lluvia sucede adentro,
en los momentos grises de la vida
no es el tiempo que hace
ni el tiempo que no hace
la lluvia es como el piano,
los recuerdos,
y abre como flores antiguas
todos los amores
sin cicatrizar.

10-VII-2001

LA NIEVE

La nieve en las alturas,
como un corzo de monte
o blanquísima cabra que se tiene en un pie,
sobre los cielos.

La nieve con su hermosa cornamenta,
con el cerval ramaje de su reino.
Animales de fondo, dijo el poeta.
No baja aquí la nieve,
no mezcla su blancura,
no inclina sus arcángeles
a oler nuestros zapatos.

No hemos visto la nieve
entre los trenes.
Año de nieves altas,
trepadoras,
coro alto y celestial
que nos contempla;
la nieve crea un silencio
que es partitura en blanco
de qué música.

2-I-2001

LA NIEBLA

Digamos niebla o bruma,
más literario bruma,
policíaco,
así cambian las cosas,
por el nombre:
la niebla es un harapo de la noche,
la bruma es una niebla de película.

Hay mañanas de niebla,
en este marzo,
nada de brumas vagas,
literarias,
sino la cruda niebla,
tan marceña,
de la que emergen niños transitados,
automóviles largos,
luminosos,
con los faros abriendo luz al día.

De una noche de niebla,
de una tarde de bruma,
vengo solo y perdido,
policíaco,
y antes de irme a la cama
veo madres presurosas al volante,
autos llenos de niños,
la gente que madruga, y que es tan sana.
Así empezó mi vida,
madrugando.

27-III-2001

LA ESCARCHA

La escarcha del jardín es como el rastro
que dejaron los ángeles anoche.
Polvillo que desprenden con sus alas,
un reguero de cielo aquí caído.

La escarcha es la memoria de una tribu
de arcángeles terrenos y malditos,
la escarcha es el bordado de la noche
en el paisaje azul de esta mañana.
Bordadura nocturna, tenue escarcha,
mensaje de unos ángeles que fueron,
noticia que se dejan de su vuelo,
tarjeta de platino y hierba fría,
plateada consecuencia de las albas.

La escarcha del jardín deja bien claro
que existen unos ángeles caídos
que acampan en mi casa cada noche
con virutas de plata,
como un pino.

20-XII-2000

NOCHE DE JUNIO

Noche de junio, luna exagerada.
Un terciopelo inmóvil como un gato al acecho.
Es un inmenso gato esta noche de junio,
es un azul espeso, cargado de respuestas,
es la vegetación de los azules,
la arborescencia azul de lo más negro.
Y la luna en lo alto, muy esquinera.

Hay dolor en el mundo,
hay grandes voces,
hay cuchillos que brillan a otro sol,
hay enemigos de oro, sonrientes,
pero llega la noche, noche cierta,
y el asesino duerme en su almohada de sangre.
Hemisferios acuden, matriarcados,
bandadas de sonrisas,
gatos fosforescentes, de oro puro,
y la noche de junio, mar de fondo,
nos lleva cielo adentro, dulcemente,
y nos posa en el atrio de la paz.

15-VII-2000

EL VASO DE AGUA

Es la huella de un ángel
o una moneda con revés de nube.
Sólo es en el vaso de agua,
transparente,
donde se ve más agua de la que hay,
donde se ve más vaso del que hay.
Puro vaso de agua,
su limpísimo beso con la sed.

Alguien inventó el ángel
y luego el vaso de agua.
O al revés.
«La transparencia, dios, la transparencia»,
del místico Juan Ramón,
no era más que un vaso de agua.
El poeta tenía sed.
En el imaginario de lo blanco
no hay ángeles ni dioses ni demonios:
es un imaginario transparente
donde viven monóculos de agua.
Es el zoo de cristal,
«sencillez última del universo»,
como dijo Guillén, mi buen maestro.
Ajenjo de Azorín, el vaso de agua,
yo también soy agüista,
amo lo real
y veo lo que se ve
y lo digo tal cual.

4-VI-2001

AGUA EN MARTE

Inventan el milagro, hay agua en Marte.
Ese charco ligero entre los cielos,
esa huella ligera y matutina.
Si hay agua en Marte hay vida para siempre.
Si hay agua en Marte hay luz en la tiniebla.
Pasan los soles, como reyes viejos,
pasan los tiempos, como dinosaurios,
y ese cuenco ligero, agua en la roca,
ese brocal de luz,
ese milagro,
nos devuelven la fe en el universo,
esta casa sin puertas que habitamos,
esta continuidad de las edades.

La vida en Marte,
qué sorbo de vida,
el agua en Marte, qué soplo del cielo,
qué espejo roto, qué fragmento breve.
Ya en Marte nos revela, nos recoge
el espejito mínimo del agua,
ese charco doméstico, infinito.
Y el hombre se repite con la nasa
en el reflejo eterno de la vida.

23-VI-2000

LA PISCINA

El agua azul de la piscina
duerme de lado en el invierno.
El agua azul ya no es azul
bajo la lluvia inconsolable.
La piscina, por el invierno,
es ese cielo triste, reducido,
ese cielo invertido de febrero.

Agua bajo la lluvia,
lago de muertos tristes,
aguas ya fallecidas
espejo malpensado del invierno.
Nada nos dice nada,
añadas de veranos
se hunden en la piscina lentamente.
El cielo,
otra piscina más pequeña,
es como la buhardilla de la lluvia.
La lluvia se ha asomado a mi ventana,
este cielo está hoy color piscina,
qué lejos el azul de aquel verano,
qué perdidos colores de aquel tiempo,
la lluvia irreversible canta triste.

18-I-2001

LOS RÍOS DE ESPAÑA

Los ríos de España,
ríos manriqueños
que viajan por el mapa en nuestro cielo,
ríos lentos de historia,
masculinos,
que de pronto se encrespan,
como la historia misma,
y se muerden la cola,
y se encabritan,
y se entran por Castilla,
mi Castilla,
buscando devorar tanta pobreza,
o devorar el hambre de los pobres.

El Tajo, una querella de cuchillos,
el Ebro, una inhibición de mares,
el Duero, honrado y triste,
tan sencillo.
Dejemos ya parar la hidrología,
la confusa política del agua,
que vuelvan nuestros ríos manriqueños
a su paso cansado de guerrero,
pero siempre de vuelta, meditando.
En las Moreras vallisoletanas
mi juventud se ahogaba cada tarde,
pero ahora las Moreras se han ahogado
y sólo quedo yo para contarlo.

7-II-2001

EL RÍO MANZANARES

Viene
de altos desfiladeros de los cielos,
cruza
las barajas de piedra de la sierra,
bebe
del agua más gitana de Madrid,
luce
en las fiestas de Goya como plata,
vive
su escasez de ropajes como un lujo,
canta
su pobreza de río trasquilado,
sale
camino de La Mancha como un lento borrico
con alforjas de agua y de pobreza,
deja
un rasgo de ciudad, de oro, de lata,
y vive
muriendo en cementerios y colinas
para escapar al Sur, como una liebre,
liebre de agua, pies para qué os quiero.

20-VI-2000

LA TARDE

La tarde, bloque de julio,
el cielo tiene medida,
el campo va por el campo
tras una rosa encendida.
Tarde, décima de julio,
los pinos posan extáticos
y lo verde es un murmullo;
la tarde, silencio de oro,
navegamos por el cielo
en la alfombra de algún moro.
Tiene límites el mundo,
tiene límites la vida,
ya lo dijo Segismundo,
pero todo es tan profundo
que se olvida.
Tiene amplitudes el mar
tiene extensiones el monte
tiene playas el verano,
pero ha salido una tarde
quieta como un toro quieto
y la brisa es un alarde
corniveleto.

3-VIII-2001

[LAS RUINAS DE UN OTOÑO]

Las ruinas de un otoño,
cadáver de un verano,
arqueología de ave,
signos sobre la mesa.
Descifro lentamente,
en un rincón del alma,
la anatomía de un árbol,
gramática del cielo.

Que nadie toque nada
de este leve esqueleto.
El viento, con su mano
de descifrar paisajes,
vendrá a poner en orden
los huesos de la esfinge,
pero yo sólo miro
la estructura de un pájaro,
pero no tengo manos
para tan lábil cifra.

Que nadie diga nada
ni difunda los signos.
Sólo es la esquelatura
de un verano ya ido,
fina caligrafía
de las viejas historias.
Ha pasado la lluvia
sobre este texto chino,
el mundo huye y nos deja
suaves caligrafías.

[sin fecha]

CONVULSO INVIERNO

Un invierno convulso ha venido cantando,
trae consigo trofeos del agua y de los cielos.

Un invierno convulso
ha venido gritando,
agitando los ramos negros de la pobreza.
Ha venido sonando sus ángeles de agua,
ha venido mojando
las tumbas más queridas.

Cuántos lobos reúne
un aullido del viento,
cuántos árboles viajan
en la espaciosa riada,
cómo cambian de sitios
las casas de los pobres
y unos violines roncoss
sonando bajo el agua.

Un invierno furioso
ha venido a quedarse,
sus hogueras de viento
trasladan las ciudades,
un invierno enemigo me desordena el mundo
y las palabras.

8-XII-2000

LA CANDELARIA

Flora la candelaria en mi ventana,
está el invierno fora, los idiomas,
el cálido gallego en este caso.

Está el invierno fora,
alma inverniza.

Ya, de todos los libros y saberes,
me queda sólo el refranero viejo;
de todos los amores
y querereres
me queda sólo un gato,
como un signo,
como la letra incógnita,
aramea,
en que escribí mi vida,
por venderla.

3-II-2000

EL FUEGO

En una pirotécnica de Valencia y en otra de Holanda se han producido sendos incendios con cadáveres, heridos y grandes daños.

(De los periódicos)

El fuego es una estrella no enterrada,
el fuego es una idea de un dios eléctrico,
el fuego se le ocurre al cielo ardiente
y prende en los sombreros de la noche.
El fuego no es gran cosa, sólo chispa,
pero muerde a los hombres como un lobo:
lobo de llama, alobado fuego,
hoguera de mastines ladrones
que ladran sus demonios al que pasa.

El fuego es lo contrario de la muerte,
es la imaginación del universo,
lo último que se inventa algún vecino
para encender su vida, tan oscura.
El fuego es la metáfora del diablo,
el fuego deja un rastro de cadáveres
que son la carretera del infierno.
Morir a fuego lento es de otro tiempo.
Ahora la silla eléctrica no falla:
máquina de coser muerte con muerte.
Ardió el mar en Valencia, amigo Pere,
y tú eres sospechoso por poeta.

18-V-2000

EL FUEGO

Bandera del verano, perro inmenso,
mordisco rojo en la belleza azul,
velamen de la barca de los muertos
en el pantano de la luz de junio.
Estandarte del diablo, el fatuo fuego,
crimen hacia los cielos,
mal de muchos,
pájaro de ala inmensa degollando la España,
grímpola y gallardete de lo rojo.

Verdugo de lengua roja,
pisada ardiente del día,
huella de los motores del estío,
enemigo del árbol, raptor de verdes doncellas,
el fuego ya ha iniciado su gran fiesta
en la paz anchurosa del verano
y el duro cielo de las copas verdes
se viene abajo como choza negra.
El fuego, maldición, crimen del hombre
con cuchillo de llama y pies de lobo.

22-VI-2000

EL FAROL

Un farol solitario en mi jardín
dura toda la noche como un duque,
como un grande de España,
como un noble.

Un farol solitario que me espera
es como un alma en pena,
un astro sin galaxia,
una inmanente punta de la noche
o una mujer que fuma en una esquina.
El farol solitario del jardín
espera en paz que se lo lleve el alba,
no se va ni se apaga hasta muy tarde,
es un emperador con el relevo,
pero se va despacio, ya sin sueño.

El farol solitario soy yo mismo
esperándome triste, llevadizo,
venido de una fiesta que no había,
con el ingenio vivo hasta muy tarde:
que sepan que no duermo,
ni me canso,
mi alma municipal es un farol,
conciencia y mariposa de una noche.

27-VII-2000

EL OZONO

El ozono es el duende de Madrid,
es un diablo cojuelo y posmoderno.
El ozono es el duende de los niños.
Pero es bueno y es malo, eso según,
y hay señores con barba que estudian el ozono,
y hay señores muy malos que le dejan valor.
El ozono trabaja con la ayuda del sol,
al sol le hace recados convenientes,
peligrosos recados,
y te avisa con tiempo la contaminación.
Antes no hubiera ozono, todo limpio,
eran otros los duendes de Madrid,
pero este colegial de la escuela del sol
se va siempre de clase y mata a un niño
le da un susto al alcalde,
juega con la gripe, mala chica.
Atención al ozono, niños a esconder,
a ver mayo y el viento si se llevan el duende,
y se aclara Madrid, ciudad de ozono.
En el ozono anda Gallardón.

3-V-2000

EL MONTE

El monte es como un cielo descendido.
El monte —firmamento— tiene mitología que no es del cielo.
Cabras, rebecos, liebres y rebaños,
los encandelabrados cabroncetes,
todo eso puebla el cielo de los montes
con más grandiosidad y más belleza,
con más sinceridad y más amor
que los fríos dioses de los clásicos.

Ahora en verano el monte huele a cielo,
julio incendia parcelas en la sombra,
las herrerías navegan por el aire,
los escoriales viajan por la noche.
El monte es mi hondo mar,
mi sitio aparte,
el monte me asesora
con caracolas duras y de tierra
que me traen la canción de los pastores
y la llamada que amo de la cabra.

El monte es como un cielo descendido,
la sierra es como un mapa de otros dioses,
la tierra va despacio por la noche
detrás de una gran luna de verano.
Yo estoy en mi miraje, sin amor,
náufrago en este mar de alta montaña.

21-VII-2000

ZOOLÓGICO

La paloma
en su buche de matrona,
la urraca con su smoking
de asesina,
la ardilla,
cuento de niños,
como el ave de Quevedo,
el gorrioncillo
de municipal piojera,
el gato, tigre a lo lejos.

«Rehenes de las fuentes, pájaros»,
como escribió Paul Eluard.
Rehenes del agua,
zoológicos,
como escribo yo ahora mismo.
Los pájaros en su vuelo,
las aves en su zigzag,
crean en el aire una fuente,
crean en mi pecho una sed.

18-VI-2001

LA TOTOVÍA

A 15 de marzo da el sol en la umbría y cantan las totovías.

(Refranero castellano)

Totovía, pájaro raro
que me suena todavía
de cuando los campos niños
y las niñas en la vía.

Totovía.

Qué palabra, totovía,
viviendo en el refranero,
que es vivir en la alegría.
Todo muy de cuando entonces,
de cuando el mundo reía,
de cuando andaban pinares
los domingos de mi vida.

Qué palabra y qué ave breve
en los campos de Castilla,
qué pluma marrón al viento,
aquel pájaro que huía,
pájaro de aquel entonces,
de cuando yo te quería.

15-III-2000

LOS GATOS

Entre el Retiro y el Botánico se han exterminado unos dos mil gatos.

Siempre cantaré al gato,
le acercaré escudilla de silencio,
agua para su lengua, flecha fina.
Siempre miraré al gato,
su belleza oriental de chino sabio,
su diseño de signo o de corchea,
la gracia de su oreja tan umbrátil,
y esa interrogación que hay en su rabo.

Siempre rezaré al gato,
rey del ecosistema,
inquisidor de brujas y de ratas,
de insectos homicidas,
mientras la burocracia y la ignorancia,
que son la misma cosa,
hacen de nuestros parques el Dachau de los gatos.
Penúltimo camarada de mi vida,
siempre un gato pasea con mis pies,
el silencioso gato
que se ha comido un búho pensativo.
Ah este bello asesino,
aleve gato.

7-IV-2000

GATOS DE MADRID

Gatos de Isabel II,
con sus garras de colores,
gatos de la carretera,
negros y ya extinguidos
por el hombre.

Gato común amarillo
de Madrid,
príncipe de los mercados,
bucanero de los lagos,
harapo de los solares,
amor de los escritores.

Hay matanzas de gatos en Madrid,
exterminio de gatos y de perros,
ninguna ley protege a este felino
que ahora gime a mis pies
cínicamente.

Paul Johnson escribiera
sobre los gatos de Londres debajo de los puentes.
Yo escribo de los gatos de Madrid,
libres y extraviados,
listísimos, hambrientos,
y pido por las leyes de Animales
que ni se cumplen ni alimentan.

19-VI-2001

LA GATA

La gata usa pescado cuando puede.
El pescado lo roba, que es ladrona.
Si no, no sería gata, y tan dispuesta.
La gata duerme al sol, duerme a la sombra,
o sobre el gran cristal del comedor.
La gata es un sistema de defensas,
unos ojos que ven crecer la yerba
cuando no hay yerba alguna y nada crece.
La gata mueve el rabo,
radar de terciopelo,
controlando la noche que atrás deja.
Ha dormido diez soles sucesivos
y ahora estrangula urracas en las copas,
está tan despejada que da miedo
y da en la oscuridad su luz de robo.
Amo mucho a mi gata, que es mimosa,
le sujeto las garras criminales
y ella esconde las uñas,
inocente,
como una emperatriz guarda su daga.
Tiene mi gata mucha biografía,
no se aburren jamás los animales,
pero tampoco sueña fantasías,
sino que bebe, poco a poco, el cloro verde
de la inmensa piscina que la mira,
y luego, junto a mí, mira la tele,
y otra vez a dormir sus veinte horas.

13-VII-2000

LA GATA Y LA NIEVE

Mi gata mira la nieve
y lo que ve es un gato grande y blanco.
Y lo que ve es un gato en copos.
Y lo que ve
son los suaves zarpazos de la nieve,
las delicadas garras de un gran gato.

Un gato frío,
misterioso gato
venido de las azoteas del cielo,
gato de otros tejados sin ratones,
pisada blanda y pura de la nieve,
con su rabo de gato, sus mil rabos
y esos ojos de gato
con que la nieve mira nuestra vida.
Gato recién llegado, inmenso gato,
manos y pies de sigilo y blancura,
bello, soluble gato
que me asusta a la gata
o me la aburre
como acaba aburriendo la pureza.

12-I-2001

BUITRES LEONADOS

Madrid envía a Italia cinco buitres leonados.

(De los periódicos)

Buitre como bandera del león,
pájaro cual felino de los cielos,
insignia de la sangre y majestad.
Alto cielo de España, tan poblado,
mitologías errantes hacia el norte,
príncipes de repúblicas arcoíris.
Sostienen los sistemas entre todos,
patrullan como dioses avizores,
son los buitres leonados, son las águilas,
son el presente eterno que nos mira.

Miramos poco al cielo, los paisanos,
españoles signados de tristeza,
mas no hay sino mirar, alzar los ojos,
para que pase un ángel con su pico,
un pájaro levísimo de altura,
la España de los aires, monarquía,
o ese buitre leonado, dios felino,
condecorando el tiempo de Castilla,
aclarando el paisaje,
iluminando.

14-IV-2000

EL LINCE

Comienza la cría en cautividad del lince ibérico.

(De los periódicos)

El lince, gato híbrido de diablo,
ah satánico gato,
cómo amo tu belleza,
el odio de tus ojos, odio verde,
y la telefonía de tus orejas,
cómo miro tu piel de tigre breve,
de duende de leopardo.

Y tu velocidad,
ballesta viva,
la invisibilidad de tu carrera,
cómo desapareces en lo rauda,
en tu propio flechazo o cacería.

Amemos a estos seres peligrosos y bellos.
La belleza es peligro en toda cosa,
la belleza es horror, lo supo Rilke,
la belleza es pantera, niña, lince,
purísima maldad,
velocidad.

19-IV-2000

LA ARDILLA

Una ardilla en el jardín.
Un dibujo animado aquí en mi casa,
Walt Disney viene a verme.
La ardilla es sólo cola y apetito.
¿Vive en lo alto del pino,
es sólo una viruta del gran árbol?
La ardilla viene y va.
Tantas vueltas y revueltas...
¿Es la ardilla del colegio?
Busca piñas o nueces,
tiene miedo del gato.
Hoy es fiesta
y la ardilla lo sabe,
lo celebra,
está sola en el sol
mientras los hombres
pierden o ganan guerras.
Espíritu del jardín,
la ardilla va y viene,
juega.
Estoy solo en la tierra,
miércoles universal
y una ardilla me mira
desde su mínima verdad.

11-IV-2001

CIGÜEÑAS DE SAN BLAS

Cigüeñas de San Blas, ancho compás.
La torre y su cigüeña, que es la dueña.
Las cigüeñas verás,
el cielo y más.
Cigüeñas de San Blas,
mes de febrero,
ya no pasa dos veces el cartero.

 Cigüeñas de San Blas,
mes de las nieves.
Volar hasta la torre
no te atreves.
La cigüeña se irá,
reloj con pico,
y a ti se te pondrá
cara de mico.

4-II-2000

LAS GALLINAS

El Gobierno vasco ha iniciado una selección entre las diversas razas de gallinas para aislar y promocionar las de pura raza.

(De los periódicos)

Gallina, pájaro tonto
que poco a poco va hilando su áureo copo:
el huevo. Gallina, águila pobre,
vuelo corto y maternal
pájaro bobo y doméstico
al que roban su tesoro,
el huevo que sabe hilar;
piensa poco la gallina,
piensa un huevo y nada más,
pero en ese pensamiento
hay vida, hay oro y verdad.

Ahora pretenden los vascos
la supergallina, el dios
de vuelo corto y patriótico,
y eliminar las demás.
Qué Dachau de las gallinas,
purificación racial,
entrarán en un partido
¿y qué gallo votarán?
La gallina, tan huidiza,
no sirve para matar,
mas será el ave sagrada
de una raza que va a más.
A las ingenuas gallinas
van a militarizar.
El gallo será el sargento
y los nazis comerán
gallina con huevos de oro
y sangre de concejal.

LAS BALLENAS

*150 Estados han conseguido que Noruega y Japón dejen de cazar
ballenas grises.*

(De los periódicos)

La ballena es el buque de cuando no había buques.

La ballena está ahí,

entre dos aguas,

antes de la primera embarcación,

de la vela latina,

o del remo de Ulises.

Como todo lo inmenso, la ballena es pacífica.

Pacífico elefante, pacífica montaña.

Porque el tamaño es paz y la salud es paz,

es paz la fuerza en forma de ballena.

Mas vino el pescador con sus arpones,

con sus garfios de insecto, con su gula,

y volcaron ballenas como barcos

y pusieron el mar patas arriba,

el cielo vueltabajo,

y en eso estamos, tristes y asustados,

amando una ballena madre nuestra,

viviendo con Jonás

en el vientre y confort de una ballena,

mientras el japonés mata los cielos.

24-IV-2000

CANTO AL PEZ DE CADA DÍA

Ojival pez,
desnudo pez,
canto aquí al pez de cada día,
al desayuno sencillo de un hombre solitario
que soy yo.

Admiro tu cabeza,
como un casco de lansquenete,
tus ojos dalinianos,
asombrados de ser ellos el mar,
el travesaño tan duro de tu espina,
tu pura y blanca arquitectura
de barco que navega por mi sangre.

Canto aquí al pez de cada día,
al elíptico pez que desayuno,
sus aletas de velo y armonía,
como de geisha
o desplegable danza,
y tu cola
de motor fueraborda,
tu vivísima cola
que transmite mensajes a otros mares
y dirige tu vuelo submarino.
A ti te canto, pez de la mañana,
antes de la violencia y la escritura.

24-IV-2001

LOS TOROS

Pasan largos rebaños en la tarde más clara,
son ya la sombra noble de lo que será luego.
Van hacia su gran muerte, corazón de paloma,
los enormes astados, solemnísimos toros.

Todo nuestro verano,
el verano español,
es un crimen redondo contra esta vieja raza,
el capote del sol y el polvo del camino
llevan hacia su muerte
a los inmensos toros.

Son reyes y son niños,
y su alta cornamenta
es la gloria patricia de un tiempo sin toreros.
Pasan largos rebaños, o rugen en la noche,
camino de una muerte diurna y festivalera.
Ignoran la crueldad drapeada de los hombres,
ignoran el destino brevísimo de un toro.
Huele a muerto el verano,
apesta a traicioneros,
y los toros salvajes,
estos insignes toros,
van por el cielo alto,
como cansinas nubes,
a una ciudad alegre,
erizada de espadas.

29-IV-2000

RUPESTRE

Mamuts, dioses del homo sapiens,
que los grabó en la cueva de Cussac,
todo el imaginario
de aquel inmenso día
que fuera la prehistoria.
Animales esbeltos,
migratorios,
que vuelven como vuelve la prehistoria,
en oleadas de tierra
y documentos.
Los buscadores hallan las capillas
sixinas del grabado prehistórico.
Al noroeste de Francia hay una cueva
que conserva los días por millones,
son 28.000 años juveniles
los de la antigüedad
de estos hallazgos
que han pasado ahora mismo ante nosotros
como tormenta original
del mundo,
como eterno retorno
de lo quieto.
Qué Capilla Sixtina tan anterior a Dios
qué caverna de noches
con grabados y aves.
Todo anterior a todo,
anterior a Lascaux
y aquellas primaveras
tan violentas
que engendraban planetas y mamuts.
Allí el caballo sin mitología,
superior al caballo de los dioses,
allí el oscuro bisonte
como bufón de la corte,
allá los rinocerontes
con su cuerno curioso
y su amistad,

qué crines de crispada geometría
qué cabezas donde hay más calavera
que semblante.
La prehistoria ha venido,
como suele,
para hacernos eternos en verano.

4-VII-2001

LA ORQUÍDEA

Pasan los siglos, quedan los hombres.
Pasará el 2001, el 2002,
pasan los siglos, pasan los milenios,
como camellos lentos y enjorados,
quebrando navidades, calendarios.
Pasará el largo tiempo, que no pasa,
pero quedará el hombre,
siempre queda,
con sus ratones experimentales,
con sus adolescentes, hijas del secador,
con sus enfermedades,
eternas e incurables,
como joyas enfermas en el pecho de Dios.

Pasará la verdad del calendario,
pasará la mentira de las luces;
siempre quedará el hombre,
el hombre de Orce,
su champán y su smoking, su ideario,
su pensar el futuro como un mar,
su pensar el presente como un crimen,
su pensar el pasado como un libro.

Seamos siempre felices,
presentísimos,
partidarios del tiempo y sus remansos,
bebamos a la luz rosa de Venus,
esperemos los siglos como tribus:
el domingo del hombre es un gran siglo.

29-XII-2000

UNA ROSA AMARILLA

Una rosa amarilla,
un canario de mayo,
este color urgente entre la niebla.
Una rosa amarilla que siempre llega tarde,
cuando ya nuestra vida agotó el amarillo
y la mano donante se ha quedado de mármol.
Bella rosa amarilla,
siempre diciendo cosas,
bandera de otros días
más cercanos al sol.

Y vuela este canario
del huerto de los clásicos,
la cítara con plumas, todo eso,
y sólo es leve susto,
pariente de otras rosas,
ligera como un pájaro
tan libre de pecado.

Pero ha llegado tarde,
alborotada,
a mi gris corazón, a mi honda edad.

12-V-2000

ROSAS BLANCAS

Hay unas rosas blancas
en mi mesa.
Son rosas amarillas,
pero blancas.
Hay alguien que me quiere,
no sé dónde,
hay una rosas blancas,
amarillas,
y ese tránsito dice muchas cosas.

Cuando el blanco se vira al amarillo
es que algo está pasando
en algún pecho.
Cuando una rosa vira
del amarillo al blanco
es que la primavera
anda enredando.
Ramo blanco, amarillo,
puro ramo de sol,
vivo en su agua,
alguien piensa en nosotros
no sé dónde,
invadiendo el día gris,
primaveral,
con la sonrisa blanca de una boca,
con el sol matinal
de su desnudo.

24-IV-2001

EL MAGNOLIO

Cómo extiende sus ramas
para coger el sol de la mañana,
cómo extiende su luz hacia lo verde,
y crece horizontal, hecho de abrazos,
hasta trenzarse verde con el día.

El magnolio postula la mañana,
es un convento en paz de flores/monjas,
una generación de monjas flores,
de encendidas cancelas en el día.
Una mano habitual, mas no sagrada,
me deja una magnolia en esta mesa.
La flor huele a relincho y a pasado,
la hoja huele a canela y a frescor,
y alumbra mi trabajo, todo el día,
como llama tan sólo de perfume,
como lámpara blanca entre lo blanco,
como fuego purísimo, rizado.

Y el trabajo ya huele a claro río.

11-XI-2000

UN MAGNOLIO

No sé si he escrito cosas de magnolios,
pero el magnolio envía su carta anual,
dos hojas perfumadas,
con su blancor espeso,
cual dos rizados pliegos
de un mensaje muy antiguo.

Que ha venido el verano
o toca a primavera
en el convento blanco del magnolio.
Este olor a mujer,
a monja despiadada,
esta oblea de carne,
este contacto:
el magnolio despierta el mes de junio,
lleno de monjas,
flores y novelas.
Salgo a ver el magnolio,
sin duda un árbol hembra,
y pienso en Ava Gardner,
en películas,
porque el romanticismo que nos queda
es ya cosa del cine
o de la tele.

15-V-2001

LOS CIRUELOS

Hay un motín de flores en mi huerto,
hay unas bodas blancas
en la copa de un árbol.
Marzo me trae las flores del ciruelo,
son una nube densa,
cabeceante,
son una fiesta pura que me honra.

Luego vendrán los frutos,
las ciruelas,
que van cayendo al cesto
lentamente,
como un llanto feliz,
de densas lágrimas.
Las urracas,
huéspedes de lo verde,
muy señoras,
marquesas malsonantes del jardín,
se comen las ciruelas
o las roban.
Pero las flores blancas,
como un almendro herido,
son un cielo marceño que desciende,
son una primavera o una boda,
mientras paso despacio, muy pictórico,
entre la nieve cálida del tiempo.

13-III-2001

EL CIRUELO ESTÉRIL

Gran nudo de raíces, como un drago,
lucha inmóvil de torsos corpulentos,
hoja perenne, como barba roja,
el tipo está al costado del jardín.
Es un ciruelo estéril, un patriarca,
o parece un patriarca, pues nunca ha dado nada.
Es el árbol más macho del jardín,
su actitud de guerrero lo confirma,
tiene una gran hombría visto de lejos
—también visto de cerca—,
pero es ciruelo estéril,
un mudo capitán,
un solitario,
sólo decorativo y luchador
es su eterno y parado desafío.
Es un ciruelo estéril, un buen hombre,
y el sol me lo visita por las tardes
poniéndole un barniz de cosa antigua.

¿Seré ciruelo estéril algún día?
¿Soy sólo un escritor decorativo?
Reposo en mi ciruelo, pensativo,
siento su palpitación, todo el tamaño
de su tremenda vida derrotada.
Aciago árbol sin fruto, tipo raro,
no conoce el sabor de las ciruelas
que es un sabor sagrado y femenino.

12-VIII-2000

EL PINO

En mi huerto hay un pino o catedral,
un templo de verdor, un árbol macho.
Todo un siglo de pino huele como mi abuelo,
arquitrabes del cielo se le llenan de pájaros.
Su tronco es un gran torso de guerrero
y tiene inclinaciones de navío.
Se escora hacia la luz, este gran pino,
llenando el cielo de filosofía.

Quizá es un pino del 98,
abrazar este pino es abrazar
a Miguel de Unamuno o a Machado.
Perfuma como España cuando hay paz,
catedral de los pájaros y el gato,
nobilísimo pino, árbol honrado,
personaje del huerto,
voz tan verde.
De vez en cuando, o muy de tarde en tarde,
deja caer una piña lentamente,
como hondo pensamiento,
como madura idea,
como el siglo que cumple este muchacho.

19-VI-2000

EL ALCOHOL

*El PSOE denuncia que se vende alcohol en gasolineras, coches
ambulantes y locales sin licencia.*

(De los periódicos)

El alcohol vuelve siempre, como un lobo,
como un esbelto lobo transparente.

El alcohol lo dejamos, lo prohibimos,
pero él acude siempre a la llamada
hetaira y solitaria de la noche.

El whisky enciende bosques en mi alma,
la ginebra es doncella y cuenta cosas,
el vino es camarada de los pobres,
y el champán surrealista de Bretón
decoraba los hombros de la amada.

Yo he dejado el alcohol, por esta vez,
pero siempre se vuelve
al pecado nocturno y filosófico,
al alcohol del pensar,
a esa otra lucidez que hay en la copa,
a esa lanza que mata, lanza o lumbre,
y enciende el corazón para más vida.

25-IV-2000

ALCOHOLES

El alcohol con sus ruedas
vuelve a habitar mi sangre.
El alcohol con sus haches
vuelve a hablar en mi cuerpo.
Es una vieja amante,
ojos color de whisky,
que me incendió el cabello
y va abriendo pianos.

Ha tornado el alcohol
esta mañana lúgubre
encendiendo las luces
de mi palacio negro.
Apollinaire ya duerme
paredaño a mi vida,
vamos a escribir juntos
y violar a la lluvia,
bajo la vieja parra,
roja como la Callas.

Vuelvo, apollineriano,
a cantar a la muerte,
y así un turbión de vida
corre por mis cloacas.
Mi cabeza incendiada
la he tirado a una fiesta.

23-X-2000

LA COCAÍNA

*Numerosos jóvenes españoles celebraron el Año Nuevo con su primer
esnife de cocaína.*

(De los periódicos)

Los labios blancos de la coca,
lo que tiene de novia ya vestida,
ese tul ilusión que es un esnife,
la diadema de ojos por su frente.

La coca espera al chico
como una debutante
y le da besos cálidos
en la encía de su sexo.
Después sigue el noviazgo
hasta la roja sangre entre la nieve,
la gota silenciosa,
narices de platino
olfateando la noche.
La coca es una novia
que espera entre la música,
una amante muy clara
en la iglesia del cuerpo
comulgante.

Otra generación caerá quemada
entre el fuego blanquísimo y sin nombre.
Ah los niños terribles, los suicidas
que comulgan despacio y de rodillas
en la tapa de un wáter deslumbrante.

4-I-2001

EL TABACO

Áspero compañero de la infancia,
áspero camarada de la primera tos.
Siempre fuiste difícil
y tu humo me nublaba el mundo.
Tus ramajes de niebla
me impidieron mirar
mi adolescencia,
hasta que despedí nuestra amistad.
Qué intuición en el niño
para elegir el ramo de su vida:
Niños, amigos, vicios,
la difícil floresta de la edad.
Nunca he fumado, no,
me perdí aquellas manos del vaquero
liando su pitillote, anís y pólvora.
Me perdí
las manos elegantes, recortadas,
de Bogart escuchando a sus amantes,
el fumar elegante de unos hombres,
de los grandes actores del tabaco.

Nunca he fumado, no, y es ya muy tarde
y además me da igual, dicen que es malo,
pero morir del humo del amigo
es tener dos caballos, soledad.
La soledad la tengo, comoquiera,
y el tabaco nunca es una mujer.
Recupero los años asustados
en que me creí rehén del tabaco
y toso a ver qué pasa.
No es tos de fumador, pero es de muerto.

1-VI-2001

LOS CUERPOS

Ah los cuerpos de julio
en su llama de sol,
cómo sueña mujeres el mar, o las inventa,
la carne se encadena dulcemente a la carne
y una juventud nueva,
traída como del cielo,
da su desnudo entero
en la mitad del día.

Ah julio, mes de hierro,
mar de caliente hierro, repujado de olas,
cómo sobre tu fondo,
y tu soñar profundo
una imaginería de muchachas pensadas
se ahoga en los altos cielos,
que ahora vienen muy bajos,
y se busca a sí misma,
desnuda de la edad,
huérfana de su cuerpo,
arrebataada al mundo por una fuerza oscura,
algo ciego de luz,
y los cuerpos, los cuerpos,
la memoria del tiempo,
se hacen sólo visibles cuando cierro los ojos.

17-VII-2000

LAS MANOS

Las manos de ramaje
y de poemas,
estas manos cansadas,
incansables,
que han molido el idioma varios siglos,
picoteando palabras en la máquina,
mis manos hoy fallidas,
inseguras,
que sólo la pasión mantiene en éxtasis,
que sólo la ilusión
o devoción
hace sonar en su ametralladora,
que es la ametralladora de la prosa,
la ráfaga de luz, cada mañana,
ráfaga de canción y actualidad.

Me he mirado las manos lentamente,
con su salpicadura de palabras,
y ahora guardo mis manos,
hasta luego,
con el cobre del tiempo como joya,
y el cristal de las uñas,
con su brillo.
Volverán a empuñar mañana mismo
la metralleta alegre de la prosa.

3-IV-2001

EL CORAZÓN

El corazón se para cuando quiere,
es un barco de vela loca y roja.
Del corazón se muere mucha gente,
es un motor alegre solitario
del que nadie se acuerda
hasta que canta.

Es un pájaro rojo
en las ramas del pecho.
Ahora arreglan muy bien los corazones.
Yo quiero un corazón o una manzana,
morder el corazón
de una muchacha
y que siga latiendo
como un reloj enfermo.
Ah la chapistería del corazón:
cómo van a salvarnos cualquier día.
Traspaso corazón deshabitado
por un poco de amor
o unas legumbres.

5-IV-2000

EL SEXO

Lo llamamos amor porque nos turba,
pero el sexo es la espada del amor,
la hoguera que embellece las miradas,
ese fuego que incendia las cortinas,
el pecado de todos los crepúsculos,
la antorcha blanca de la madrugada.

Lo llamamos amor para que dure,
pero el sexo es la vuelta de la especie,
la hermosa zoología de nuestras vidas,
la numerología de los abrazos,
el cuerpo a cuerpo con la alegre muerte.
No hay más amor que el sexo con sus crímenes,
no hay más sexo que el amor que pasa.
El sexo y el amor, el mes de junio,
descalzos en la lluvia, los amantes
recorriendo sus parques interiores,
pisando la sonrisa de las aguas,
besando las axilas de los árboles,
llenando a las muchachas de pecado.

Lo llamamos amor porque nos turba
pero es la hoguera atroz de nuestra vida,
pero es la herida azul de nuestra muerte,
pero es el candelabro y la manzana
unidos sobre el lecho de la aurora.

5-VI-2000

JESUCRISTO

Se les ha aparecido Jesucristo
a los impenitentes antropólogos.
Y Jesucristo es ancho, muy moreno,
llevaba el pelo corto, corta barba:
tiene poco que ver
con la estampa escolar de un Dios blandito.
En la cuenca del río de sus palabras
han encontrado a Cristo
una raza de hombres que es la suya
y que no va de estampa
ni de crismas,
sino de rudo pescador de lago,
con la cara ancheada,
el gesto fuerte,
la sonrisa difícil
y quién sabe.

Le va más esta estampa
a quien dijera tan terribles cosas,
y maltrató a los césares,
echó a los mercaderes de aquel templo
y se perdió de vista entre la oliva
o colgó de un madero,
humano, sólo humano,
maldiciendo de Dios,
que le abandona.

29-III-2001

JUAN XXIII

Viene Juan XXIII,
reaparecido,
como en un barro de oro,
en una nube.
Le han encontrado núbil,
incorrupto,
nos bendice de nuevo,
quietamente,
recuerda su concilio
de mártires y negros,
un concilio
luego tan incumplido
y olvidado.
Viene Juan XXIII,
tan renaciente,
con su sonrisa azul
de multitudes.

Aquí Juan Pablo llora, expira el mundo,
la gloria de aquel Papa
puede herir a este viejo, malherirle,
no hay sitio para dos en poco cielo
y entonces se prescribe, santamente,
que el oro de aquel Juan
no sea milagro.

Milagro o no, qué fuerte su recuerdo proletario,
qué fuerte su sonrisa, perdurable.

30-III-2001

UNA VIRGEN ROMÁNICA

Esta virgen románica y esbelta
llegó a mi casa atravesando mares,
los mares de ferralla y de pecado
por donde vagan vírgenes antiguas
alquilando su amor y su liturgia.
Yo la compré en el Rastro con fervor,
el fervor que el románico y el gótico
ponen en mi alma vieja de cristiano.
Pero ni soy cristiano ni ella es virgen
sino una esbelta obrera del XIV
entre madres y damas
y elegancias dormidas en la foto,
y el último retrato de Verlaine
los cacharros abstractos de Chillida,
las geometrías de Gerardo Rueda
y la oración satánica de mi alma,
que digo por las noches,
si me acuerdo.

28-VI-2001

ÁNGEL DE ARCILLA

El cuerpo, al fin, lo dijo:
«Soy un ángel de arcilla.»
Nuestro cuerpo fue un ala
que cortaba las cumbres
nuestro cuerpo fue un dios
de audaces monarquías.
Por el mar, por el cielo
iba dejando pistas
de aquella juventud
fulgida y rauda;
nuestro cuerpo maduro
fue ya un dios oriental;
del Oriente nos vienen
la vejez y el tesoro.
Envejecer
es ir haciéndose asiático,
solemne de tesoros
que nunca desciframos.
La vida es un viaje hacia el Oriente
o quizá un retroceso hacia la muerte.
El cuerpo, al fin, lo dijo:
«Soy un ángel de arcilla.»
Con nuestra joven ala
surcábamos el mundo
la ida y vuelta a lo eterno
nos ha dejado en esto:
Soy un ángel de arcilla,
dice el cuerpo
Oriente y Occidente,
grandes alas, no zumban ya su vuelo en mi derrota.

23-VII-2001

LA JUVENTUD

Abril se me abre en racimos
de juventud brisalera.
Entre los ramos de abril
no viene mi juventud.
No viene ya ni vendrá
mi juventud abrileña.
¿Y qué le falta a este abril
en su carretón de flores?
Le falta mi juventud,
que se quedó por allá.

Hay abriles que no vuelven,
hay años que se marchitan,
árboles esperanzados
que ya envejecen sin flor.
Este abril no es un mes mío,
este mes pasa de largo,
sólo me ha dejado un poco
de perejil metafísico.
¿Soy un canario sin jaula
o una jaula sin canario?
Abril ya se abre en racimos
de juventud brisalera.

16-IV-2001

EL PRESENTE

El presente no es tiempo,
es lo que pasa.
En el presente se enlagna el sol,
se quedan las muchachas sólo luz,
se paran los caballos en su vuelo
y se hacen realidad todas las cosas
que ya eran realidad, pero más pobre.

Ya no hay más que el presente,
yo no tengo otra patria.
Vivir en el presente
como en una despensa,
rodeado de las cosas
que me tiran del pelo
como gatos.
Todo lo alimenticio
que nos cuelga del techo
en la cocina,
lo que cuelga del cielo,
dioses y águilas.
En el cielo es presente,
levanta la cabeza
y verás a las nubes
paradas como estatuas en el Louvre.
Presente es ahora mismo, es ahora ya.
No quisiera esta oda
durar más que el segundo del presente
y dar paso en seguida
a otro puro presente que es el mismo.

5-II-2001

EL DOLOR

El dolor tiene noches y rasguños. Acuden al dolor sombríos albañiles, hipogastrios y pican los escudos de nuestra dinastía biometalúrgica. La gata vertical, arpista de los muebles ya vencidos. Acuden los dolores al dolor, el latigazo ruin de la jaqueca. El dolor es una luna inversa poblada como cráteres de vértigos. Me reconozco al fin en mi dolor, que es el revés del yo, fuego sombrío. Me reconozco al fin en otro que arde mientras aquí agonizo oscuramente escuchando a la gata su rebelde concierto de arañazos.

25-VI-2001

LA GRIPE

Ha venido la gripe con su andar de cangrejo,
ha venido la gripe
con su capa de fiebre.

Ha venido esa prima de todos los inviernos,
que es como una parienta que no cambia,
con su tos, sus refranes y oraciones.

Está la habitación llena de gente
porque uno tiene gripe, por si muere.

La gripe es la alegría de muchas casas,
carnaval boticario en la familia,
hasta los niños tienen vacaciones
y el sopor de la gripe me los duerme.

La gripe es una fiesta muy famosa
que no viene —por qué— en el calendario,
y la gente es feliz con el comento,
subidas y bajadas de la fiebre,
son patas de cangrejo que trepan las paredes,
son las conversaciones de las primas,
y el enfermo se muere tan alegre
porque es muy popular en su familia,
luego pasa la gripe, vuelve el orden
y te miran como a un desenterrado,
y se cambian de acera
por lo de los cangrejos delirantes.

6-XII-2000

LA FIEBRE

La fiebre tiene bosques,
incendios interiores,
la fiebre tiene números y dioses.
Un estado satánico
es la fiebre,
cuando llamean los ojos hacia dentro,
cuando tiemblan las manos como laúdes.

Diabólica, la fiebre.
Acuden hembras malas,
vecindonas,
que son las hechiceras de la fiebre,
las del perejil prestado
que embalsaman al poeta
en su gran hora.
Así sube la fiebre el esqueleto,
enciende las orejas,
quema el alma,
y la noche que cruje
como un gozne,
charnela misteriosa de la vida.
La fiebre es el infierno de por dentro,
son las mantas que acuden por el aire,
es el estar muy malo,
hecho un rastrojo,
mientras lo rojo fisga todo el cuerpo
buscando el monedero del que muere.
Estoy con mucha fiebre,
pero escribo.

4-VI-2001

LA TRISTEZA

La tristeza ha venido como un buque vacío,
la tristeza ha encallado en mi pecho de piedra.
Me trae en sus bodegas toda una vida vieja,
quintales de nostalgia
y el whisky que he bebido.
La tristeza ha venido con faros apagados.
No sé de dónde viene ni por qué me visita
yo mismo soy un puerto donde para la noche
el mar, como noviembre, va ya de retirada.
Somos un puerto unánime,
puerto de tierra adentro
donde llegan los meses
como veleros lánguidos.
La tristeza ha venido
y me golpea despacio
como el agua golpea
en los acantilados.
Soy un acantilado
de muertos sucesivos
y estoy aquí parado,
bajo una lluvia fina,
junto al silencio frío
del buque de la pena.
¿Cuánto dura noviembre, cuánto dura una vida,
cuánto durará un hombre que tiene ya en el pecho
ese peso dormido de los buques sin gente,
de los mares sin luna, de los mortuorios días?

22-XI-2000

EL CANSANCIO

La lentitud, el tiempo, los viajes
o la velocidad de las estrellas,
escaleras que subo del revés,
un papel que me pesa como un libro,
los relojes pasados del cansancio,
los relojes sin tregua de la vida.

Todos tenemos ese aciago día
en que la brisa pesa como un cosmos,
en que el pasado inunda los cajones,
no sabemos por qué,
estamos alegres,
quisiéramos decir cosas atroces
para colorear el aire con mentiras,
pero viene la noche, madre lenta,
pero viene la noche, leche y plomo,
y dormimos al fin en el regazo
de un lunes carbonero, carbonario,
con un sueño minero, derrotado,
llenos de carbonilla entre recuerdos,
tiznados del dolor de una semana
que acaba de empezar sus funerales.

20-III-2000

LA SOLEDAD

Hablo de soledad
porque estoy solo.
Soledad es un pez que nada el tiempo,
la soledad es una puerta abierta
que da a puertas abiertas
y vacías.
No es ausencia de gente el estar solo.
Es ausencia de mí entre la gente.
El que no está soy yo,
y ellos no saben,
soledad es morir a cualquier hora
junto al museo de los medicamentos.

Soledad es un agua que no hay,
un sol que se ha dormido en los cristales,
silla que no hace juego,
un hueco en la memoria,
soledad es un hombre solitario
que se acerca a mirar las papeleras.
Hoy me he visto a mí mismo,
fastuoso de soledad, como un mendigo,
mirando una lejana papelería
y sacando un periódico del fondo,
que es el mismo que lleva en el bolsillo,
porque lo sacó ayer, y así por siempre.

23-IV-2001

LA CASA DERRIBADA

Se hunde un edificio en Argüelles.

(De los periódicos)

La casa derribada,
el barco vuelto al cielo,
qué entrañable escenario de mil vidas,
alcobas en jirones,
dormitorios antiguos,
los muebles tan antiguos,
una novela vuelta del revés.
Esa casa de Argüelles,
la casa de muñecas de la vida.

Derrumbamiento del pastel del tiempo,
las casas son enfermos que se callan,
de pronto se abren puertas hasta el cielo
y aparece la casa ante la gente,
la casa con su edad,
sus orinales,
su espejo moda años veinte,
su intimidad de pianos e hipotecas,
la casa de muñecas de los viejos,
la intimidad profunda era mentira,
sólo un vil panderete nos separa
del viento canallesco de la calle.
Vivir a la intemperie y no saberlo.

9-III-2001

MIS QUERIDAS VIEJAS

Marzo y abril, la vieja al veril.

Marzo y abril de mis queridas viejas,
las abuelas que tuve entre legumbres,
todas en el veril, que es una orilla
o es el rodal del sol en primavera.
Marzo y abril, ah viejas oleadas,
amarillas al sol de ambas Castillas,
abuelas, bisabuelas de lechuga,
mis enlutadas viejas laboriosas,
hilando al sol la rueca del recuerdo,
hilando poco a poco, refraneras,
la rueca de la vida, el lento tiempo,
las cosas que pasaban en el pueblo.

Ah mi perdida abuela, gran señora,
terror de tolondronas y criadas,
cristiana hasta las agujetas,
rezadora,
doña Luisa, mi abuela,
que me enseñó las letras párvulas y gordas,
y yo siempre al veril de aquella vieja,
en el rodal azul de aquellos trigos,
en el rodal de abril, con tanto cielo.

17-III-2000

LOS VIEJOS

Ya son chatarra humana y no nos valen.
Los viejos van muriendo en residencias,
ya no mueren en casa, lentamente,
bajo el coro de añil de la familia.
Los viejos son ferralla, estorbo vivo.
Tenemos más dinero y menos tiempo,
tenemos más fortuna y menos dios.

Un cuarto de los trastos para el viejo,
pero ya no hay trastero, qué más da.
Los viejos van volando, como trapos,
en el viento de junio, primavera.
Los viejos van cayendo blandamente
como dulces montones de pasado.
Nadie les dice nada, alguien los riega,
son el otoño de la primavera
y huelen a tabaco y ya no fuman,
y huelen a pasado y soledad.
Los viejos no traen suerte, no nos gustan.
España va muy bien, salvo los muertos,
pero los viejos vuelan por el aire
perseguidos por sucias residencias,
perseguidos por lentos hospitales,
y el día se los lleva, aves de paso,
vieja ornitología de la vida,
a morir en un palo de gallina,
muertos sin vecindad, lejos de dios.

6-VI-2000

LA MUERTE

La muerte anda probándose los trajes del armario.
La muerte es ese mazo que se cae por sí solo.
La muerte vive en casa desde hace ya algún tiempo.

Hay que gritar a media noche
y encender candelabros para ahuyentar la muerte.
Las tres de la mañana es su hora preferida
para asustar mendigos y burgueses diabéticos.
Yo a las tres me levanto y rompo una ventana
y despido a la muerte, huésped que no paga,
para seguir durmiendo,
ahora más vivo que antes,
despierto entre mi sueño, dormido en mi desvelo.

No es que venga a matarnos la muerte vecindona,
sino que se ha instalado cual señora de piso,
prueba nuestras comidas, nos asusta a la gata,
toca un viejo piano que en casa nunca hubo
y se pone pamelas en su cara de muerta.
Es la vieja parienta de todas las familias,
aquella tía soltera que prendía las escobas,
la solterona ilustre, hija de un cuadro al óleo.
Yo me voy a la playa por una temporada,
aconsejo a los perros que coman de la muerta,
que coman de la muerte, de la parienta pobre.
Luego, cuando volvemos, después del veraneo,
de la muerte encontramos un rosario de nácar,
una bolsa de agua, una atroz dentadura
y una carta muy larga adonde se despide.

La muerte, esa solterona,
que no amargue nuestra vida,
ha llegado a destiempo, pero ya un tren lejano
se la lleva rezando y comiendo naranjas.

17-X-2000

LA GRAN MUERTE

Mueren los poderosos de la tierra,
dejan un hueco de aire
las cenizas de un idioma,
dejan ausencia,
olvido,
una ignorancia de las cosas,
y ahí está su vacío,
el rastro de la vida
que vivieron,
periódicos gloriosos
que serán mañana pescadilla.

Mueren los grandes hombres,
llenos de aumentativos,
ya su longevidad era un error,
y las tertulias hablan
de los jóvenes reyes de la vida,
y el silencio se ensancha
y los libros se pierden entre libros
y el gran hombre,
el gran sabio,
el espectacular hombre sencillo
sólo es una distancia,
un camino sin nadie,
una lápida lenta
con un nombre que pierde sus coronas,
y del que cae la gloria
cual desprendido trapo,
cual harapo.

9-VI-2001

EL MUERTO

Hay un muerto en la noche aragonesa,
hay un muerto en la prensa/pescadilla.
El muerto es del tamaño de la noche,
Aragón alza en vilo a un hombre bueno,
el cielo se derrumba
en una esquina,
las estrellas intactas
se aglomeran
cuando la sangre en pie
dice palabras.

Hay un muerto en la noche primavera,
un cadáver transita
las platinas.
Sembradura de hombres
y de inviernos
en la noche lacónica de España.
¿Por qué se quiebra el vaso
de la vida
cuando la gente elemental
nos mira?

8-V-2001

LA NIÑA MOLLY

Pero la ciencia tiene sus secretos,
pero la ciencia juega con los niños,
pero vivirá Molly, la leucémica,
gracias al lento polen de la vida.

Molly, niña de sangre ingenua,
elegida por quién para la muerte,
viene asistida por un nuevo hermano
que le dona un embrión o una peonza.
Todo juego de niños,
todo juego de manos,
primaveras secretas de la sangre
renuevan primaveras de otra vida.
Sutilísimas nadas,
los dedos de la especie
sonando a toda infancia
en los cajas de música del ser.

Se remienda la muerte con la vida,
o se hilvana la vida con la muerte,
se difunde salud, como una fiesta
en un juego infantil, todo tan blanco,
y hay nuevos delantales diminutos
colgando al sol sagrado del vivir.

5-X-2000

EL ODIADOR

Cuando pasan las olas más brillantes,
cuando fulgen las noches
que pasamos en la luna,
el odiador está ahí,
el odiador está siempre,
con su gran mueca rota,
con su risa partida,
con su tripa de fraile,
comido de tristeza,
una tristeza sucia y amarilla,
mordiéndolo de su odio,
un odio viejo, hepático y atónico,
mirándonos.

El odiador es un profesional.
Profesional del odio,
profesional de la sombra,
de la más escupida enhorabuena.
Su odio no es monográfico,
no viene sólo contra mí y ahora,
sino que se alimenta de lo bello,
de todo lo que pasa al sol de enero,
odio que le mastica por de dentro,
los médicos le dicen que es un cáncer,
pero él sabe que es odio, sólo odio,
que odia para vivir,
y va muriendo.

19-I-2001

LAS PALABRAS

Las palabras son de agua, son de piedra,
las palabras son de oro,
son de luz,
y suenan, de una en una,
a moneda, a llamada, a aldabonazo.
No son, las palabras,
de la gramática ni de los gramáticos,
no están llenas de aire ni mentira,
las palabras no son del mercader,
no son del que las vende ni las compra,
las palabras son piedras de los ríos,
pequeñas almas duras y purísimas,
conchas del gran galápagos del tiempo,
las palabras son cuanto tenemos.

Por eso, no tiremos las palabras,
no las hagamos barro, flecha torpe,
y que no suenen a tonada falsa,
como suenan a veces,
hasta que un hombre bravo,
una mujer intacta,
dicen pálidamente su palabra.

24-I-2001

LAS PALABRAS

La Universidad de Cataluña ha decidido suprimir la Literatura de entre sus disciplinas, a la hora de examinar a los aspirantes.

(De los periódicos)

Las palabras son gemas de la tribu,
reliquias muy locuaces que nos cuentan la vida.
Las palabras componen un idioma,
son la camisa azul de la serpiente
en que ondula un idioma y dice cosas.
Humanidades eran las palabras
cuando Grecia abjuraba de sus dioses,
o cuando Roma ardió en sus paganías.
Pero el hombre se va quedando solo,
catarroso entre máquinas y sombras,
silencioso ante el grito de la imagen.
Las palabras hicieron las ciudades,
las llenaron de pájaro y mercado,
mas ahora se reniega de los nombres,
el hombre de Occidente se suicida
clavándose un adverbio entre los ojos,
y tanta telegenia y tanto fierro
funcionan para nadie a todas horas
mientras un hombre triste, quizá un loco,
trabaja con primor su endecasílabo.

[sin fecha]

LAS LENGUAS

El catalán, con su atabal profundo,
el catalán barroco, edificado,
su gracia sobria o la Bien Plantada.
El galaico gentil en su xiringa,
como un llanto feliz,
como una lluvia clara,
el galaico de solfeos verdes,
en su gaita tan céltica y errática.
El vasco, esa pintada de la música
en la pared azul del caserío,
el vasco, ese bizarro idioma,
ese rodal de piedras y de bueyes,
esa copa de árbol sentencioso
que dura en el pasado de la lluvia,
que dura en la memoria del camino.

Que suenen atabales y xiringas,
que suenen músicas caudales
en las gaitas de España,
en el arpa de lluvia de Vasconia,
pero no en los fusiles que ahora duermen.

31-III-2000

EL CASTELLANO

El castellano es lengua castellana
hecha de polvo, sudor y hierro, como el Cid.
El castellano es anterior a España,
la ha parido,
la palabra precede a lo increado.

Pero hay lenguas dispares, o ya hermanas,
para crucificar el castellano,
gentes que ignoran los millones de almas
que hablan el castellano,
que aman en castellano.

Es una rebelión pequeña y sórdida,
una lucha de verbos y pronombres,
una desigual lucha, ya perdida,
contra la lengua madre, latín nuevo
que floreció en la lengua filipina,
que dio su luz a toda Suramérica,
que sometió a norma el proceder de Borges,
que llenara de amor a García Márquez,
que hoy alumbra periódicos en USA.

Vieja lengua romance, el castellano,
osatura profunda de mi ser,
sólo algunos cansados de sí mismos,
olvidan que unos verbos esenciales
les hicieron vivir, reconocerse.
Esos verbos impares, sólo nuestros
que son el *ser* y *estar*, hombre completo.

24-III-2000

EL CASTELLANO

El castellano canta en mil ventanas
y resuena más puro
en las bocas recientes
que ni siquiera saben en qué cantan.
El mar tiene balcones
con su festón de espuma
por donde salen coplas
y el laboreo gentil de las conversaciones.
Ah lengua universal,
español de oro
con la mota de sangre de lo nuevo.

En varios continentes
saluda el castellano
con su gracia cortada
y elocuente.
Es lengua universal,
tiene diez siglos
barroquizados de literatura.
Hablemos castellano,
digamos su poesía,
juntemos los pajares de su prosa,
mientras el inglés crece,
pasa y mancha,
imponiendo sus haches o cuchillos
y nadie dice nada.

27-IV-2001

EL CATALÁN

*El poeta catalán Pere Gimferrer ha leído sus versos en el Palacio
Real de Madrid.*

(De los periódicos)

El catalán, palabra tan profunda,
con sus úes fecundas como valles,
con esas tes finales,
campanilla de plata de una sílaba,
con sus íes latinas,
con sus jotas que cortan como espadas.

El catalán, que suena a Maragall,
a poeta campesino,
a soprano famoso del Liceu,
a orador liberal del Ateneu.
El catalán, sonoro como el mar,
grave como una salve de Montjuïc,
dulce en la voz de la telefonista:
lengua para el poema decorado,
cargado de tardor y de tristeza,
lengua de intimidades, confidencia
del mar Mediterráneo a sus poetas.

23-XI-2000

ILUMINACIONES

EUROPA

Miro Europa de nuevo con su cara neoclásica.
Miro sus fuentes frescas y el concierto de anoche.
Europa es ese mundo cortés y milagroso
que se abreva en la música
y se arrulla en la fuente.

Europa es un remanso de lectores con pipa
cuando todos debaten sus nacionalidades.
Europa se encamina, leyendo sus periódicos
hacia la paz más culta que aquí siempre escondimos.

Gritan las razas nuevas,
viajan los enemigos
y acuden como guerras los hombres de otro tiempo.
Todo aquí se remansa, vieja lección de Europa,
Voltaire no murió nunca,
Montaigne me ha saludado,
François Mauriac sonrío
desde su Bloc de Notas.
Vuelve la Europa culta o yo me lo imagino,
estamos en Europa, qué importa la moneda,
y en el viejo sarao, gentes del Setecientos,
Alemania presenta un Mozart inmaturo.

Europa ha recobrado ya los buenos modales.
Basta ser europeos y mirar a las chicas,
basta la vieja herencia y Sartre en su quiosco.

31-VII-2000

LOS SEFARDITAS

Los sefarditas, esos españoles

que guardaban sus llaves de Toledo,
han vuelto a pasar cerca, misteriosos,
hablando en su ladino, otra vez vivo.
Israel está al fondo, España escucha,
los sefarditas en sus juderías
investigan el cielo y las monedas,
nos devuelven la España de oro viejo,
y guardamos silencio, encandilados
por las adunaciones de la patria,
por el tropel dulcísimo de razas
que hicieron esta raza, este arpa vieja,
este racimo de Toledos de aire
que lucen en el aire, con el sol.

Somos pueblo de pueblos, incunables,
somos Oriente Medio y mar latino,
y ahora los sefarditas nos visitan,
regresan a sus casas o recuerdos
con un cirio en la mano,
o una llave.

5-V-2000

CERVANTES

Cervantes viene siempre por abril,
el viejo militar, medio soldado,
el hombre manco, irónico y vencido,
Cervantes, español de tanta España.
Abril es su gran mes, su rapabarbas,
sale a la calle más guapo y cumplido
firma libros aquí y en todas partes,
besan su manquedad los cervantistas,
y miran su perfil las colegialas.

Pues Cervantes es pueblo, pura gente,

siempre se hace soluble entre los suyos,
sabe que escribió un libro, o no recuerda,
heredó la locura de Quijano,
le gusta andar caminos, mirar mundo,
y cuando llega a una ciudad, Madrid,
se sienta en una plaza, reposado,
y mira lentamente, y en silencio,
la estatua de Cervantes que hay en medio.

26-IV-2000

CERVANTES

Viejo soldado de España,
soldado eterno,
viejo de todas las guerras,
sonriente perdedor de todas las batallas.
Don Miguel de Cervantes, con su gola,
un cincuentón vestido ya de hidalgo.
Pero por dentro va el soldado,
todo un Tercio de Flandes es él solo.

Luminoso truhán,
escritor manco,
andariego de alma,
viejo muchacho,
español absoluto,
antología de españoles es su pecho.
Los molinos acuden
los yangüeses,
los leones de La Mancha,
los caminos manchegos,
eso que tanto amó,
y Cervantes Saavedra,

en un mesón,
parte la hogaza real del castellano
y nos va dando a todos, con su vino,
un trago caminante, un sacramento,
raleada cofradía cervantina,
y al frente un gran soldado,
una bala perdida, un escrito.

2-I-2001

CERVANTES

Cervantes, viejo zorro,
español demenciado,
alcabalero,
Cervantes, pueblo puro,
esclavo de la pluma de escribano,
hermano de la pluma literaria,
España de escribientes
que un día dio un escritor,
país de covachuelistas
y él en su covachuela.
Un día no le salían las cuentas,
gozne entre los labriegos y el Estado,
charnela humana y un ocio iluminado.
Cuánto aprendiste en el violento trato
con labrantines de mellada hoz,
cuánto en las oficinas,
en la Corte,
donde toda incomodidad tiene su asiento.

Te sentaste a escribirlo, ya era hora,
todos eran yangüeses y cornudos,
cómo sabías el revés de España,

piojillo, judeílo, entre las lanas
de los mil pastores.
La malicia y no el sueño te hicieron escritor.
Cervantes, clase media,
la realidad te sigue como un galgo,
el galgo corredor de tu hidalguía.
Príncipe de las cosas más reales,
tan español, tan escritor, tan solo.

19-II-2001

BAUDELAIRE

Hay días
en que se me aparece Baudelaire.
Está sobre un armario,
como un busto doliente,
o le veo en un espejo,
como si el espejo fuera su despacho,
escribiendo sus versos musicales,
o pasea por la casa silencioso,
y la gata le sigue:
los gatos reconocen a sus dueños.

Días de Baudelaire, felices días,
tristes jornadas de fantasma gris,
dónde está Baudelaire, de dónde viene.
Hace tiempo que no leo a Baudelaire,
no le frecuento demasiado ahora,
pero no es necesaria ni una cita en un libro
para que el poeta venga, esté conmigo,
y me envuelva en su música
y me haga compañía.
Qué inmensa soledad
la triste compañía de Baudelaire.

29-V-2001

KAFKA

*Se publica en España una nueva edición de los Diarios de Franz
Kafka.*

(De los periódicos)

Sombrero de ala caída,
llovida de varios cielos.
Orejas de muerto enhiesto,
de inteligente cadáver,
cara de ratón romántico,
de funcionario en el paro.
Kafka.
Kafka, el cuello y la corbata
le sientan como a un muerto.
Tiene el susto
del que se ha dejado la casa cerrada
con las llaves dentro.
Este episodio de cerrajería,
para él es todo el hermetismo del mundo,
todo el luto del mundo,
y el pobre padre que se quedó dentro
¿pero estaba vivo o muerto?
A Kafka se le lían las preguntas
como a otro las respuestas.
Tiene una novia a la que no ama
o a la que no goza,
pero le escribe muchas cartas,
ha empapelado Praga
con cartas a Felice.

5-II-2001

MOGUER

Moguer, punta de España,
pueblo postrero en que nació un poeta.
Moguer y Juan Ramón, sol de mi infancia.
El mundo de Platero, de oro y malva.
Ahora se cae la casa.
La casa del poeta, memoria edificada,
nadie se cuida de eso,
nadie cuida de nada.
Es el poeta del siglo,
es el Moguer del agua,
es la elegía andaluza
de madrugada.

De madrugada digo,
señor alcalde,
alcalde de Moguer,
patria y andanza,
que Moguer es memoria edificada,
el mayor poeta de España,
y vive en el olvido de los poetas nuevos
y de Huelva lejana.
Y la casa, esa casa,
se va de la memoria y de los versos.
Se la lleva el agua.

25-V-2000

LA MÁQUINA DE ESCRIBIR

Pequeña metralleta entre mis manos,
máquina de matar con adjetivos,
máquina de escribir, arma del tiempo.
En todas las mañanas de mi vida,
el tableteo audaz de mi Olivetti,
este ferrocarril de ortografía
en que viajo muy lejos de mí mismo
o retorno a los campos de la prosa
para reñir batallas en mi lengua
con todos los que mienten, los que gritan,
con los que escriben en feroz tanqueta
para no decir nada y meter miedo.

Vieja Olivetti verde, azul o negra,
escalinata alegre de las letras,
sobre esta escalinata, una mañana,
me encontrarán tendido, no vencido.
Libro, papeles, cosas y poemas
han salido y saldrán de este cacharro.
Pavonado revólver de mi prosa,
sus muescas son ministros fusilados,
canto de codorniz, canto de urraca
como las que ahora pueblan el jardín.
Alegría y salud, mi vieja máquina
me regala un estilo, una escritura,
y las gentes se paran para verlo.

14-VI-2000

LOS ALBERTIS DE ALBERTI

Alberti, «Mar y tierra», qué sorpresa,
libro robado en una librería,
me nutría de Alberti como fruta,
como pescado crudo,
como sangre.

Alberti, el alhelí, mano robada,
perfumaba mi cruel adolescencia
con los versos de Alberti, masticados.
Me nutría de flores, de altas albas.
Me nutría de libros malrobados,
me nutría de Alberti, el 27,
pegaba el estirón, pintaba versos,
Alberti, qué manigua de sabores,
qué nutricio poeta
en la postguerra.

Siglos más tarde se acercaba a España,
sus mambos de palmeras comestibles,
traía una riqueza de frutales
en sus mambos de poeta americano.
Y pasaron más siglos y fui a Roma,
le visité allá en el Trastevere,
y cenábamos juntos, camiseta,
barrio de los tenores y los pobres.
Roma le había hecho suyo, le aureolaba de Italias
su elocuente melena,
melena de Bernini descreído,
barroco viejo vegetal y vivo,
el antivaticano con sus novias,
cenábamos naufragios de percebes
bajo la noche grande y pecadora.

Alberti, al fin España,
qué te trae por aquí, viejo maestro.
Le traía la marea de la vida,
un comunismo que perdía las puertas,
un comunismo que lloraba a espuertas.

Subió al acantilado de los teatros,
se despeñó contra la dramaturgia,
no estaba Federico para oírle
y me habló de volverse a su honda Roma,
el volcán apagado
de donde un día surgió el Renacimiento.
Pero el final estuvo siempre aquí,
la arboleda perdida,
el cementerio de su generación,
y errábamos con él por las Españas
sin encontrar el alba, el alhelí.

Vivió sobre los ángeles, murióse,
hablábamos de Roma, la del cielo,
y yo era el Habichuela, sin guitarra,
reescribiendo las coplas del maestro.
Le presenté a Camilo,
fuimos a la Academia a mear un rato,
cumplió con su deber,
gran académico,
y se ascendió a los cielos, como un ángel meón,
dejándonos aquí
un reguero de urea y tantos versos.

El Cultural, El Mundo (Madrid), 12-II-2002

[CAMILO JOSÉ CELA]

Qué grieta de hombre, tremedal caído, cómo colmó su siglo a manos llenas, él sí hizo de la prosa otra cosa.

Qué sola la mañana sin memoria, las cosas vagan como peces altos porque ya su palabra no las fija. Perdimos el color de la mañana. Hoy el 98 al fin se muere, nadie saber decir que hay sol de enero. La bonhomía del árbol derribado extiende sus liturgias por el tiempo. Ya no está ni en sus libros, lento muerto, sólo está en esa espada a la que abraza, ese idioma brutal y castellano al que dio sutileza, finas flores y le puso domésticos pianos para meter un tigre en cada libro. Profesor de energía, como el otro, nos enseñó a vivir en hombres libres, su violencia pacífica edificaba el tiempo, y su silencio de hombre primitivo iba dejando ideas y dibujo, un reguero de dioses por el mundo. Cómo crece el silencio a cada paso cuando su muerte es ya definitiva, las palabras sin nido de árbol viejo habitan la distancia entre los tiempos. Y yo inicio ahora mismo, esta mañana, mi aprendizaje de caligrafía, pues todo se ha borrado, como un ángel, hay un hueco en enero, un día sin falta. Los párvulos de España le recitan.

I-2002

LUIS CERNUDA

La Comunidad de Madrid recordará al gran poeta Luis Cernuda en su centenario.

(De los periódicos)

Poeta Luis Cernuda,
hombre exiliado dentro del exilio,
sevillano exiliado en su Sevilla.
Con alma de exiliado y corazón de ónix,
viviste solitario, moriste ya sin gente.
Sevilla, tus ciudades, Málaga con Vicente,
«ciudad del paraíso», tu primer surrealismo.
Cernuda, perfil del aire,
qué silencioso te fuiste.

Ah dandy provinciano,
profesor londinense,
ah musa de Gregorio,
profesor mejicano, siempre vendiendo España,
o regalando España en sus mil versos,
que es como dicen las antologías.
Un río, un cuerpo, un amor
vendrá el año 2002
y elevaremos climas silenciosos,
y leeremos tus versos entre todos
y diremos despacio, los que estemos aquí:
«Fue nuestro genial huérfano,
el dandy abandonado,
fue nuestro duro crítico, el gran malhumorado.»
Sevillas y madriles acudirán con ramos,
poeta, Luis Cernuda, un muerto como un astro.

13-XI-2000

FERNÁN-GÓMEZ

Peinado, despeinado, palidísimo,
Fernando Fernán-Gómez en la noche,
apoyando la vida y la no vida
en un bastón ligero, en un amigo.
Ayer le han dado un premio de escritura,
Fernando escribe prosa muy sencilla,
cargada de ironías y de recuerdos,
pero nunca transgrede la gramática
ni levanta la voz en un artículo.

Fernando Fernán-Gómez, viejo amigo,
se aparece en la noche, vuelto en sí,
con un color de ausencia y lejanía,
y hablamos de la vida, de un botón,
siempre de lo pequeño, de lo leve,
pues vamos descubriendo en la escritura
en la edad, en el tiempo, en las paredes,
que sólo hay salvación en el detalle,
que sólo es amistad lo minutísimo.

7-VI-2000

FERNANDO FERNÁN-GÓMEZ

En otras madrugadas tomábamos un whisky,
tu voz de obispo viejo
alborotaba el claustro de la noche.
Fernando Fernán-Gómez,
en otras madrugadas pasábamos la calle
e hilvanabas tu historia confusa y galdosiana.
Yo siempre aprendí mucho
de tu palabra honda
(y no digo las cuerdas, sino el alma).
Ahora, muy abroquelado de silencios,
escuchas en la noche la vida y su murmullo,
escuchas tu dolor, tu pensamiento,
quizá nos quieres más a los amigos
con quien te gustaría estar en la alborada
diciendo las canciones de la guerra, tú
eras rojo,
y volverás a estar, Fernando, amor,
porque la vida tira de tu vida
y por nosotros.

7-II-2000

POETA, ALA DE OXÍGENO

Poeta, ala de oxígeno,
buscando campanarios de más viento,
y así recorre España por el cielo,
frecuentando cigüeñas y vencejos.
Poeta, ala de oxígeno,
siempre diciendo versos que le ahogan,
que le llegan al pecho
en su belleza,
que le llegan al rostro hasta la lágrima,
poeta, ala de oxígeno,
último trovador de las Españas,
alternando hospitales y ateneos
con su presencia rauda y metafórica.

(Algunas tardes de domingo, con sol de Madrid, que es el sol pétreo de Gredos, me voy a visitarle al hospital Carlos III; y le llevo unas flores o no le llevo nada, y está con su pijama que le viene muy grande, es un pijama azul que ya se pone más que la chaqueta. Comparte habitación con uno del Seguro y cumple sus encargos, riguroso, de pintar o escribir o ambas cosas; lo cierto es que trabaja junto al lecho, su impaciencia de vivo cumple años, le arrebatara los años a la vida, tengo que hacer un encargo, hombre, que se lo prometí a los de Albacete, o le traen la merienda muy temprano y merienda galletas con café como un buen colegial de las aulas azul de estar enfermo.)

Poeta, ala de oxígeno,
ahora que se le opina en toda España
poeta posterior al postnovismo,
los lujos descendentes de la música
alhajan su poesía con nombres propios.
Vive una confusión de vida y música.
Beethoven le visita en su taberna,
adonde baja a veces sin tabaco,
donde escribe despacio, con chinchón,
estos primeros versos de aguardiente
que no son los finales de su vida
sino los actualísimos y nuevos,
escritos ahora mismo, letra a letra,
con la calma nerviosa de su voz,

con la belleza inédita que había detrás del tiempo,
amigo Pepe.

Poeta, ala de oxígeno,
viajando campanarios, torres góticas
que llaman hospitales por decoro,
y allí anida su huelgo, dulcemente,
acumulando cielo para luego.
Sigamos a este poeta
mayor de las Españas
en su ronda de versos y de amigos
por la plaza mayor del universo.
Ha traspasado el tiempo y el espacio,
vive una eternidad que es la poesía,
donde tanto alojó su juventud.
Tercera juventud aristotélica,
escafandra de leve nibelungo
deslizado en sus mares de otro tiempo.

Escalante con él, melancolía,
la máscara de oxígeno es un casco
para su vivo cráneo de guerrero.
Hoy los mares del cielo, tan azules,
ya le han colmado el pecho de verano.

(Hoy le he traído unas flores que corté en mi jardín con las tijeras de la cocina, son flores incluseras, sólo la rosa tiene nombre pleno, pues la rosa es su nombre dicho en pétalos: Me acompaña al ascensor cuando me voy, tirando de la cuerda del oxígeno, tirando de una cabra loca y lírica.)

Poeta, ala de oxígeno, etc.

El Mundo (*Madrid*), 22-XII-2002

A PEPE SARAMAGO

Otra vez, Saramago, el desencuentro,
las batallas dispares que luchamos,
pero el fuego en que ardemos es idéntico
y de mi ardor te llagarán los ramos.

Otra vez esta ausencia, Saramago,
más unidos que nunca en la escarcela,
en el honor que ahora te han tributado:
el mismo barco con la misma estela.

Cuando llegue el abrazo, Saramago,
o la acción de clamar a tantas voces,
seremos un camino de Santiago,
seremos los amigos más atroces.

Recibe ahora mi mano desarmada,
recibe el arma que mi voz te aporta,
escucha lo que dice mi mirada,
unidos siempre en lo que más importa.

2000

LA GLORIA

La gloria no es un oro,
ni un anillo.
La gloria no es un broche,
o una cinta,
o un imperdible en plata,
la gloria no son cosas
que han perdido su nombre,
caligrafía de reyes,
esas fotos que tienen
el color de pasado.
La gloria es otra cosa.

Ni diademas de cartón,
ni cartas de azul perfume.
No seamos traperos de la gloria.
No seamos la prendería de la fama,
no guardemos recortes
ni bombones mohosos,
ni vestidos rozados por el tiempo.
La gloria es un gran pájaro tranquilo
que se posa en el alma,
como abriendo su cola,
y da serenidad, paz y más vida.

18-IV-2001

LA GLORIA

Acude la alegría y sus estandartes,
acuden las mujeres con sombreros,
con jarras, con ardillas en el pelo,
acuden generales impolutos
y adolescentes leves como agua.

Pero la gloria está vacía,
en el triunfo no hay nadie,
en sus esquinas.
Todo es representación,
la noche es más verídica,
la calle es más sincera
con sus mendigos azules,
con su llama,
con su verdad de vuelta.
El mundo se cayó de una carroza,
la gloria sólo alumbra las ausencias,
cuánta gente se ha ido de mi vida,
cuánta gente se ha ido de la vida.
El éxito es un mixto que se apaga,
el triunfo es plano como una alegoría,
la fama tiene roncros los clarines,
la gloria es una noche mal dormida,
un despertar sin nadie, con hachones,
para salir desnudo a los jardines
donde la luz ya da sus acuarelas.

10-V-2001

PICASSO

Picasso,
garabato,
las alas incendiadas del caballo.

Picasso,
garabato,
el toro es un obispo condenado.

Picasso,
garabato,
hay un ángel pelón,
republicano.

Y la antorcha se ha fundido,
y el relincho cruza el cielo,
la mujer es una zarza
que canta en los cementerios,
los pechos son dos rodales
por donde gime el silencio.

Picasso,
borratajo,
gitano malagueño,
fauno contemporáneo,
Picasso,
Pablo Picasso.

20-IV-2001

PICASSO EN EL METRO

Obras de famosos maestros del arte del siglo xx han sido instaladas por la Comunidad en algunas estaciones del Metro madrileño.

(De los periódicos)

Picasso con su risa entre la gente,
Miró con sus hormigas en el Metro,
Juan Gris con el gris de su apellido,
Chillida con sus garfios de navío,
Saura con sus mil nidos como espinas,
Lucio Muñoz, llaga tan poderosa de la vida,
Calder con sus planetas como velas,
ellos y algunos otros,
todos en los pasillos de los Metros,
mezclados con la gente y con la prisa,
confundiendo sus flores tan mentales
con la grisalla diaria del trabajo.
Qué popular encuentro de las luces,
con las caras por siempre repetidas,
pero se ha hecho y ya se miran
los amigos del hombre, los colores,
como perros felices con ladrido de luz
y la gente se para, iluminada
llevando para siempre una sonrisa
hacia la superficie de la vida.

3-X-2000

JOAN MIRÓ

Una gran exposición de Joan Miró, Rebelde tardío, ha sido inaugurada en Viena con la presencia de todos los parientes del gran artista.

(De los periódicos)

Viajero entre la cándida y el astro,
pintor, conversador de los espacios,
visitador frecuente de la estrella,
nacionalista de la hormiga,
tan amigo del juego,
del instante,
del gusano de luz,
del puro insecto,
todo él de lentitudes y de manos,
Joan Miró,
pariente de la tierra,
tan partidario de pisar descalzo,
que la energía nos entra por los pies,
por el bacilo alegre de Miró,
por las raíces bíblicas de la vida,
por los colores sin nombre
de un artista minimal
que murió en pie.

15-III-2001

GRAU SANTOS

*El artista Julián Grau Santos inaugura su última exposición en la
galería Juan Gris.*

(De los periódicos)

Ya vuelven los colores, vuelve mayo,
aquel impresionismo belle époque
que ahora ha entrado en razón y pega fuerte.
Ribazos de Madrid, jardín serrano,
matices del jazmín y de la rosa,
estallido del mundo en el silencio,
revolución alegre de la vida.

Ya vuelve a ser verdad lo que está vivo,
el arte nos sonríe desde las cosas,
andan ecosistemas por el cielo
persiguiéndose lentos, jubilosos.
La pintura de Grau nos dice versos,
nos cuenta los secretos de la primula,
lo verde está de moda, el campo vuelve
y la paleta riende de este amigo
se llena de razones, de motivos,
los motivos del aire por ser bello.

10-V-2000

LO NEGRO

Que se lleva lo negro,
el hondo negro,
clara mujer desnuda entre lo negro.
Nos acuden modistos, pasarelas,
nos acuden modelos, las miramos,
y miramos el negro, lo más negro,
como se mira un mundo misterioso.
¿Les queda bien el negro?
Eso depende.
El negro es esa cripta de unos ojos,
el negro es ese luto de un desnudo,
pero la marea negra siempre sube,
y a la marea se asoma, ah inocencia,
un escote clarísimo,
unos hombros de jade,
qué desnudo el desnudo sobre el negro
y el fragor de la piel,
tan silencioso,
cuando bellas mujeres,
académicas,
caminan por la raya misteriosa
del desnudo y lo negro,
del secreto.

23-II-2001

LO ROSA

El color rosa en la ropa se ha puesto de moda para este verano.

(De los periódicos)

Que ha venido lo rosa.
Lo rosa no es la rosa.
La rosa es una berza muy rizada.
Lo rosa es el perfume de la rosa,
el revés tan sutil de algunas faldas,
lo rosa es la mujer que va de rosa,
lo rosa es lo que queda de lo rosa.
Un perfume, un recuerdo, una ausencia,
¿qué es lo rosa?

Lo rosa es como música muy tenue,
la lenta música de una fiesta ida,
la sombra de las cosas cuando hay sol,
la huella de algún beso nunca dado,
el revés sonrosado de las cosas.
Lo rosa es anterior a cualquier rosa.
Es el perfume previo de lo rojo,
es la imagen velada de lo rosa,
ausencia de sí misma,
marca rosa,
recuerdo de un verano que aún es rosa,
lo rosa es el recuerdo de lo rosa.
O de otra cosa.

24-VII-2000

CHILLIDA

Chillida, hierro y viento,
bosque oxidado.
Chillida entre sus seres solitarios,
geometría pacífica y guerrera,
ah el oro de lo viejo, de lo nuevo,
el gesto largo y roto de sus vidas.
Chillida es ya lo vasco,
el cielo fuerte,
el aire de las fraguas detenido,
el fuego de las aguas en espuma.
Una epopeya vive entre esos seres
que son hierro forjado y luz dormida,
los ademanes lentos de la fuerza,
la vejez victoriosa de la piedra.

Chillida es ya lo vasco,
luz resuelta, una gran fuerza en paz,
un clima de oro,
el silencio hablador de sus figuras,
y las puertas del bronce, sus garitas,
ventana entre dos nadas,
aire y cobre,
caserío y campamento, sueño verde,
melodía del metal,
prehistoria viva.

20-IX-2000

BARDEM

Calle Mayor, España,
coro de campanarios,
sigue pasando el día,
sigue pasando el tiempo
por esa calle muerta,
por ese cementerio.

Nichos de cementerio
y marroquinería,
lavadoras a plazos
y un vestido de novia.
Españoles aparte,
españoles iguales,
hijos de tantas guerras,
dan vueltas a la noria
de un vivir humillado.

Junto a la piedra eterna
crecen audaces Bancos,
junto al bar clamoroso
se enlutece la tarde.
Siempre muere un ciclista
cuando el cielo regresa
y nunca pasa nada,
salvo lentos camiones,
elefante y petróleo,
que transportan el alba
de una España con sueño.

O el autobús viviente
de los cómicos viejos
que se lleva el tinglado
de tan antigua farsa.

Calle Mayor, pecuaria,
recostada en un río,
Calle Mayor, vecinos
que bostezan su vida.
Ahora tienen más cosas,
ahora pasan más coches,

mas la España sencilla
vive triste y callada,
entretejiendo bodas
y esperando otra guerra.
La guerra es para pronto
y la boda es un luto.

[sin fecha]

ALMODÓVAR

Almodóvar, el chico de los premios.
Almodóvar, el rey de la pintada,
Almodóvar, la sangre en los tacones,
Almodóvar, triunfal de colorines,
Almodóvar, el poeta de las chicas,
Almodóvar, al borde de un ataque,
Almodóvar, almohace y almogávar,
Almodóvar, Almotamid y Almonte.
Almodóvar, el chico de su pueblo,
Almodóvar, el hijo de su madre,
Almodóvar, el hijo de los Oscar.

26-I-2000

LETRA Y PERFUME

Letra y perfume, alta primavera.
Primavera de plata, grises días
como lanzas unánimes de lluvia.
Hay una verja de horas
donde pasea la vida.
Letra y perfume, libros y altas rosas.
Ah culta primavera catalana,
ah recia primavera de Castilla.
El año se quita meses,
los meses se quitan días,
el cielo baja a mis manos
y el tiempo empieza mañana.
Ah el deshielo del tiempo en las Castillas,
ah las muchachas claras, platinadas,
viene una juventud que no es la nuestra,
pero su roce, su polvillo de oro,
nos dejará en la piel un puro día.

18-IV-2000

SARA MONTIEL

Antonia Abad, conocida como Sara Montiel, ha publicado sus memorias.

(De los periódicos)

Antonia,
eres de pan y cielo rojo,
eres de tiempo quieto, harina hembra,
eres sol y silencio, como un pueblo.
Miriñaque de espigas
o una arroba de vino entre las piernas.
Eres de loza antigua y sementera.

Te pusieron brochazos y diademas,
te pusieron la voz en otro sitio
para cantar en cines de violetas.
Pulsaron en el cobre de tu pelo,
más una pluma roja en la cabeza.

Antonia,
eres hecha de tiempo y otoñada,
eres hecha de mora y hombres muertos.
Toda tú de salvaje joyería
como una diosa agraria con un puro.

27-XI-2000

EL PELO DE SARA

Sara Montiel encuentra novio en Internet.

(De los periódicos)

Pelo color violín, violín en llamas,
pelo color coñac, coñac en llamas.
Así el pelo de Sara, liso y prieto,
con esa raya al medio, ese camino
que parte en dos su vida y su persona.
Quién fue la peinadora milagrosa
que le tornó ese pelo a nuestra Sara,
que le inventó ese pelo color día.
Que le inventó ese pelo color música.
Círculo magistral de la cabeza,
cráneo privilegiado, como el otro,
rosa perfecta, rosa rubeniana,
perfecta rosa en óvalo, y el pelo.
Pelo sujeto atrás, cabello o fuego,
domesticada hoguera, miel ardiente,
dulzura de tu pelo, rojo y blanco,
maderamen tan lírico, pelo como un sabor,
viviente pelo,
perdurable color, y tan cambiante,
del fuego al hondo otoño, tu cabello,
de octubre al hondo fuego, tu existencia.
Pelo color septiembre, vivo pelo.

25-IV-2000

AMPARO LARRAÑAGA

Amparo Larrañaga hecha de espacios,
cual toda plenitud, va hacia la sombra.
Sus ojos de azul grave en un teatro,
los cristales del tren del XVIII
viajan hacia las luces de la Ilustración,
y los cuerpos desnudos
son deslumbradas lámparas
que van dejando caer cabezas huecas
en el cesto nocturno de la Historia.

Un teatro y un asunto. Amparo habla.
Genealogía de actores en su voz.
Por su pecho viviente pasan celos,
pasan, amores, bodas, las pasiones,
pero la actriz no pierde la sonrisa,
esa máscara de oro del gran siglo,
esa mentira grave de su rostro,
esa belleza azul de los salones
que oculta otra belleza más sincera.
¿Muere la artista con su personaje
bajo la guillotina ardiente y fría?
Esto es un minué de sangre,
un rito cruel,
esto es una mujer, es una actriz
que nos mira muy seria, ahora en presente,
que miramos despacio, es tan hermosa.

16-I-2001

ALLY MCBEAL

Ally McBeal, la chica de la tele,
la novia de mis jueves impacientes,
mujer adolescente, colegiala,
párvula delicada de la vida,
muchacha a la que miro por la tele
y le escribo estos versos inseguros,
y sigo hablando solo, hablando a solas
cuando ella se me aleja, lentamente,
por la niebla de Boston, por el humo,
en la noche romántica y traidora,
como una niña que ya llega tarde,
como hospiciiana inédita del mundo.

Ally McBeal, la novia que perdimos,
allá quedó en el parque, rosa rosa,
mordiéndose las uñas como tú,
mordiéndose los puños del jersey,
espantando los ojos como tú,
creyendo en lo que pasa como tú,
porque sólo eras tú, entonces y ahora,
novia última del cine, niña mala,
eso de lo que puedo enamorarme
porque mi viejo corazón lo entiende.

22-V-2000

ALLY MCBEAL

Ha vuelto a su lugar Ally McBeal.
Espero que algún día nos enseñe
su delicado ombligo adolescente.
Los últimos esnobs la han elegido musa,
yo la quiero como se quiere siempre
a una madre que es hija, o a la inversa.
Aún se sopla el flequillo como niña,
aún sus atrevidas minifaldas,
todavía la luz de su sonrisa,
esos inmensos ojos abiertos al amor,
los pechos que no existen,
las larguísimas piernas tan seguras.

Hija de Broadway, madre de la tele,
es la revolución más personal
que nos había llegado desde Allen.
La quiero y no lo sabrá nunca,
la quiero y no importa que lo sepa.
Ally McBeal, mi niña treintañera,
niña por siempre ya, como mi Alicia.

9-XI-2000

ALLY MCBEAL

Ha vuelto Ally McBeal
la chica sola
con sus grandes chaquetas
y sus ojos de pez.
Acuden aureolas
a su pelo,
ella es la mujer niña,
la minifalda que va sola,
sus largas piernas de deseo
como sus manos párvulas,
dos ardillas que esconde
en las mangas sin fondo de la ropa.
Acude Ally McBeal,
llovida de funcionarios
asustando a los hombres
como asusta una niña
con un rifle.
Ella es la mujer niña
lo que siempre buscamos
enamorada y sola
siempre de tipos raros.
Ella es tan personaje
como ese perro Snoopy
pero con muchas dudas
sobre el pene.

9-VIII-2001

SHARON STONE

Posando en unos grandes almacenes,
bella en fin cual sus fotografías,
Sharon Stone llena esta primavera
de imágenes ardientes, sonrientes.
Es la mujer total
y un mar azul.
Es la sonrisa pura y pecadora,
es nuestro instinto básico,
y el suyo,
y no sabemos claro lo qué anuncia,
pero se anuncia ella,
se difunde.

Sharon Stone aquí,
Sharon virtual,
hay una multiplicación de esta mujer
en las calles,
las tiendas,
los anuncios.
Qué intensa primavera,
entre la lluvia,
como una fiesta general y grande
en lo caudal del bosque de la lluvia.

5-III-2001

EL ABANICO

El abanico es una mariposa de cretona en la flor más gorda del verano.

El abanico es una tormenta de airecillo en el vaso de agua de la horchata.

El abanico tiene sus fases, como la luna, y cuando la castiza con vaqueros lo pone en cuarto creciente, lo que viene es más calor de un agosto anticipado y arregostado.

El abanico es una flor plana que no coge cuerpo por más que se le infle de suspiros.

El abanico, flor unidimensional, va pintado de flores y de pronto despliega su jardín que, ay, sigue siendo de cretona o de plástiqué.

El abanico tiene una ilustración que se llama paisaje, aunque casi nunca es un paisaje, sino una corrida de toros o una escena galante.

El abanico, al cerrarse y abrirse, saca fotos al novio de la guapa que se abanica.

El abanico es un biombo para escotes decentes.

Las bicicletas son para el verano, Fernando, y los abanicos son para el otoño melancólico de las otoñales.

Los hombres no sabemos usar el abanico. Creemos que es para darse aire, pero es para darse tono.

28-VI-2000

AGATHA

Amo tus calcetines de dormir.
Son rojos, tienen copos y se esconden uno en el otro
como dos gatos.

Amo tus rodillas de finísimo hueso sensitivo,
amo la niña que eras cuando te conocí,
con una rosa entre las manos
y el malhumor de los ochenta.

Amo la doble falda de tu infancia,
tus pijamas de rayas,
como si en realidad fueran pijamas.

Quisiera ser tu Andy Warhol y tu amigo.

Amo tu furgoneta de caramelo,
y tus medias de arsénico,
las orejas de gato que te salen
cuando has comido gato a mediodía,
los besos que te pintas en la cara,
como besos del tiempo, amante viejo.

Amo tu canotier,
me gustas cuando sales de un paraguas,
o prisionera de los redondeles.

Amo tanta tristeza como hay en tu alegría,
toda la soledad que te acompaña
cuando coges tus pies y te los guardas.

1-V-2000

CARMEN ORDÓÑEZ

Carmen Ordóñez, muchacha
que va derribando hombres
como derribando almenas.
Quiere tomar el castillo
que es un hombre hecho de piedra.
Mas los hombres son de carne,
son de sueño e impaciencia.
El hombre que tú persigues
no se ha dado en estas tierras.
Hombres de Carmen Ordóñez,
amores de una peseta.
Lo que la lozana busca
no es un hombre por montera,
sino el diestro de la vida,
el torero sin muleta,
hombre debido a sí mismo
y un poco abierto de piernas.
Buscando los mil amores
busca el amor del profeta
y las comadres terribles
la pregonan de ligera.
Busca alguien que la deslumbre
y que al final no la quiera,
pero estatuarios hay pocos
y el tiempo ya se los lleva.
Carmina Ordóñez, amante
de macarras y quimeras.
El hombre que va buscando
es su padre y es su pena.

31-VII-2001

ANA BOTELLA, EN MALVA

Ana Botella, esposa del presidente Aznar, ha aparecido en una reciente fiesta con un conjunto malva.

(De los periódicos)

El malva es la memoria de un crepúsculo,
lo malva es la visita de un poeta,
es malva la memoria de las cosas,
es color malva aquello que se olvida.
No es el rojo, ni el rosa, ni el carmín,
no es un color, lo malva, es un recuerdo,
es la sombra cansada del violeta.

Una mujer de malva no es un luto
sino una realidad que va despacio.
Lo malva es esa idea que tenemos
cuando sube la fiebre de las cosas.
Es una lenta fiebre, rubor dulce,
es el ángel cismático del rojo.
El malva está de moda, según dicen,
lo malva es un perfume que se ve,
el rastro de una bella,
o ya su ausencia.

16-V-2000

ESTHER GIMÉNEZ

Esther Giménez, madrileña de 21 años, ha ganado el premio Hiperión de poesía con su primer libro.

(De los periódicos)

Esther, miro tu cara de cumpleaños,
la purísima harina de tu rostro,
y vivo la ironía de tus versos,
como una burla mística del clásico,
como una burla clásica del místico.
Leo tu delicioso sonetismo,
la cohetería tan urgente de tus rimas,
y amo a la chica de hoy, que come bimbo
y se sabe los clásicos, los anglos,
los mejores franceses y la tira.

Tu burla galvaniza las estatuas,
empalma las edades y los versos,
y en el bachillerato de tus ojos
reamanecen los buenos y los malos,
la ternísima burla, el misticismo,
la monja mala que ya nunca serás,
la monja buena llena de pecados.
Ligero, sabio libro adolescente.
La juventud, al fin, nos gana en todo
porque tiene la risa y el pan bimbo.

15-V-2000

INMA DEL MORAL

Inma del Moral ha terminado su relación sentimental con Pedro Ruiz.

(De los periódicos)

Inma, arboleda rubia,
otra vez libre y de oro,
Inma, adolescente risa,
alegría numerosa.

Así te preferimos,
soltero cuerpo,
con su gracia atrevida y tu pecado,
desnuda frente al mundo,
porque ser bella es eso:
estar desnuda cuando estás vestida.

Inma, chica de enfrente,
amor inesperado,
eres fugacidad y luz de siempre,
quedarás como diosa de lo urgente,
mas nadie quebrará tu libertad,
la infancia de tus ojos,
la blasfemia tan niña de tu risa,
y, más sexo que sexy,
tu carne, hecha de luz y rapidez,
tu espigada persona,
hecha de improvisada angeología.

18-XII-2000

RUANO

Ruano se llama la niña,
es actual y velocísima
y en su gran biciletísima
gana los premios en piña.
Ruano es la revelación,
clara sorpresa de julio,
tiene millas por delante,
tiene ampollas en el culo.
Adelante guapa chica,
deportista sin orgullo,
que no eres gay ni eres lesbos
sino de julio un capullo.
Las ciclistas españolas
se quedaron en la bici
de timbre y de reddecilla,
aquello ya era una bici
con mantilla.
Ahora se calzan pedales,
triunfan en la carretera
sí, son niñas de modales,
finas por dentro y por fuera.
Y Ruano entre todas ellas,
la guapa, la cicletísima
se convierte en la mismísima
Diana con auriculares
a pares.

2-VII-2001

EL ÁNGEL CAÍDO

La Infanta Elena ha presidido en Sydney la Delegación española que, por cierto, obtendría primeros y segundos puestos abundantes en el medallero internacional.

(De los periódicos)

Ese ángel que nada,
ese ángel que vuela,
ese ángel que juega
es el ángel caído,
el ángel paralímpico, ligero,
que viene de algún cielo fracasado,
que lucha contra el viento detenido,
que avanza con la pierna que no tiene,
que nada con el brazo que le falta,
criatura de los ángeles frustrados
que ha corrido por Sydney, ayer mismo,
con su ala quebrada,
con su media cabeza,
con un oído de menos
y un corazón de hierro.

Son los seres humanos demasiados,
los azules arcángeles del tiempo,
sus nunca irán al cielo de los santos,
pero nos dan ejemplo
con sus alas de estaño,
con su esfuerzo.

30-X-2000

UNA INFANTA

Con su cara de gato,
con su cuerpo de niña,
ya beligerante,
con su sonrisa tímida y callada,
una infanta de España.

Manos de material popular,
altos pies de ballet,
fino tacón.
Empeine de princesa,
ligero talle,
tallo de dos niños.
Su silencio, su risa, su mirada
efluyen su presencia y su prestancia,
su infantería de infancia,
niña erguida,
su juventud transita los espejos,
no es más que una muchacha,
gran reloj
en la leve muñeca.
Sólo un boceto de algo:
de una infanta.

9-I-2001

PARA UNA REYNA TRISTE

Blanca y delgada, rubia y triste, como una Reyna dibujada, oro de ley el denso pelo, oro de ley el alma clara. Una tristeza de otras razas avecindaba en su mirada, un ave trágica y agónica lleva posada en el alma. Vinieron músicas barrocas a sobredorar su cara, vinieron hijos y otros hijos a completar la bella estampa, pero ella sigue con los ojos parados de luz y agua y nos mira a los españoles como perdida la esperanza.

Mujer que canto en esta reina desmontándole la coraza, mujer del pueblo, la que sufre mirando cómo la Historia pasa, reina de pianos y poetas, sin enemigos y sin lanzas, Álvaro la vio de golpe un día con su color de madrugada y la pintó con anorexia, misteriosa como una página.

Digo esta reina de españoles, de políticos y de santas, digo una española de antes, una europea que nos miraba. ¿La habremos decepcionado, esta sanguinaria raza, la habremos entristecido, esta miserable España, habrá podido amarnos algo la reina extranjera y callada, qué habrá aprendido de nosotros la pianista desmantelada, qué dice una alma de mujer cuando no dice nada?

[sin fecha]

ROCÍO

Rocío, muerta a cuchilladas por la mejor amiga de su madre.

(De los periódicos)

Rocío adolescente,
rocío de cuchillos en tu cuerpo.
Las diabólicas, sí, que siempre vuelven,
han cosido tu muerte entre sus filos.
Por omisión tu madre, por olvido,
por dejación tu madre, por pecado,
y la otra por venganza, por cuchillo,
por pasión de varona alucinada.

Madres madrastras, mataron a la niña,
tanto una como otra, y que no digan.
Años de humillación, de sangre mala,
años de mala sangre y de mutismo.
Amor de dos mujeres, ostra gemela,
como una hoguera vaginal y recia
de donde huyó el buen macho, escarnecido.
Nido de víboras, nudo de pasiones,
la multiplicación de los cuchillos
en las manos de piedra de la autora.
Qué novela tan mala, duro crimen,
qué inocente tu pecho adolescente,
Rocío, muerta inocente, alta y alegre.
Te ha matado el pecado más secreto,
te ha sentenciado el crimen más callado.

13-IX-2000

EL DUQUE DE ALBA

Era el duque milagrero,
tan somero,
hacía cuerpo con los Alba
hasta el alba,
de dandy tenía maneras
y hasta ojeras,
de gentleman derrotado,
tan laureado.

Fui amigo de aqueste trueno
tan sereno, admiré sus ambiciones,
sus sermones,
cenamos en zapatillas,
y los criados de patillas,
me prestó libros en Liria,
pero de cultura asiría,
qué amigos tan reticentes,
tan distintos y valientes.
Siempre fue un muerto elegante,
el impar, perdido guante,
siempre fue un sabio germano,
sin hermano,
y ha muerto
para volver a su huerto
volteriano.

14-V-2001

ADOLFO SUÁREZ

Adolfo, Castilla en armas.
El mozo castellano que violentó la Historia.
Adolfo, espada de vivos
contra la espada negra de los muertos.
Nombre ahora repetido
por la muralla militar de España.
Va de almena en almena
como el halcón ilustre de Calixto,
el nombre y luz de Adolfo,
cuando alguien lo profana y lo desdice
como a la talla noble
de un varón y galán del Romancero.

Porque Adolfo está vivo, vividero,
y ya su invocación es una fuerza,
su legitimidad de letra y piedra.
La tradición y la modernidad
fraguadas en un hombre que no ríe.
Fusilaron su risa los feudales.
Desde entonces preside mi memoria,
la memoria de un pueblo y su aventura,
la memoria de un pueblo comunero.

2-VI-2000

ADOLFO SUÁREZ

Ya recibió la visita
el caballero.
Ya al cementerio le invita
otro muertero.
Allí le esperaba Amparo,
aunque en sus hombros la lleva,
allí ríe con descaro
la maleva.

La maleva muerte lenta
que saluda al caballero
es la muerte somnolienta
con su acero.
Así don Adolfo Suárez,
inventor de las Españas,
olvida hoy lo que ya sabe
sobre la muerte y sus mañas.

18-V-2001

LOS QUE VIVEN POR SUS MANOS

Las dos grandes centrales sindicales, Comisiones Obreras y UGT, se manifestaron ampliamente el primero de mayo.

(De los periódicos)

El trabajo es verdad de cada día,
la semana amanece laborando,
el hombre mueve el mundo,
el hombre unánime,
y gira con las ruedas del molino.
El trabajo se ve, es una gran hélice,
un émbolo que mueve las estrellas,
es la musculatura de las fábricas,
la gran verdad del hombre, su cultura.
El trabajo se ve a la luz del día,
no se oculta, ya ocioso, en oficinas,
no es permuta fenicia de dinero,
sino esfuerzo del hombre para el hombre,
y eso ahora se reifica y reivindica,
la justicia y el pago, la nobleza del ser.
Me pongo de rodillas cuando pasa un obrero,
lleno de cicatrices tan gloriosas,
con su perfume a pan, con su conducta,
con su carácter noble de herramienta.

2-V-2000

LA PAZ

La paz viene despacio, como un himno,
la paz ha sonreído esta semana
con sonrisa de paz,
largo domingo.

La paz viene despacio, como un sueño,
y va ganando nombre, uno a uno.
Echemos las volantas de la paz
en el mar litográfico de otoño,
y así acuden murallas,
malecones,
trincheras por la paz,
contra la paz,
y así comprende el hombre,
lentamente,
que vivir no es matar, ni apuntar nombres,
que vivir es amar
y olvidar mucho.

18-IX-2000



FRANCISCO UMBRAL nació el 11 de mayo de 1935 en Madrid, y desde los años sesenta se dedicó, profesionalmente, a la literatura y el periodismo. Se le ha definido como «el mejor prosista en castellano del siglo». Su novela *Mortal y rosa* (1975) es considerada una de las obras maestras de la segunda mitad del siglo xx. La obra de Umbral ha merecido, entre otros reconocimientos, el Premio Mariano de Cavia, el Premio González Ruano de Periodismo, el Premio de la Crítica, el Premio Nadal con *Las ninfas*, el Premio Príncipe de Asturias, el Premio Víctor de la Serna, el Premio de Novela Fernando Lara con *La forja de un ladrón*, el Premio Nacional de las Letras y el máximo galardón en lengua castellana, el Premio Cervantes. Entre el resto de sus obras destacan *Un carnívoro cuchillo*, *Los helechos arborescentes*, *El socialista sentimental*, *Madrid, tribu urbana*, *Trilogía de Madrid*, *La leyenda del César visionario*, *Diario político y sentimental*, *Historias de amor y Viagra*, *El hijo de Greta Garbo*, *Un ser de lejanías*, *Cela, un cadáver exquisito*, *Los metales nocturnos*, *Días felices en Argüelles* y *Amado siglo xx*. Murió en Boadilla del Monte (Madrid) el 28 de agosto de 2007.